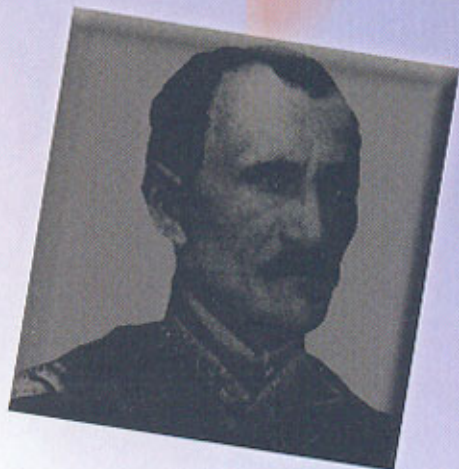


Archivo General de la Nación
Comisión Permanente de Efemérides Patrias

Héroes restauradores

ROBERTO CASSÁ



Colección Juvenil Vol. VII

HÉROES RESTAURADORES

Archivo General de la Nación
Comisión Permanente de Efemérides Patrias
Colección Juvenil
Volumen VII

Roberto Cassá

HÉROES RESTAURADORES

Santo Domingo
2009

Archivo General de la Nación
Comisión Permanente de Efemérides Patrias
Colección Juvenil, volumen VII
Título: *Héroes restauradores*
Autor: Roberto Cassá

Departamento de Investigación y Divulgación
Directora: Reina C. Rosario Fernández
Cuidado de edición y diagramación: Juan Fco. Domínguez Novas
Diseño de cubierta: Juan Fco. Domínguez Novas
Ilustraciones: Fototeca (AGN).

© Archivo General de la Nación
Calle Modesto Díaz 2, Ciudad Universitaria,
Santo Domingo, Distrito Nacional
Tel. 809-362-1111, Fax. 809-362-1110
www.agn.gov.do

© Comisión Permanente de Efemérides Patrias
Calle Modesto Díaz 2, Ciudad Universitaria,
Santo Domingo, Distrito Nacional
Tel. 809-362-1111, Fax. 809-362-1110
www.agn.gov.do

ISBN: 978-9945-020-70-0

Impresión:
Editora Alfa & Omega

Reproducido con la debida autorización de Editora Alfa & Omega y el fondo editorial de su colección «Biografías Dominicanas Tobogán».

Impreso en República Dominicana / Printed in Dominican Republic

CONTENIDO

Presentación	9
--------------------	---

Gaspar Polanco Primer jefe de la Restauración

El final de la República	17
Contradicciones del orden anexionista	19
La formación del adalid nacional	22
Incorporación a la rebelión	25
Primer jefe de la Restauración.....	27
La batalla de Santiago	30
Frente a Puerto Plata	34
Derrocamiento y muerte de Pepillo Salcedo.....	36
Cénit de la gesta nacional.....	40
Caída de la dictadura revolucionaria	44
El prócer satanizado	47
Bibliografía	50

José María Cabral General de tres guerras patrias

El prócer	55
La formación del guerrero	56

Héroe de Santomé	58
Con Báez	60
Junto a Sánchez contra la Anexión	60
Héroe de La Canela	62
Protector	64
Segunda vez Presidente	66
Jefe de la tercera guerra nacional.....	70
Entrega de Salnave	74
Caída de la tiranía baecista	76
Los años finales	79
Bibliografía	82

Gregorio Luperón El guerrero de la libertad

Portaestandarte de la soberanía.....	85
Breve anonimato del joven precoz	87
De proscrito a rebelde	89
General mambí.....	91
Azul intransigente	97
En búsqueda de la hegemonía	102
Presidente provisional.....	106
Dilemas ideológicos y gubernamentales	110
La infructuosa búsqueda del equilibrio.....	112
El guerrero vencido.....	116
Bibliografía	122
Índice onomástico	123

PRESENTACIÓN

La *Colección Juvenil* es un esfuerzo mancomunado del Archivo General de la Nación y la Comisión Permanente de Efemérides Patrias, para ofrecer a la juventud dominicana biografías de personajes de gran trascendencia de nuestra historia nacional. De la autoría del historiador Roberto Cassá, estos recuentos sobre la vida de nuestros héroes se caracterizan por el rigor científico y por los novedosos datos que aportan.

Héroes restauradores es el tema seleccionado para el volumen VII, donde se analizan, de forma breve y objetiva, las vidas y obras de Gaspar Polanco, José María Cabral y Gregorio Luperón, tres dominicanos ejemplares que se consagraron a la lucha por la libertad de nuestro pueblo.

En la primera parte, el autor muestra cómo a Gaspar Polanco le correspondió el mérito de ser el «primer jefe de la Restauración». Analiza de forma concreta la manera en que se conjugó una serie de factores que van desde el contexto histórico, sus destrezas guerreras, valentía, arrojo y la forma en que hasta el empleo de la violencia formaba parte de su visión patriótica. A tal grado llegó el celo por la República de Gaspar Polanco, que Manuel Rodríguez Objío rescata la intención revolucionaria de su dureza y lo compara con Robespierre, cuando afirma que «era la encarnación viva de esa tremenda justicia; Robespierre de nuevo género».

Un elemento poco conocido en la vida de Gaspar Polanco es que para nada obedeció los instintos elementales de los caudillos; por el contrario, en su desempeño como presidente de la República

en armas, mostró su disposición de dejar los asuntos públicos en manos de los civiles cultos, dotados de una concepción democrática y nacional que él pasó a compartir sin reserva alguna, como bien puntualiza su biógrafo.

La segunda parte corresponde a la reseña del «General de tres guerras patrias», como atinadamente define el autor a José María Cabral. Señala que este prócer estuvo presente en los primeros hechos de armas, desde marzo de 1844; durante la Guerra Restauradora mostró sus dotes de guerrero, por sus méritos y personalidad fue nombrado Presidente inmediatamente después que las tropas españolas abandonaron el país. Además, se enfrentó a Báez cuando quería anexionar el país a los Estados Unidos.

Según destaca Cassá, durante este periodo «no se encuentra ningún otro jefe que supere el coraje de Cabral, le cupo la honra de haber encabezado la cruzada de los dominicanos por la libertad, valiente y humano fueron los rasgos más característicos de su personalidad, nunca temió quedarse solo defendiendo la libertad de la Patria». Desde la presidencia se propuso alcanzar la reconciliación de todos los sectores, dio participación a los más preparados y mostró un genuino desinterés en garantizar el correcto ejercicio del poder por los más capaces, sin perseguir para él riquezas, poder o gloria.

En la tercera parte, nos muestra al héroe indiscutible de la Restauración: «El guerrero de la libertad», como, de manera acertada, señala a Gregorio Luperón, un hombre salido del pueblo pobre que ganó un estrellato en la historia dominicana y antillana. Además de guerrero, también fue un pensador, el único prócer que escribió una relación pormenorizada de los hechos en que intervino, señal de la intensa conciencia que poseía en una época en que pocos tenían ese tipo de preocupación. Se situó a sí mismo como un combatiente por la libertad que solo prestaba su espada en los momentos en que la Patria lo requería.

Según su biógrafo, Luperón resume tres décadas de la evolución histórica del pueblo dominicano, puesto que fue la figura que, en conjunto, logró mayor incidencia en los procesos de consolidación

de la conciencia nacional. No fue, como muchos han considerado, la primera espada de la Restauración, pero compartió con unos pocos de sus compañeros la gloria de contribuir decisivamente al desenlace favorable de los dominicanos.

Con la carta que envió al presidente de los Estados Unidos, Ulysses S. Grant, se situaba más allá de su condición de prócer y se colocaba, además, como precursor de la oposición al expansionismo de los Estados Unidos.

Durante el tiempo que fue presidente interino le imprimió al gobierno lineamientos acordes con sus convicciones, la promoción de la educación, el privilegio a la cultura, el subsidio al costo de edición, entre otros.

La síntesis que el autor nos presenta de cada uno de estos personajes no solo nos revela episodios poco conocidos de la vida y obra de estos héroes, su inquebrantable decisión de luchar hasta la muerte por la libertad, sus errores y aciertos, situándolo en la justa dimensión, sino que también deja al descubierto el complejo entramado social que caracterizaba las relaciones clientelares y lo enraizado del caudillismo en el siglo XIX.

Con la publicación de *Héroes restauradores* se hace un gran aporte al rescate de la memoria histórica nacional, pues las jóvenes generaciones merecen conocer la vida y obra de nuestros héroes para que puedan valorar, en su justa medida, los procesos históricos protagonizados por los dominicanos de la segunda mitad del siglo XIX, quienes buscaban la autodeterminación y la construcción de la identidad nacional.

REINA C. ROSARIO FERNÁNDEZ
*Directora del Departamento de
Investigación y Divulgación del AGN*

GASPAR POLANCO
PRIMER JEFE DE LA RESTAURACIÓN



Gaspar Polanco.

Un historiador consciente puede recoger datos preciosos; y si algún día la pluma de la imparcialidad dijese: «Fuera del Gobierno Polanco ningún otro tuvo tan a pecho la defensa del principio nacional, ningún otro fue más serio y decoroso, ninguno más enemigo de los traidores, ninguno en fin imprimió a la Revolución Restauradora un vuelo más rápido y seguro, ni fue más digno en el cumplimiento de su misión»; y si esto dijere en la posteridad algún hijo de nuestra Patria, creeremos que el fallo de los hombres no es tan interesado como se presume...

MANUEL RODRÍGUEZ OBJÓ

EL FINAL DE LA REPÚBLICA

El 18 de marzo de 1861, el presidente Pedro Santana anunció la anulación de la República Dominicana, al disponer la reincorporación a España, bajo el supuesto de que los dominicanos nunca habían dejado de ser españoles. Este acto no tuvo carácter fortuito, pues materializaba el componente central del programa de los sectores que casi siempre habían controlado las altas instancias del Estado, desde su mismo nacimiento en 1844. Con el propósito de una anexión que sepultara la facultad de autodeterminación del pueblo dominicano, estos sectores expresaban la ausencia de confianza de que un país pobre pudiese gestar un Estado habilitado para impulsar el progreso económico y afrontar la amenaza militar del vecino Estado Haitiano.

Este último punto fue presentado como el decisivo, aunque, en realidad, los círculos gobernantes haitianos habían depuesto su extrema belicosidad, tras el derrocamiento del emperador Faustin Soulouque en 1858. Su sucesor, Fabré Geffrard, había optado por incitar a militares dominicanos descontentos a colaborar con Haití. El caso más sobresaliente estuvo representado por el general Domingo Ramírez, jefe de la frontera sur, quien protagonizó una rebelión respaldada por Haití en 1859. Estos hechos, sin embargo, no significaban que la independencia dominicana se encontrara amenazada por el poderío militar haitiano. En las cuatro campañas agresivas desplegadas por los vecinos, los combatientes dominicanos lograron casi siempre victorias resonantes, no obstante la disparidad de número de tropas y recursos.

Lo que estaba en realidad en entredicho en la trama anexionista era la continuación del poder omnímodo de Pedro Santana, quien se consideraba el único habilitado para dirigir la suerte de los dominicanos. En los años anteriores a 1861 se había puesto de manifiesto la incapacidad de los sectores dirigentes para promover una recuperación económica. El componente más crítico de esta situación radicaba en la división de los sectores políticos dirigentes entre los partidarios de Santana y los del antiguo presidente Buenaventura Báez. Esa pugna estuvo motivada por las ansias de poder absoluto de Santana, por lo que muchos descontentos se agruparon detrás de su irreductible enemigo. Sin embargo, Báez compartía con Santana la concepción anexionista, lo que no impidió que, momentáneamente, los jóvenes liberales de Santo Domingo y sectores humildes marginados por la cúpula oligárquica, se enrolaran en el baecismo.

La culminación de este conflicto se produjo en la revolución cibaeña de 1857, dirigida a sacar a Báez del poder, cuando los promotores del levantamiento de la ciudad de Santiago, reconociendo su debilidad militar, convocaron a Santana para que dirigiera el sitio sobre Santo Domingo, detrás de cuyas murallas se habían parapetado los baecistas. Esta guerra civil duró un año y profundizó la depresión económica crónica. A resultas de ello, muchos se mostraron indiferentes ante la suerte de la República, con lo que se despejaba el terreno para una intentona anexionista. Mientras tanto, otra respuesta masiva vino a ser el repunte de la popularidad de Báez, quien había logrado dejar la impresión de ser un defensor de los pobres y en especial de los campesinos.

Por consiguiente, el hecho de 18 de marzo dio respuesta simultánea a un programa anexionista y a una situación coyuntural de deterioro económico extremo y de auge de la oposición baescista. El pacto que llevó a la Anexión consignaba, entre otras cosas, la permanencia de Santana al frente de la administración local, en calidad de capitán general. El tirano simplemente pretendía perpetuarse bajo la segura cobertura del pabellón español.

Inicialmente, hubo pocas reacciones ante el golpe de Santana y su camarilla, lo que expresaba un momento de agotamiento de las energías nacionales. Varios elementos permiten entender por qué, tras casi cuarenta años de ruptura con la vieja metrópoli, muchos dominicanos aceptaron la reincorporación al estatuto colonial y otros decidieron aguardar, atentos a la evolución de los acontecimientos. Primeramente, Pedro Santana seguía teniendo niveles indiscutibles de prestigio, sobre todo gracias a su liderazgo entre los círculos influyentes, desde donde se irradiaban a la masa del pueblo. Todavía se le acordaban facultades excepcionales que se juzgaban necesarias para garantizar la independencia dominicana. Tal prestigio tenía por principal punto de apoyo los círculos militares, que lo veían el único jefe posible. De esta suerte, todos los intentos que se fraguaron contra la Anexión pudieron ser aplastados, algunos de ellos con el fusilamiento de una parte de sus participantes, como ocurrió en San Juan el 4 de julio, día en que Francisco del Rosario Sánchez y veinte de sus compañeros fueron ignominiosamente ultimados.

CONTRADICCIONES DEL ORDEN ANEXIONISTA

Santana prometió la llegada inminente de un flujo de prosperidad para todos los sectores sociales por efecto de la reincorporación a la antigua metrópoli. Asimismo, anunció que los dominicanos gozarían de todas las atribuciones ciudadanas de los españoles, en virtud de que el país pasaba a ser una provincia ultramarina del reino. Diversas medidas se enunciaron respecto a estas dos promesas centrales: no restablecimiento de la esclavitud, a diferencia de lo que sucedía en Cuba y Puerto Rico; entrada masiva de emigrantes españoles, con lo que se incrementaría la riqueza pública; canje del papel moneda dominicano por pesos fuertes españoles a una tasa equitativa, que apuntaba a erradicar el cáncer más devastador de la precaria economía dominicana; inversiones públicas y privadas en vías de comunicación y otros

proyectos de infraestructura; reconocimiento de las posiciones de la burocracia y de los militares dominicanos, con lo que pasarían a devengar salarios similares a los vigentes en la metrópoli.

Tales promesas en breve tiempo se mostraron fallidas. Si bien se intentó poner en práctica algunos de estos lineamientos, el régimen anexionista mostró especial ineptitud técnica y administrativa, resultado de la cual no solamente no mejoraron las condiciones del país sino que en muchos aspectos empeoraron. A ello se agregaron conflictos en esferas sociales y étnico-nacionales, los cuales alcanzaron a los círculos burocráticos y militares que suscribieron con entusiasmo la Anexión. Sin duda la mejoría de sueldos para la burocracia local, en pesos fuertes de oro, constituyó un aliciente para que se comprometiese con el régimen español. Ahora bien, esto se acompañó de una masiva entrada de peninsulares provenientes de Cuba que desplazaron a posiciones secundarias a los veteranos santanistas. De particular relieve fue la humillación a que se vieron sometidos los militares, dejados en condición de reservistas, en señal obvia de desprecio étnico, por el hecho de tener muchos de ellos ascendientes africanos, lo que los inhabilitaba a ojos de la mentalidad racista de los peninsulares habituados a la cruel esclavitud vigente en Cuba.

De tal manera, la mejoría de la posición material de los jerarcas santanistas se vio contrarrestada por una pérdida de influencia que en muchos casos rayaba en situaciones indignas. Muy pronto, como expresión de este conflicto casi manifiesto, comenzó una pugna entre Santana y sus colaboradores metropolitanos próximos: el antiguo tirano se solidarizó con los intereses de sus viejos socios criollos y se negó a compartir el poder, pensando ingenuamente que iba a seguir siendo el mismo tirano dotado de facultades omnímodas. De ahí que en enero de 1862, el primer presidente dominicano presentase renuncia a su condición de capitán general y recibiese como compensación el título nobiliario de marqués de Las Carreras y la posición de senador vitalicio del reino, con la astronómica pensión de doce mil pesos fuertes al año.

Colateralmente, el incremento de salarios y la entrada de numerosos burócratas peninsulares generaron un alza abrupta de los gastos gubernamentales, lo que se tradujo en un incremento de la presión tributaria. De golpe, la masa popular, acostumbrada a pagar exclusivamente impuestos aduanales moderados, vio mermada su capacidad de ingreso. En especial, los cultivadores de tabaco de la zona del Cibao fueron los más afectados con esta disposición. Pero además del incremento impositivo, la presión gubernamental se manifestó en requerimientos apremiantes y abusos que chocaban con el orden republicano existente desde 1821, cuyos componentes se habían ya asentado como parte de las mentalidades colectivas. Fue el caso de la disposición que ordenaba que todos los habitantes de las zonas rurales contribuyesen al transporte de los equipajes de los militares y que pusiesen al servicio de estos sus animales de carga. El espectro de la esclavitud no pudo sino resurgir, al agregarse un hiriente desdén sobre los dominicanos por parte de la mayoría de funcionarios y militares peninsulares.

Otras medidas mostraron igualmente su carácter contraproducente, como fue el canje del papel moneda. Con motivo de esta disposición, proliferó la falsificación de billetes, aupada incluso por funcionarios españoles, con lo que se agravó el desorden monetario. Por otra parte, el objetivo de unificación en el peso fuerte dio lugar a prácticas de corrupción administrativa que exacerbaban el descontento de los afectados.

Tales componentes de la administración española generaron un malestar creciente en todos los sectores sociales, fuese por motivos económicos, de posiciones de poder o de dignidad nacional. No solo los campesinos eran víctimas de las exacciones tributarias, sino que también los comerciantes antiguamente establecidos resistieron el favor a los buques peninsulares, las ventajas arancelarias a los productos industriales catalanes, el incremento del arancel de exportación y las prácticas de corrupción que alteraban las reglas previamente existentes. Mientras tanto, proliferaba el desorden monetario, junto con los abusos de poder y no aparecía ninguna contrapartida de progreso: en más de dos años de paz el

régimen anexionista no construyó un solo kilómetro de carretera, poniéndose de manifiesto la ausencia de interés de la burocracia dirigente por generar el desarrollo de la riqueza pública.

En síntesis, se puso en claro que para la perspectiva metropolitana, aparte de su valor geopolítico para contribuir a conservar el control de Cuba, la Anexión de 1861 estuvo concebida desde un prisma de expoliación de los recursos humanos y naturales de la nueva posesión ultramarina. El desengaño sin duda había alcanzado a una parte mayoritaria de la población para fines de 1862, desvaneciéndose las ilusiones de prosperidad y de tratamiento digno por parte de la metrópoli, estado de ánimo que presagiaba un estallido insurreccional. Fue, en efecto, lo que primero aconteció fallidamente en febrero de 1863 y se reiteró de manera irreversible en agosto de ese año, al iniciarse la Guerra de la Restauración en Capatillo, paraje próximo a la línea fronteriza del norte.

LA FORMACIÓN DEL ADALID NACIONAL

Uno de los jefes militares que aceptaron, sin signos aparentes de reserva, la reincorporación a España fue Gaspar Polanco, quien poco tiempo antes había sido ascendido al rango de general de brigada. Al cabo de dos años, su fidelidad hacia Santana y la confianza que posiblemente albergaba en el proyecto anexionista se habían trastocado en una animadversión virulenta, que lo llevó a la conducción de la Guerra de la Restauración. Cumplió esa misión gracias a haber sido un prototipo del ascenso social a través de la carrera de las armas. Su posición de oficial superior, coronel y luego general, lo asoció con el desempeño de responsabilidades en el seno del Estado y con una visión de los asuntos públicos distinta a la habitual en los medios rurales de los cuales procedía.

La Guerra de la Restauración, iniciada en agosto de 1863, tuvo por principal característica su contenido popular. Es lo que explica que un provinciano de origen rural como Polanco ganara tanto protagonismo en ella. Resumía la visión popular contra

los dominadores, al tiempo que estaba dotado de los instrumentos profesionales para encabezar una acción que se disputaba fundamentalmente en el terreno de las armas. En tal sentido, el personaje resume las fortalezas y las debilidades de la Guerra de la Restauración: sin dejar de ser analfabeto, fue un componente combatiente; asumió un radicalismo que lo llevó a figura preponderante del hecho nacional, al tiempo que carecía de propuestas precisas de organización de un orden alternativo.

Se sabe poco hasta el momento acerca de sus antecedentes personales. Ni siquiera se sabe con exactitud el año y el lugar de su nacimiento, aunque se presume que se produjo en Guayubín o en el paraje Corral Viejo de ese municipio, en 1816. Su padre, Valentín Polanco, era un criador de reses y cosechero de tabaco residente en Guayubín, desde donde resultaba fácil realizar exportaciones hacia Haití, las cuales se habían reanudado desde cierto momento tras la Independencia dominicana, no obstante la inexistencia de un armisticio entre los dos países. Gaspar, el más inteligente de los tres hermanos, mantuvo el patrimonio familiar, logrando compatibilizar sus actividades de jefe militar regional con la administración de su hato ganadero.

Como fue normal después de la Independencia, Gaspar Polanco se incorporó tardíamente a las faenas militares. Es probable que participara en las guerras con Haití desde el mismo 1844, pero solamente comenzó a descollar en condición de coronel de caballería en las batallas de Jácuba y Talanquera, siendo esta última el epílogo de las agresiones haitianas, en enero de 1856. Las dotes guerreras exhibidas en estas batallas y la adhesión a Santana tras la guerra civil de 1857 le facilitaron el ascenso a general, posiblemente en 1859. Desde la posición de jefe de la sección La Peñuela se hacía sentir como una de las figuras preponderantes de la zona fronteriza del norte, destacándose por su capacidad de reclutar contingentes de campesinos para las campañas bélicas, función clave de los representantes locales de la administración pública.

Este prestigio en el orden regional no fue obstaculizado por sus limitaciones culturales. Compensó su condición de analfabeto con

una recia personalidad que se canaliza casi exclusivamente hacia las dotes guerreras, el don de mando y la exhibición de la valentía personal, cualidad esta última indispensable para todos aquellos que se promovían socialmente a través del oficio militar. Como parte de esta combinación, a la competencia en la jefatura militar unió una dureza de escasos precedentes, que se haría uno de sus atributos de prócer. Alrededor de esto, algunos historiadores como Archambault lo han juzgado como un sujeto sanguinario, mientras otros como Rufino Martínez lo reducen a la condición de tosco elemental. Sin duda, Polanco mostró una predisposición por el uso de la violencia, pero lo hizo como parte de una visión de la guerra y de sus objetivos patrióticos. Se mostró duro frente a traidores, y era a menudo presa de furor cuando se presentaban situaciones críticas en el combate. Pero de ninguna manera fue un criminal, pues obró en todo momento de acuerdo a un ideal de autodeterminación nacional que recogió como casi ningún otro de los jefes militares de la Restauración. Fue esta concepción de la naturaleza nacional y civil de la Restauración que lo llevó a mostrarse implacable contra los españolizados. Manuel Rodríguez Objío, quien lo trató de cerca durante la gesta, acierta al compararlo a Robespierre, pues rescata la intención revolucionaria de su dureza.

En aquellos días la revolución no perdonaba la menor infidelidad, y Gaspar Polanco, su primer representante, era la encarnación viva de esa tremenda justicia; Robespierre de nuevo género, él habría querido redimir y afianzar la República sobre las osamentas de sus contrarios.

Esto indica que no todo era violencia en él, sino que, más bien, el empleo de la violencia formaba parte de una visión patriótica, concepción por lo demás ampliamente compartida en ese escenario impetuoso que fue la Guerra de la Restauración, cuando surgieron nuevos sectores como adalides de la resistencia nacional. Polanco fue, a tal respecto, la expresión más cabal del fenómeno

sociológico, pero, como prócer, lo dirigió en un sentido patriótico y revolucionario. Para nada obedeció a los instintos elementales de los caudillos; por el contrario, en su desempeño como Presidente de la República en armas mostraría su disposición a dejar los asuntos públicos en manos de los civiles cultos, dotados de una concepción democrática y nacional que él pasó a compartir sin reserva alguna.

INCORPORACIÓN A LA REBELIÓN

Mientras él se mantenía en la condición de militar de las reservas en la Línea Noroeste, como se ha señalado, en febrero de 1863 estallaron sublevaciones antianexionistas en Guayubín y otras localidades de esa región, con repercusión en Santiago, donde se intentó infructuosamente expandir la rebelión. En pocos días de operaciones las tropas españolas y de anexionistas criollos lograron sofocar el intento. Una de las razones de que esto sucediese fue que todavía muchos oficiales de las reservas se mantuvieron fieles al régimen español. Entre los oficiales dominicanos que en aquel momento no secundaron la acción liberadora se encontró Gaspar Polanco, pese a que su hermano mayor, Juan Antonio, se contaba entre los cabecillas de la insurrección. Se ha llegado a afirmar que una de las causas del fracaso residió en la fidelidad a España de Polanco, a causa de su influjo en la región fronteriza del norte.

Es probable, sin embargo, que ya en febrero de 1863 Polanco estuviese predispuesto a la rebelión, pero decidiese no unirse a ella. Un testimonio de la época señala que llegó a la conclusión de que le convenía interceder por la vida de su hermano, lo que deja implícito que ponderaba que todavía no habían madurado las condiciones para el éxito. Algunos funcionarios españoles desde ese momento sospecharon que esperaba la oportunidad propicia para pasarse al bando rebelde. Aun así, no cabe duda de que entonces contribuyó al fracaso de la rebelión, ya que encabezó las principales tropas criollas al servicio del gobierno.

No se sabe si Polanco participó en las faenas conspirativas que precedieron el estallido de la rebelión en Capotillo el 16 de agosto, que dio inicio a la Guerra de la Restauración. Al menos no se contó entre los jefes iniciales que lograron en escasos días derrotar a las guarniciones españolas en casi todas las localidades de la Línea Noroeste. Empero, no cabe duda de que se hallaba predispuesto a la rebelión, como parte de un amplio consenso que se había formado en esa región a consecuencia de las medidas de la administración española en el Cibao, comandada por el general Buceta y el coronel Campillo.

Entre Santiago y la frontera cundía el descontento, por cuanto las disposiciones antipopulares arriba vistas, que habían estimulado la rebelión de febrero, no habían sido derogadas. Por otra parte, los jefes militares españoles cometieron el error de fusilar a varios de los participantes en las rebeliones fronterizas y de Santiago, después que se habían comprometido a respetar la vida de todos los prisioneros. Tras la rebelión de febrero cundió el terror a lo largo de la Línea Noroeste, lo que tuvo el efecto inevitable de atizar de nuevo el espíritu antianexionista.

Polanco se unió a la rebelión hacia el 20 de agosto, contados días después de iniciada, cuando Benito Monción y Pedro Antonio Pimentel perseguían a muerte a Buceta. A pesar de que en ese momento la rebelión era ya masiva, la incorporación de Polanco le aportó perspectivas más ciertas. Del hecho de que él se sumara en Esperanza, a mitad de camino entre Santiago y Guayubín, se infiere que decidió preparar las condiciones en esa comarca, hasta entonces ajena al desenvolvimiento de los combates. Prueba de ello fue que se incorporó al frente de más de trescientos hombres, cantidad considerable en un momento inicial de la guerra. Sin duda ese contingente pasó a desempeñar un papel clave en la ofensiva que se decidió lanzar sobre Santiago, después que se organizaron los diversos cuerpos que habían estado operando en el espacio comprendido entre Sabaneta, Guayubín, Montecristi y Dajabón. Al frente de esa tropa, rápidamente reforzada con nuevos reclutas, Polanco derrotó en La Barranquita de Guayacanes

el contingente enviado desde Santiago al mando del comandante Florentino Martínez con el fin de auxiliar a Buceta. El repliegue de los derrotados hacia Santiago tuvo especial importancia, pues abrió a los insurgentes el terreno hacia la capital cibaëña.

PRIMER JEFE DE LA RESTAURACIÓN

A escasos días de haberse adherido a la causa nacional, Polanco fue reconocido como jefe máximo del ejército nacional por el simple hecho de que era el único que había ostentado el rango de general en la época republicana. Parece que no hubo objeción alguna a esta decisión, que ponía de relieve el sentido de la rebelión de operar un retorno a la situación existente antes de marzo de 1861. Años después, en un importante escrito dictado a Mariano Cestero, Benito Monción reconoció que hasta la designación de Polanco en la jefatura, los distintos cuerpos que operaron sobre Montecristi, Guayubín y Dajabón carecían de un mando unificado. Por consiguiente, desde ese momento le correspondió a Polanco dirigir las operaciones que culminaron en la toma de Santiago y en la persecución de las tropas españolas hasta Puerto Plata días después. Los éxitos en estas operaciones comprueban que la designación del jefe trascendía la formalidad del general más antiguo, pues había recaído en alguien que pasó a mostrar pericia minuciosa en la conducción de las operaciones.

Desde ese momento, Polanco se hizo la figura preponderante de la Guerra Restauradora, pese a que no fue electo Presidente de la República. El Dr. Alcides García Lluberes, en su apasionado pero lúcido artículo «El general Gaspar Polanco», lleno de empatía por el prócer, fue el primero que revisó el criterio ampliamente aceptado de que Gregorio Luperón fue la primera espada de la Restauración. García Lluberes tiene razón al destacar que a Polanco le correspondió encabezar formalmente el inicio de la guerra, plasmado en la toma de Santiago, y asimismo su final triunfante a finales de 1864, culminado en la desocupación del país. La visión

de la preponderancia de Luperón se explica por la excepcional conciencia histórica del futuro caudillo del Partido Azul, expresada en los dos tomos de sus *Notas autobiográficas y apuntes históricos*. Ahora bien, si se estudia con atención ambos textos, queda incuestionablemente establecida la primacía de Polanco, tanto en el aspecto militar como en la calidad de la conducción política de la gesta nacional, invalidándose los reclamos de Luperón, quien no faltaba a la verdad, a pesar de aspirar a la gloria y exagerar méritos por momentos.

Polanco, más allá de toda duda, mostró las dotes supremas que llevaron a los dominicanos a la victoria, especialmente cuando se debatió si se lograría consolidar la insurrección en el Cibao. Pero fue sobre todo en el terreno de la conducción política, cuando ocupó la Presidencia de la República, donde manifestó en forma plena su capacidad de conducción de la guerra nacional.

Aunque a Polanco, ciertamente, como lo han puesto de relieve historiadores como Rodríguez Objío y García Lluberes, le correspondió el principal papel militar en la Restauración como general en jefe, no significa que se encontrara en una situación de superioridad absoluta respecto a otros comandantes del ejército restaurador. Polanco no ostentó en las filas patrióticas un ascendiente indiscutido como lo había tenido Santana durante las guerras con Haití. Esto se explica por el hecho de que la naturaleza de la guerra restauradora impedía que se produjese una efectiva jerarquía de mandos. En cada frente se gestaba una jefatura que forzosamente actuaba con independencia del conjunto, estableciendo sus propios planes de combate, sus procedimientos de mando y operaciones y las líneas de abastecimiento. Las tropas de patriotas, conocidas como mambises, carecían de la compactación propia de los ejércitos modernos. Más bien operaban como huestes informales, desplegados sobre frentes imprecisos, de acuerdo a preceptos adoptados por sus jefes respectivos. La guerra de guerrillas constituía, a tal efecto, el principal procedimiento bélico de los patriotas, único recurso para confrontar un ejército considerablemente más numeroso, mejor adiestrado y con armamentos incomparablemente superiores.

Vistas así las cosas, se comprende que a lo largo de la guerra sobresalieran varias figuras que desempeñaron papeles trascendentes en sus frentes respectivos: para mencionar unos cuantos, Benito Monción y Pedro Antonio Pimentel en Montecristi, el mismo Polanco en Puerto Plata, Luperón en los momentos iniciales de invasión al Este y al Sur, Eusebio Manzueta en el Este y Pedro Florentino y José María Cabral en el Sur. También sobresalió José Antonio Salcedo, designado Presidente de la República el 14 de septiembre de 1863, quien, a pesar de carecer de méritos para tal posición y de haber cometido errores militares significativos, se elevó a la condición de un guerrero intrépido que a menudo estuvo en primera fila en los frentes clave de las operaciones. No pocos otros jefes brillaron en acciones de envergadura, entre los cuales se pueden mencionar a José Cabrera, Federico de Jesús García, Santiago Rodríguez, Manuel Rodríguez (El Chivo), Benito Martínez, Pedro Pablo Salcedo (Perico), Juan de Jesús Salcedo, Marcos Adón y tantos otros.

Lo anterior permite concluir que, ciertamente, Polanco fue la primera espada, más por el hecho de ostentar el rango de general en jefe que por sus acciones en sí, ya que jefes de otros frentes desempeñaron funciones de extraordinario peso. Fue el componente político de su nacionalismo intransigente, como ya se ha referido, el que permitió que Polanco se colocara en la cresta de la galería de próceres que dirigieron la gesta restauradora. Gracias a ese talante le correspondió al general en jefe detener el avance de las posiciones de los partidarios de un avenimiento con España o de traer de retorno a Buenaventura Báez, ideas ambas esbozadas por el presidente José Antonio Salcedo (Pepillo). Fue su actitud nacional, popular y democrática que le permitió al general en jefe, en su condición de Presidente, llevar las operaciones a su punto culminante, al grado de que la jefatura española debió renunciar a proseguir las operaciones y se limitó a concentrar las tropas en seis o siete puntos fortificados de la costa.

LA BATALLA DE SANTIAGO

Puesto al frente de la aglomeración de «mambises», en número cercano a cinco mil, al incorporarse refuerzos de La Vega y Moca, el 4 de septiembre Polanco estudió la situación desde el cantón de mando de Quinigua antes de disponer el asalto sobre Santiago. Al día siguiente todos los jefes se posicionaron en cantones que cercaron la ciudad, desde los cuales realizaron operaciones ofensivas que culminaron en el desalojo de los españoles de las calles de la ciudad. El cuadro de mando encabezado por Polanco estaba fundamentalmente compuesto por los generales Gregorio Luperón, Ignacio Reyes y Gregorio de Lora y por los coroneles Pedro Antonio Pimentel, Benito Monción y José Antonio Salcedo. En una de las treguas, Luperón solicitó a Polanco el ascenso de los dos últimos al rango de general, en reconocimiento de sus hazañas de esos días, en lo que fue complacido de inmediato. En medio de los combates, sobresalió Polanco en primera línea de fuego, lo que no le impedía coordinar la acción de los destacamentos al mando de los generales subordinados. En esta doble función de jefe táctico y estrategia se revela la excepcional capacidad militar del general en jefe. Esto es tanto más notable en la medida en que los dominicanos enfrentaban una tropa española cuantiosa, con alta moral y bien apertrechada en el centro de la ciudad. Adicionalmente, cabe considerar que los dominicanos todavía no habían superado un formato bélico asaz espontáneo. Pero la ausencia de disciplina y de mando efectivo quedaba compensada por la disposición a pelear a toda costa, el secreto último del éxito de la Restauración. Luperón, segundo jefe en importancia en la batalla, describe la forma heteróclita del armamento.

Era por lo demás curioso contemplar aquellas columnas de los patriotas; unos con lanzas, algunos con fusiles antiguos; varios con trabucos de todas las épocas, otros con pistolas de todas clases, los más con su machete y no pocos con garrotes; pero

los revolucionarios habían adquirido el audaz vigor que dan continuas victorias, y con la bravura que inspiran las guerras de independencia, se lanzaban a la lucha con las desventajas de las armas, pero con la indómita intrepidez e inmensa alegría de dar la vida por la patria.

Precisamente, desde esos días Polanco tuvo el mérito de encarnar en su expresión más alta ese espíritu nacional. El 6 de septiembre, día culminante del enfrentamiento, se señaló al general en jefe en todas partes en que se debatía el desenlace. En varios escritos se recuerda que peleaba en primera línea como una fiera, reforzando posiciones con el ejemplo o imprimiendo empuje en medio de imprecaciones si los españoles daban muestra de avanzar, al tiempo que impartía órdenes a los diversos jefes distribuidos en otros puntos. Su presencia se hizo sentir como la de ningún otro jefe en el resultado obtenido. De nuevo debemos al testimonio de Luperón una descripción magnífica del choque terrible de las tropas.

La batalla de Santiago, el 6 de Septiembre de 1863, es un acontecimiento único por su grandiosidad en el país.

Esfuerzos de valor y ejemplos de heroísmo dieron ambos combatientes aquel día memorable que no podrán borrarse jamás de la historia de la guerra, ni de la memoria de aquellos que tuvieron la inmensa gloria de presenciarlos. [...]

Las descargas de fusilería y de cañones se hacían a quema ropa, y los sitiados rechazaban a los asaltantes con las puntas de sus bayonetas y con chorros de metrallas.

Refugiados finalmente los españoles en la fortaleza San Luis, Polanco ordenó su asalto, para lo cual dispuso que se incendiase

una vivienda que se encontraba en un costado de la fortaleza. De ahí se originó el incendio que en pocas horas dejó en cenizas la ciudad entonces más rica de la República. Este hecho no inmutó a los cabecillas restauradores, partidarios de la tierra quemada como precio para retornar a la autodeterminación nacional. La batalla llegaba a su cénit, al decir de Luperón «un cráter en espantosa actividad», cuando «la cólera de los hombres se mezclaba en terrible maridaje a la cólera de los elementos».

La belicosidad de los guerreros restauradores colocó a las tropas españolas en situación de defensiva, no obstante la alta moral de combate que en todo mostraron. Mientras los dominicanos sostenían el cerco sobre la fortaleza y se aprestaban a tomarla, hizo aparición una columna española proveniente de Puerto Plata, bajo el mando del coronel Cappa y del general de las reservas Juan Suero, el legendario «Cid Negro» que tan valerosamente combatió contra sus connacionales. De nuevo en esta ocasión se puso de manifiesto la pericia de mando del general en jefe, cuando decidió no obstaculizar el ingreso de la columna de refuerzo a la fortaleza, a pesar de que él personalmente dirigió su hostigamiento por los flancos. Pero no fue cualquier hostigamiento, sino el paroxismo de una lucha salvaje, cuerpo a cuerpo, entre soldados que compartían una disposición a llevar el combate hasta la muerte.

Desde varios días antes rodeado con sus tropas, el 13 de septiembre, Buceta acudió al subterfugio de proponer negociaciones, para lo cual contó con la colaboración del sacerdote francés Francisco Charboneau, párroco de Santiago. El brigadier aprovechó la situación para iniciar la retirada en dirección a Puerto Plata, después de un intento fallido hacia La Vega. De nuevo le correspondió a Polanco dirigir la persecución de la columna en retirada, acción que se desarrolló durante cuatro días y en la cual perecieron unos setecientos soldados peninsulares. Mientras Polanco se asignó montar emboscadas ordenó a Pimentel y Monción mantener el hostigamiento de la tropa en retirada desde la retaguardia. Colaboraron asimismo otros jefes, entre los cuales sobresalieron los líderes de los campesinos de la zona montañosa conocida como

Los Ranchos, Juan Lafitte y Juan Nuezit, quienes tendieron emboscadas y levantaron obstáculos, como gruesos árboles derribados, que entorpecieron la marcha de la tropa en retirada.

Tras esta carnicería, en la única edificación de calidad que sobrevivió al incendio, entre escombros humeantes, el 14 de septiembre se reunieron en Santiago unos pocos oficiales que habían permanecido en tareas locales, entre los cuales sobresalían Luperón y Salcedo. Pero los principales asistentes a la reunión fueron las figuras civiles que se harían cargo del gobierno restaurador casi hasta el final del conflicto que ya se habían compactado como conglomerado político a raíz de la revolución de 1857. Ocupaban categorías sociales disímiles: algunos de los intelectuales más preclaros, como Ulises Francisco Espaillat, Benigno Filomeno de Rojas y Pedro Francisco Bonó; comerciantes como Pablo Pujol, Alfredo Deetjen y Máximo Grullón, y antiguos funcionarios del Ayuntamiento y de otras oficinas estatales, como Julián Belisario Curiel, Silverio Delmonte y Rafael María Leyba.

De creer a Luperón, única fuente de lo acontecido en esa reunión, esta fue convocada por José Antonio Salcedo, quien mintió al asegurar que lo hacía por disposición del conjunto de jefes. Luperón también asegura que él fue primeramente propuesto a la Presidencia, a lo que se negó. Eso permitió, según su propio testimonio, que Pepillo Salcedo se autopropusiese y resultase electo, pese a las advertencias en contrario. Al enterarse de la decisión, Polanco la objetó aduciendo que no se le había consultado en su calidad de general en jefe. Su primera reacción habría sido ordenar el fusilamiento de Salcedo por usurpación. Finalmente, accedió a reconocer a Salcedo, aconsejado por otros jefes, aunque de seguro quedó un mal de fondo entre este y algunos de los otros adalides de más prestigio, sobre todo Polanco y Luperón.

FRENTE A PUERTO PLATA

En los días en que se llevaba a cabo la batalla de Santiago y la persecución de los españoles cuando se dirigían a Puerto Plata, casi todas las restantes localidades cibaenas fueron sublevadas. Al norte de la Cordillera Central, únicamente Puerto Plata quedó en manos de los españoles. Esta ciudad tenía una importancia cardinal desde todos los ángulos posibles, por ser el punto donde se realizaba el volumen más grueso de comercio exterior del país. Aunque sus edificaciones también fueron pasto de las llamas, tras retirarse de Santiago los españoles lograron mantener un bastión de trincheras alrededor del fuerte San Felipe.

Desde Puerto Plata resultaba factible emprender un movimiento contraofensivo, ya que el control que mantuvieron los españoles sobre la zona portuaria les permitía recibir refuerzos y provisiones. Los mandos del ejército restaurador estaban contestes de que los españoles desatarían operaciones ofensivas y, por ende, veían a Puerto Plata como un punto hartamente delicado. Tal consideración llevó a Polanco a la decisión de hacerse cargo personalmente de la conducción de la acción bélica contra el bastión español. Desde tal consideración, prefirió dejar en manos de otros jefes la invasión de las regiones del Sur y el Este, convencido que el destino de la guerra se jugaba en el Cibao. Mantuvo junto a él a varios de los mejores comandantes y a tropas selectas, probadas en Santiago. Dirigiendo las acciones, se le agregaron a Polanco varias heridas a las que ya mostraban su condición de guerrero.

Durante más de un año, las tropas dominicanas comandadas por Polanco sometieron a los españoles a un sitio abrumador. Prácticamente los soldados enemigos podían verse las caras, cada parte cobijada detrás de trincheras y barricadas. Los guerreros restauradores se distribuyeron en tres cantones que rodeaban la ciudad: Cafemba, Las Jabillas y Maluis. Cada uno de ellos estaba comandado por un general, a su vez situado bajo el mando directo de Polanco. Este no daba cuartel, considerando que el estado de sitio no autorizaba la pasividad. Su determinación era tan rotunda

que tardó en moverse de su puesto ante las noticias de que su esposa había enfermado, no dándole tiempo de asistir a su funeral. Día a día se producían escaramuzas, como se revela en los partes de guerra transcritos por Rodríguez Objío y por los cronistas españoles La Gándara y González Tablas. En cuantas ocasiones los españoles intentaron romper las formaciones de los cantones sitiadores, terminaron derrotados. Pero, en sentido inverso, los mambises se revelaron impotentes para desalojar a los enemigos, habida cuenta de la desproporción en armamentos. Este empate técnico le confirió significado especial a lo que se debatía en Puerto Plata y llevó a Polanco a no apartarse del lugar.

Tal decisión tuvo el efecto de ampliar la influencia del presidente Salcedo, quien de hecho pasó a operar como general en jefe, con lo que intervenía personalmente en los frentes donde se llevaban a cabo maniobras que se consideraban cruciales. Sobre todo, tras los éxitos de Luperón en abrir líneas de frente al norte de Monte Plata y entre Baní y San Cristóbal, Salcedo tomó el mando de las operaciones en el primer lugar, lo que tenía impacto sobre el Este, zona donde se hallaba la máxima influencia de Santana y donde, por consiguiente, la Restauración registró mayores dificultades en extenderse.

Aunque lejos del escenario del gobierno y de los demás frentes, Polanco seguía atento el desenvolvimiento de los acontecimientos. Como general en jefe, tenía razones para mostrarse preocupado por la recuperación de la capacidad bélica de los españoles. En efecto, tras los triunfos fulgurantes de los dominicanos durante los primeros meses, siguieron movimientos de contraofensiva de los peninsulares, los cuales pusieron en entredicho la capacidad de que la guerra se saldara en un triunfo nacional. Esto se debió a la llegada de refuerzos masivos desde Cuba, que elevaron las tropas foráneas a cerca de 30,000 hombres, comprendiendo las reservas de naturales de las otras dos Antillas hispánicas. Con esos destacamentos, el general José de la Gándara emprendió una ofensiva en dirección sur, acompañado por el traidor Eusebio Puello. A la larga, las tropas anexionistas aplastaron la resistencia nacional

en el frente Sur, llegando a hacer contacto con la línea fronteriza. Meses después, en abril de 1864, el mismo La Gándara dirigió el desembarco de unos ocho mil hombres sobre Montecristi, que tenía por propósito iniciar una marcha sobre Santiago. Todo esto llevó a Polanco a una postura de hostilidad frente al mandatario, a quien responsabilizó de lo que entendía, junto a otros, que era el estancamiento desfavorable de las operaciones militares.

DERROCAMIENTO Y MUERTE DE PEPILLO SALCEDO

Estas derrotas no fueron debidamente procesadas por el presidente Salcedo. Se añadió que dio muestra de incapacidad al encabezar los principales contingentes en el frente cercano a Monte Plata, al ser derrotado cuando presentó combate frontal. Esta situación generó preocupación en el seno del Gobierno Provisional de Santiago, por lo que su vicepresidente, Ulises Francisco Espaillat, lanzó una circular que aconsejaba desistir de operaciones frontales y limitar las operaciones al marco de la táctica guerrillera. A resultas de estos reveses, Pepillo Salcedo se vio imbuido de un espíritu derrotista, que lo llevó a aceptar las propuestas de negociaciones que le hizo llegar La Gándara desde Montecristi. A pesar de que en una primera ronda, en que participaron generales y civiles, se vio que el capitán general español no tenía oferta razonable alguna, Salcedo insistió en proseguir las negociaciones. Llegó a sugerir, de acuerdo al valioso testimonio de Luperón, aceptar una suerte de armisticio, que de hecho equivalía a la capitulación. Parece que el capitán general La Gándara confiaba en Salcedo para obtener una posición favorable a la diplomacia que permitiera una desocupación honorable. Cuando Salcedo fue derrocado, La Gándara cometió la torpeza de osar interceder a su favor.

Todos estos antecedentes llevaron a la caída y posterior ejecución de Salcedo. El doctor García Lluberes sintetiza el punto de la siguiente manera: «Polanco vió en peligro la unidad de la

Revolución, casi triunfante, y quiso eliminar el riesgo de su retroceso o de su fracaso».

Igualmente grave fue que, también de acuerdo a Luperón, Salcedo llegó a proponer un movimiento que condujera al retorno de Buenaventura Báez a la Presidencia. Salcedo había sido partidario de Báez antes de 1861 y a partir de la contraofensiva española volvió a depositar expectativas en la habilidad proverbial del veterano anexionista para poner fin honorable a una guerra que veía sin perspectivas ciertas. Pero ese no era el caso de numerosos generales y dirigentes civiles del Gobierno Provisional, quienes habían sido partidarios de Santana o habían participado en la revolución de 1857 en el bando opuesto a Báez. Para ellos el retorno de ese personaje resultaba intolerable, pues con razón lo identificaban a posiciones anexionistas. Luperón refiere que fue interpelado por Salcedo a favor de llamar a Báez, y supone que su negativa llevó a que el Presidente fraguara planes para fusilarlo. Precisamente, en los momentos en que Salcedo propugnaba sigilosamente por la instalación de Báez al frente de la República en armas, este recibía en Madrid la dignidad honoraria de mariscal de campo del ejército español. Ante las dificultades de Santana, su viejo enemigo, se aprestaba a dar los pasos para presentarse como la solución a los problemas de España en Santo Domingo. La terrible pasión que había dividido a santanistas y baecistas se mantenía encendida, aun fuese soterradamente, en medio de la conflagración nacional, y fue uno de los motivos que llevaron a la caída de Salcedo.

Hubo otras causas del desenlace desfavorable a Salcedo. La más importante, seguramente, estribó en que pretendió erigirse en dictador, para lo cual dispuso el cese del Gobierno Provisional, dejando en su puesto únicamente al vicepresidente Ulises Francisco Espaillat. Una medida de tanta trascendencia no fue consultada con los restantes generales, lo que entrañaba una situación no prevista de concentración de poder que no se correspondía con los objetivos enunciados de la guerra. En el terreno personal, además, Salcedo dio muestras lastimosas de disolución, al dedicarse al consumo excesivo de bebidas alcohólicas y a los juegos de azar.

Entre los principales generales de la Línea Noroeste cuyo frente ante Montecristi en ese momento tenía especial importancia, se empezó a fraguar un manifiesto descontento contra el Presidente. Finalmente Benito Monción, Pedro Antonio Pimentel y Federico de Jesús García encabezaron un pronunciamiento contra el mandatario. Gaspar Polanco, quien debía estar enterado de la trama, se presentó en Santiago, ciudad donde fue aclamado Presidente el 10 de octubre, por medio de un manifiesto firmado por un nutrido grupo de prohombres de la guerra patriótica. Nadie objetó el cambio operado, por lo que Salcedo tuvo que desistir de presentar resistencia. El depuesto Presidente fue apresado y entregado a Luperón para que lo condujera hasta la frontera, pero el jefe haitiano de Ouanaminthe, general Philantrope, se negó a recibirlo aduciendo problemas internos en la región.

Ante la imposibilidad de que Salcedo fuera deportado a través de Haití, Polanco determinó que se le enviara a Blanco (hoy Luperón), ensenada donde se daban cita goletas que burlaban el bloqueo marítimo español para realizar cargas de caoba y tabaco. Comenzó una tortuosa marcha del expresidente, que finalizó en Maimón, donde fue fusilado por un piquete dirigido por el comandante Agustín Masagó. Este actuó por orden expresa del presidente Polanco, quien gozaba de especial prestigio en la zona, por haber estado al frente de los cantones durante largos meses.

Después de depuesto Polanco, se achacó responsabilidad en la ejecución de Salcedo a los integrantes del Gobierno Provisorio de Santiago. Rodríguez Objío tiene razón al negar los cargos, aun cuando era parte afectada, pues hay elementos suficientes de juicio que permiten discernir que la decisión la tomó Polanco por su cuenta, haciendo uso de las facultades dictatoriales de que estaba investido para la conducción de la guerra. A lo sumo, la única otra persona de relieve que tuvo cierta responsabilidad en el hecho fue el venezolano Candelario Oquendo, quien había llegado en la expedición comandada por Juan Pablo Duarte en abril de ese año y quien fungía de secretario personal del Presidente. Oquendo desempeñó un papel de importancia en esos meses, pues de

seguro, junto a Rodríguez Objío, fue uno de los inspiradores de la intransigente postura nacionalista del gobierno de Polanco.

Ningún documento ilustra las razones de la ejecución de Salcedo, pues el Presidente no informó formalmente de la decisión. Sin embargo, se puede llegar a la conclusión de que, enfrascado en una lucha sin cuartel contra enemigos externos e intestinos, Polanco debió calibrar que, de mantenerse con vida, el depuesto mandatario podría representar un peligro para la suerte de la causa restauradora. Lo debía visualizar fundamentalmente como un posible representante de los españolizados y los partidarios de Báez. Desde tal ángulo, el fusilamiento de Salcedo se inscribe en el conjunto de actuaciones de la administración de Polanco, reconocida por quienes han emitido juicios ecuanímenes como el momento cumbre de la Restauración. El hecho tuvo carga simbólica, porque indicaba que la guerra era a muerte y que no se daría cuartel a quienes pretendieran llegar a situaciones de compromiso de cualquier género.

En el momento, nadie objetó la ejecución, que de hecho había sido solicitada por Monción y Pimentel, quienes al igual que otros generales le habían tomado animadversión a Salcedo. Aun así, se puede juzgar que se trató de un acto inútil, al margen de juicios de valor acerca de la pena de muerte y de los requerimientos judiciales para su aplicación, ya que en ese momento en realidad el peligro para la causa nacional no estaba representado por una persona determinada y menos aún específicamente por Salcedo. Sin duda debieron mediar pasiones elementales y no solo consideraciones políticas, en medio de circunstancias tan difíciles: al parecer Salcedo se había ganado el rencor de muchos por sus fracasos y sus intentos dictatoriales. Por otra parte, sobre Polanco quedó una sombra como déspota criminal que ha ensombrecido su contribución ingente a la causa de la libertad de los dominicanos. Su respuesta fue la del hombre de armas, poco inclinado a soluciones políticas y convencido de que la violencia era el único terreno en que se dirimían los conflictos de intereses. Su actuación fue muy distinta a la de Luperón, quien pese a que Salcedo había

dado orden de ejecutarlo, le ofreció protección, logrando salvarle inicialmente la vida en el momento en que Monción y Pimentel pretendían fusilarlo.

CÉNIT DE LA GESTA NACIONAL

No obstante su tesitura violenta, Polanco no tenía vocación de tirano. Prueba de su compromiso con la causa democrática, fue que, al margen del acto controversial de hacer fusilar a Pepillo Salcedo, su administración fue ejemplar en todos los sentidos, caracterizada por la integridad patriótica de sus integrantes, el nacionalismo programático esbozado como doctrina de Estado y la subsiguiente verticalidad de sus ejecutorias. No había habido nada similar en la historia dominicana, pues la naturaleza popular de la conflagración llevó a que Polanco se tornara en el adalid de un sentimiento nacional y democrático. Combatió resueltamente lo que comenzaba a verse por algunos protagonistas cimeros como «oleada reaccionaria», que pretendía concluir la guerra a cualquier precio y desnaturalizar su contenido democrático y nacional. Lo complejo de ese cuestionamiento es que se producía desde dentro, disfrazado de patriotismo, siendo el baecismo subrepticio su principal receptáculo. La orientación nacional del gobierno Polanco constituyó el precedente principal de la constitución del liberalismo como movimiento político, en lo que vendría con el tiempo a recibir el calificativo de Partido Azul.

La orientación del gobierno de Polanco se plasmó en la relevancia que le acordó al equipo de civiles que había estado participando en el gobierno de Santiago. Aunque ocupado fundamentalmente de la conducción de la guerra, el depuesto Salcedo había entrado en conflicto con los civiles del gobierno, posiblemente por querer imponer sus posiciones respecto a un posible armisticio. Polanco dio marcha atrás y fue transparente en entregar los asuntos administrativos y políticos a los civiles. Estos desembarazados de las inconveniencias que suponía la presencia de Salcedo, imprimieron

un contenido democrático radical al curso de los actos de gobierno. Se produjo una retroalimentación entre el Presidente, dotado de poderes dictatoriales en lo concerniente a los asuntos de guerra, y los integrantes de su gabinete. Casi todas las figuras civiles connotadas de la Restauración tuvieron una participación señera en los meses de la presidencia de Polanco. Sobresalió entre ellos Ulises Espaillat, ponderado por Rodríguez Objío como «el alma de la revolución». Fue también reveladora la actitud de Luperón, desde aquel momento el militar de mayor lucidez política y exponente de un lineamiento radical contra el anexionismo, de plena solidaridad con el gobierno de Polanco, a pesar de haber sido el único militar que trató de impedir el fusilamiento de Salcedo.

Bajo tales auspicios, durante los escasos tres meses de existencia de esa dictadura revolucionaria, se formularon los fundamentos conceptuales de lo que debía ser el objetivo patriótico de una nación soberana, para cuya plasmación se convocó a la formación del Partido Nacional, primera denominación que recibió el Partido Azul. Es interesante que se apelara al calificativo de nacional, en algunos países latinoamericanos utilizado por los conservadores para denotar un tradicionalismo opuesto al liberalismo. En República Dominicana, en cambio, se utilizaba el concepto para señalar la voluntad de autodeterminación por oposición al anexionismo.

En un manifiesto del Gobierno Provisorio fechado el 25 de noviembre de 1864, firmado por el presidente Polanco, el vicepresidente Espaillat y los encargados de las comisiones, Belisario Curiel, Rafael M. Leyba, Pablo Pujol y Rodríguez Objío, se enunciaron los conceptos que debían servir de pauta para el programa del Partido Nacional. En primer término se afirma el nacionalismo intransigente, para lo cual se convoca a todos los dominicanos, de manera especial quienes estuvieron antes pugnando en banderías opuestas.

Tras ese cúmulo de glorias está el porvenir, lleno de prosperidades, si después de tanto heroísmo no nos dormimos sobre los laureles; si la unión se

empeña en consolidar el triunfo, cosechando en paz los óptimos frutos de tan cruentos sacrificios. Ese mismo porvenir aparecerá lleno de embarazos y cubierto de espesas nubes si prestando oídos a las intrigas de que le dejara sembrado el enemigo de nuestras libertades, renacen en el seno de la Patria los antiguos odios, si torna a erguir su cabeza el monstruo de la discordia civil. El Gobierno Provisorio debe prevenir tan grave mal y confiar para ello, en la sensatez del pueblo heroico cuyos destinos le han sido encomendados. ¡Compatriotas! La infame traición consumada el diez y ocho de marzo de 1861 puso fin a nuestras querellas de familia, bien que ellas no tuvieron jamás grande importancia y realizó la fusión de los divergentes en el gran partido que hoy debe llamarse Nacional.

A pesar del llamado unitario, en el referido manifiesto se advierte enfáticamente acerca del peligro de las discordias intestinas por obra de la cizaña de traidores y ambiciosos, como en efecto comenzó a acaecer en breve tiempo. De ahí que el texto pusiera énfasis en la polarización de la escena política entre patriotas y traidores. Mientras el primer término abarcaba la generalidad del pueblo, el segundo quedaba reducido a minúsculas camarillas de poder.

El Partido servil de los traidores lo componen el Ejecutivo y Ministerio que consumaron la venta de la Patria; y los oficiales superiores del Ejército Dominicano que han ingresado con una graduación efectiva en las filas del Ejército de línea español, aceptando esa distinción como una recompensa de su participación en el crimen de los primeros. El gran Partido Nacional lo compone el resto de los dominicanos, y a éstos ofrece desde

ahora y para siempre seguridades y consideraciones el Gobierno Provisorio, sean cuales fuesen, o hubiesen sido sus extravíos políticos.

Tal actitud se aplicó en la resolución de revertir la situación desfavorable que había atravesado la guerra en los últimos meses del gobierno de Salcedo. Polanco en persona quiso dar demostraciones de predicar con el ejemplo, intensificando las hostilidades sobre Puerto Plata y encabezando una marcha de más de dos mil voluntarios con el fin de desalojar a los españoles de Montecristi. Este último acto, en realidad, se redujo a una muestra simbólica de la voluntad beligerante contraria a quienes propugnaban por un armisticio o transacción, pues se concibió precipitadamente, sin que se sopesaran sus posibilidades de éxito, habida cuenta de la superioridad numérica de los españoles, por lo demás sólidamente atrincherados. Infructuosamente, Polanco retó al enemigo a una batalla campal, sin obtener resultados. A todos los jefes se les instruyó activar las operaciones a fin de sacar la contienda del estancamiento en que la había dejado Salcedo, que representaba una amenaza de soluciones mediatizadas. Por consiguiente, la renovación del reclamo de abandono incondicional del territorio dominicano por la monarquía española se acompañó del despliegue ofensivo sobre todas las líneas de frente. De especial significación fueron los combates que se escenificaron en el Sur y el Este, regiones que el régimen anexionista se aferraba en controlar. José María Cabral había tomado la jefatura del frente Sur tras la inestabilidad que siguió a las derrotas infligidas a Pedro Florentino. En La Canela, paraje del valle de Neiba, al frente de una reorganizada aglomeración de guerreros, Cabral infligió una derrota fulminante a la tropa mixta de españoles y dominicanos anexionistas comandada por el despreciable general Puello. En los días siguientes, los restauradores avanzaron con rapidez a todo lo largo de la región volviendo a colocarse casi a tiro de piedra de la muralla de Santo Domingo. La autoridad del régimen anexionista quedó circunscrita a las ciudades de Azua y

Baní, gracias a hallarse cerca de la costa, a las cuales afluyeron todos sus colaboradores.

En el Este, el otro espacio que se disputaba entre las partes en guerra, el general Manzueta primeramente arrolló las posiciones españolas en Guanuma y Monte Plata, tras lo cual centró su atención en el reducto de las villas entre Los Llanos e Higüey. La liquidación de la presencia española en la región comenzó con la caída de Los Llanos y concluyó simbólicamente con la de Higüey. Como lo puso de relieve Rodríguez Objío, este último hecho de armas concluyó las operaciones de movimiento. En lo adelante, habiendo decidido abandonar el país desde que fuera posible y conscientes de la imposibilidad de librar cualquier operación ofensiva, los españoles se mantuvieron pasivos detrás de escasos enclaves fortificados sometidos a cerco: básicamente Montecristi, Puerto Plata, Samaná, Santo Domingo, Baní y Azua. De hecho, la guerra había terminado, y en tal logro estribó el principal mérito de la dictadura de Polanco.

Un mérito adicional fue la capacidad administrativa de la dictadura revolucionaria, señal de la probidad de sus altos funcionarios civiles. Esto se manifestó relevantemente en el aspecto financiero, como resultado de la correcta gestión de los asuntos públicos. La tasa de cambio del papel moneda se revalorizó en escaso tiempo de 1000 pesos a la mitad, lo que redundó en beneficio de toda la población.

CAÍDA DE LA DICTADURA REVOLUCIONARIA

Tan pronto quedó claro que la victoria resultaba incontrovertible, en el campo restaurador comenzaron a agitarse pasiones. Las proclamas que hacían Polanco y sus compañeros de gobierno acerca de la unidad absoluta de todos quienes adversaban a los anexionistas no se correspondían con la realidad. Entre una parte de los generales comenzó a cundir el descontento contra el Presidente, lo que tenía origen en las atribuciones discrecionales

de que disfrutaban los jefes de zona. Asomaba el fenómeno del caudillismo, cristalizado por los efectos de la guerra. Pedro Francisco Bonó, intelectual que formó parte del Gobierno Provisorio, explicó el fenómeno como producto de la ruptura de jerarquías sociales. Al salir Santana de la escena, quedó un vacío en los mecanismos de la autoridad central, que fue llenado precipitadamente, en medio de la guerra, por personas que en su mayoría provenían del sector acomodado del campesinado o de estratos similares. Desde que la guerra concluyó, comenzó de inmediato a agitarse entre ellos la pasión por el mando. Por ello, Polanco fue víctima de las ambiciones desordenadas de otros jefes, que en general no le formulaban críticas políticas o ideológicas, sino que se limitaban a dirimir aspiraciones personales o grupales.

Detrás de estos generales se movían en las sombras civiles con visiones más definidas, que objetaban las orientaciones nacionales radicales de Polanco y su gabinete. De especial importancia fue la intriga urdida por el dúo de Benigno Filomeno de Rojas y Theodore Stanley Heneken. El primero había sido un favorito de Pepillo Salcedo, quien lo puso en un momento al frente de las tropas cercanas a Santo Domingo; se diferenciaba de Espaillat y Bonó por tener posiciones menos democráticas, y no ocultaba sus pretensiones de alcanzar la Presidencia, para lo cual diversos autores señalan que utilizaba la intriga. Su asociado Heneken era un súbdito inglés, que posiblemente obraba como agente extra-oficial de su gobierno. Andaba detrás de concesiones ventajosas, como se vio a propósito de una franquicia para instalar una línea ferroviaria. Según refieren autores de la época, Heneken aceptó un soborno de La Gándara para preparar las condiciones para un armisticio favorable a España.

Otros civiles no compartían la intransigencia del gobierno frente a España y buscaban las vías para un entendido supuestamente honorable para ambas partes. Y, como era de rigor, la presencia de Polanco constituía un obstáculo para que este plan pudiese prosperar. De tal suerte, convergieron varios intereses contra el prócer revolucionario: el Gobierno Español, en primer término; el

Gobierno Haitiano, con una postura negociadora de desocupación a toda costa, con tal de que cesara una eventual amenaza sobre el territorio fronterizo que había sido reclamado por España; caudillos ambiciosos; políticos e intelectuales de orientación moderada, muchos de ellos antiguos partidarios de Santana o de Báez.

Estos intereses se pusieron claramente de manifiesto a propósito de la intermediación de la misión de los ministros haitianos Roumain Doucet, en los primeros días de 1865. Anteriormente el Gobierno Haitiano, por miedo a España, se había negado a reconocer como beligerante al Gobierno Provisorio de Santiago. En esa ocasión presentó una propuesta de carta a la reina, inspirada por La Gándara, que a su juicio prepararía una retirada honrosa de España. Sin embargo, esa famosa carta, cuyo borrador fue redactado en Port-au-Prince, era el preámbulo de exigencias exorbitantes que tenía preparadas el capitán general para abandonar a República Dominicana en condición de país subordinado a España, aunque conservase su independencia formal. El gabinete de Santiago decidió aceptar la carta, considerando que su contenido no implicaba ningún sacrificio del derecho a la autodeterminación. Como se mostraría pocos meses después, en las negociaciones en la quinta El Carmelo, cerca de Santo Domingo, La Gándara pedía condiciones que sí lesionaban la soberanía dominicana, lo que no fue óbice para que los delegados dominicanos las aceptaran, debiendo ser poco después desautorizados por el presidente Pedro Antonio Pimentel.

Las intrigas contra Polanco se avivaron por quedar patente que la carta a la reina, de enero de 1865, abría el terreno para el final de la guerra, situación todavía más definida por el cese de las operaciones tras las victorias de las tropas comandadas por Cabral y Manzueta. Ante tal perspectiva, los principales generales de la Línea Noroeste se pusieron de acuerdo para derrocar a Polanco. Se trataba del mismo grupo que había tomado la iniciativa de derrocar a Salcedo, capacidad decisoria explicable por el hecho de ser esa región la cuna de la contienda patriótica, donde

se mantenía el frente sobre Montecristi, la principal concentración de tropas españolas.

De nuevo Benito Monción, Pedro A. Pimentel y Federico de Jesús García encabezaron un manifiesto acusatorio contra Polanco, a quien inculpaban de actitudes tiránicas; sobre todo levantaron la bandera de achacarle al Presidente la responsabilidad por la muerte de Salcedo, con lo que se erigieron en ejecutores de la reparación de una injusticia. Con rapidez otros generales influyentes se sumaron al movimiento, incluyéndose entre ellos Juan Antonio Polanco, hermano del Presidente. Este intentó presentar resistencia, pero captó que se había quedado solo. El desconocimiento del gobierno tomó forma desordenada, al grado de que casi todos los generales abandonaron con sus tropas los cantones que rodeaban a Montecristi. Ante la fuerza del movimiento antigubernamental de La Línea, los generales que habían estado apoyando la gestión de Polanco prefirieron esperar el desenvolvimiento de los acontecimientos. Fue el caso de Luperón, tal vez considerando que, en lo fundamental, se debatían intereses personales, por lo que se limitó a postular que se observasen los principios de la independencia absoluta. Polanco tuvo que deponer la resistencia y fue arrestado el 21 de enero, cuando su gobierno apenas cumplía noventa y ocho días.

EL PRÓCER SATANIZADO

Poco después todos los integrantes del gabinete fueron reducidos a prisión y luego confinados a distintas localidades, bajo el cargo de complicidad en la muerte de Salcedo. Pero cuando se celebraron los juicios, únicamente Polanco y su secretario privado Oquendo fueron sentenciados a muerte. Previendo ese veredicto, Polanco escapó de la cárcel y, para eludir la persecución tenaz de Pimentel, se dirigió a Blanco, donde pretendió levantar una insurrección contra el gobierno que lo había sustituido.

Varios autores han afirmado que el movimiento insurreccional de Blanco se inició con cierta fuerza, gracias al apoyo de que en la zona gozaba Polanco. Pero, de acuerdo a las acusaciones del gobierno de Pimentel, aceptadas por esos autores, Polanco cometió la torpeza de levantar un estandarte en que se entrelazaban las banderas dominicana y haitiana. De inmediato, según esos relatos, todo el mundo desertó y Polanco tuvo que proceder a ocultarse. García Lluberes, acérrimo defensor del prócer restaurador, niega que tal cosa pudiera haber sucedido, amparado en la inexistencia de documentos originales y en las afirmaciones de Manuel Ubaldo Gómez, quien entrevistó a personas involucradas en la rebelión. El historiador vegano acepta que la especie circuló en la época, pero que carece de toda veracidad. Con todo, resulta difícil pronunciarse acerca de la verdad de la acusación, puesto que, si bien es innegable la probidad de Gómez y se autoriza la duda metodológica de García Lluberes, el levantamiento de la bandera haitiana está afirmado por Rodríguez Objío y Luperón, quienes no ocultan en sus textos simpatías por Polanco. Rodríguez Objío sentencia que, como producto de este acto equivocado, Polanco perdió vigencia histórica. A pesar de la negativa rotunda de Gómez y García Lluberes, el hecho pudo haber sucedido como expresión de la beligerancia temperamental de Polanco y de su asunción de un nacionalismo radical que bien podía encontrar un ejemplo aleccionador de Haití.

Con independencia de que Polanco levantase o no el estandarte haitiano, la versión propagada por el gobierno de Pimentel de que así aconteció efectivamente bastó para acrecentar el aura de descrédito sobre él. El *affaire* de la bandera haitiana se agregaba a la imagen interesada de que era un sanguinario que se había cebado en la persona inocente del expresidente Salcedo. Así, el primer guerrero de la Restauración en cierta manera quedó opacado de la política para la generación contemporánea.

No se sabe qué pasó a hacer Polanco cuando menguó la hostilidad gubernamental, pero es de suponer que se refugió en su terruño de Guayubín con el fin de dedicarse a actividades agrícolas

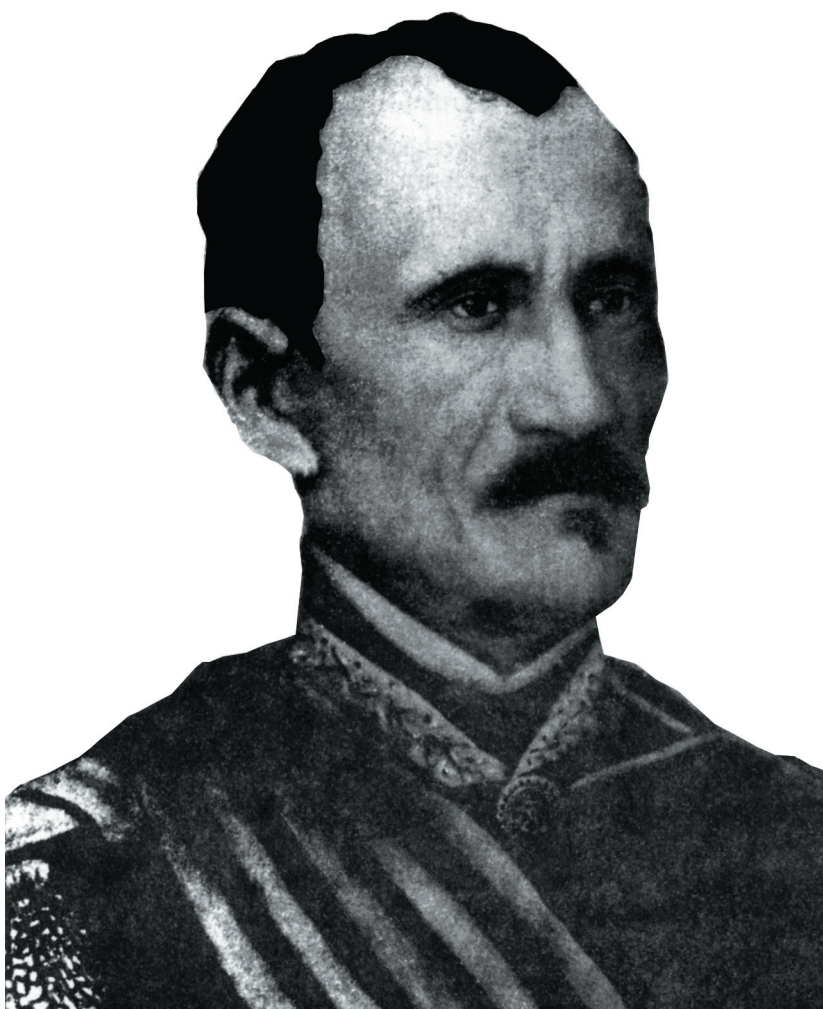
y ganaderas, como era lo usual para todo aquel que no estuviese desempeñando posiciones de mando en el ejército. Pero como era, más que nada, un patriota integral, no tardó mucho en salir de su destierro, aprovechando la caída de Pimentel un mes después de la salida de las tropas españolas. Con rapidez, Polanco se puso a la orden de José María Cabral, el nuevo Presidente, puesto que provenía del mismo sector que se identificaba con el proyecto del Partido Nacional. Con el tiempo volvió a ocupar una posición militar cimera en la Línea Noroeste, desde la cual pretendía mantener la defensa de los principios democráticos y nacionales. Como era de esperar, el prócer tomó posición en la confrontación contra los partidarios de Báez que, en 1867, se hallaban insurreccionados en la región. La presencia de Polanco en las operaciones tuvo mucho peso, tanto por sus dotes guerreras como por el respeto que muchos seguían profesándole.

En un encuentro sostenido contra los caudillos baecistas en Esperanza el 13 de noviembre de 1867, Polanco fue herido en un pie. Su salida del campo de batalla contribuyó a allanar el avance de los caudillos sediciosos, algunos de ellos con mucho arraigo en la zona. Polanco fue primero trasladado a Santiago y, poco después, a La Vega por motivos de seguridad, ante la persistente ofensiva baescista. A diferencia de las anteriores ocasiones en que resultó con heridas, esta vez no pudo curarse. El tétano contraído lo llevó a la sepultura el 28 de noviembre de 1867. Fue enterrado en medio de las circunstancias dramáticas que presagiaban la pronta caída del gobierno de Cabral, aunque se le hizo justicia desconociéndose la leyenda negra que había rodeado su persona y se le rindieron los honores de que era acreedor como expresidente y primer jefe de la recién pasada gesta.

BIBLIOGRAFÍA

- Archambault, Pedro María. *Historia de la Restauración*. París, 1936.
- Gándara y Navarro, José de la. *Anexión y guerra de Santo Domingo*. 2 vols., Madrid, 1884.
- García Lluberes, Alcides. *Duarte y otros temas*. Santo Domingo, 1971.
- Luperón, Gregorio. *Notas autobiográficas y apuntes históricos*. 3 vols., Santo Domingo, 1974.
- López Morillo, Adriano. *Memorias sobre la segunda reincorporación de Santo Domingo a España*. 3 vols., Santo Domingo, 1983.
- Martínez, Rufino. *Diccionario biográfico-histórico dominicano (1821-1930)*. Santo Domingo, 1997.
- Rodríguez Demorizi, Emilio. *Próceres de la Restauración*. Santo Domingo, 1963.
- Rodríguez Objío, Manuel. *Relaciones*. Ciudad Trujillo, 1951.
- _____. *Gregorio Luperón e historia de la Restauración*. 2 vols., Santiago, 1939.

JOSÉ MARÍA CABRAL
GENERAL DE TRES GUERRAS PATRIAS



José María Cabral.

La Guerra de los Seis Años no debe ser considerada como una de nuestras contiendas civiles, sino la tercera guerra para sostener la independencia de Santo Domingo; y el mayor mérito de Cabral, como libertador, no debe limitarse a la victoria de Santomé, batalla campal en que vencieron al haitiano y humillaron al Emperador Soulouque; ni a La Canela, batalla complementaria de otros triunfos en una guerra de sangrientas alternativas en que intervenían los hombres más aptos de la nación. Su máximo heroísmo, su servicio patriótico más digno de alabanza, ha de señalarse en la protesta continua durante seis años de incesante combatir porque se salvara la República. Sus adversarios lo declararon traidor, cobarde, «el de las frecuentes fugas...» Pero él demostró que las guerras por la libertad no se ganan sólo con victoriosos combates. Las aparentes derrotas también suelen volverse triunfos.

SÓCRATES NOLASCO

EL PRÓCER

La historia del pueblo dominicano en el siglo XIX no se puede escribir sin el nombre de José María Cabral, en primer lugar porque fue Presidente de la República en dos ocasiones. Pero más importante fue su participación militar en casi todas las luchas que se libraron contra los intentos de dominio extranjero. Como lo han apuntado varios historiadores, el siglo XIX fue el periodo en que se constituyó la nación dominicana a través de la lucha por la autodeterminación y por la igualdad jurídica de todos. En tal sentido, el logro de la soberanía plena del Estado constituía el principal objetivo que unía a los sectores que habían esbozado una conciencia nacional.

De tal característica del proceso de formación de la nación dominicana se deriva la trascendencia de José María Cabral. Estuvo presente desde los primeros hechos de armas, en marzo de 1844, contra los intentos de los gobernantes haitianos por aplastar el recién constituido Estado Dominicano. Secundó a Francisco del Rosario Sánchez en el propósito de impedir la consumación de la Anexión a España de 1863, y logró tal prestigio en la Guerra de la Restauración que fue designado Presidente días después de que las tropas españolas abandonaron el país. Por último, le cupo la jefatura principal en la resistencia contra los planes de Buenaventura Báez de anexar el país a Estados Unidos entre 1869 y 1871. Diversos historiadores, como Alcides García Lluberes, han llamado la atención acerca de la significación que tuvo la guerra contra la tiranía de Báez de los Seis Años para la consolidación

de la nación dominicana, por lo que le han adjudicado igual importancia que a la Independencia y la Restauración. A José María Cabral le cupo la honra de haber encabezado esta cruzada de los dominicanos por la libertad.

Logró este señalado protagonismo gracias a los atributos de su personalidad, entre los cuales sobresalió la valentía. Probablemente, en todas las guerras que se sucedieron a lo largo del siglo XIX no se encuentre ningún otro jefe militar que superara el coraje de Cabral, para él nada extraordinario, parte de su forma de ser. Adicionalmente, estaba revestido de un sentido estricto de honradez, lo que atenúa su escasa preparación política, que lo condujo a actuaciones que algunos historiadores han considerado como inconsecuencias. Fue el héroe de una causa que parecía perdida, cuando la mayoría se abrazó al anexionismo que predicaban los tiranos Santana y Báez. Lo mantuvo su reciedumbre, ya que nunca temió quedarse solo defendiendo la libertad de la Patria.

LA FORMACIÓN DEL GUERRERO

Son escasos los datos que han trascendido acerca de las dos primeras décadas de vida de Cabral. Nació en Ingenio Nuevo, cerca de San Cristóbal, el 12 de diciembre de 1816. Su familia, que tenía antecedentes coloniales antiguos, probablemente portugueses y canarios, formaba parte de los débiles estratos superiores que permanecieron en el país tras las convulsiones ocasionadas por el tratado de Basilea de 1795, que estipuló el traspaso a Francia.

La posición social de sus padres hizo posible que el joven Cabral marchara a Inglaterra para realizar estudios. No logró una formación académica, sino que se concentró en estudios comerciales. Pero el conocimiento del país más desarrollado en la época penetró su carácter y sus concepciones políticas. Su identificación con el liberalismo, como corriente que daba asidero a un Estado independiente y democrático, no debió ser ajena a la experiencia inglesa, el país donde por primera vez surgieron las instituciones

políticas modernas y donde se dieron cita los primeros pensadores liberales.

En 1844 Cabral tenía 27 años, edad en que se comienza a salir de la juventud y en que se terminan de definir los rasgos de la personalidad. Entonces respondía ya a la caracterización magistral de su figura que, como si lo estuviera pintando en vivo, hizo el historiador Sócrates Nolasco.

Es difícil encontrar otro libertador de América tan paciente para leer injurias contra su reputación sin conmoverse ni contestarlas. Alto y seco, sobrio y frío... Su templanza era admirable y admirable su entereza en los padecimientos. Comía, puesto que vivía; pero en parquedad nadie le igualaba. Pensaba y hablaba, puesto que dirigía hombres; pero solía permanecer horas y horas en actitud silenciosa, interrumpida al fin por breve orden o monosílabo concreto. A veces parecía que se iba a convertir en pétreo monumento.

Era aún joven, pero estaba listo para entrar de lleno en la escena histórica que se inauguraba. Como tantos otros, se propuso contribuir a la consolidación de la independencia dominicana. El gran problema a vencer en aquellos momentos radicaba en los intentos de los gobernantes haitianos, para anular la independencia y retrotraer el proceso a los días que comenzaron en enero de 1822. En consecuencia, estaba a la orden del día la carrera de las armas para aquellos que querían ayudar a la Patria. Acorde, pues con su vocación patriótica, Cabral se enroló en el ejército dominicano, tomando parte en la batalla del 19 de Marzo en Azua.

Rápidamente, sus dotes de guerrero le valieron ascensos; en 1845 fue ascendido al rango de coronel, pasando a formar parte del Estado Mayor del general Antonio Duvergé, quien quedó responsabilizado de la defensa del territorio dominicano. En tal calidad, tomó parte en todas las acciones militares importantes

que se produjeron en esos primeros años de vida independiente en la frontera sur. Entre Duvergé y Cabral se anudaron relaciones de amistad, lo que debió contribuir a culminar la formación militar de nuestro héroe. Hay que tomar en consideración que Duvergé era el estratega número uno del ejército dominicano. Le cupo sistematizar un tipo de acción militar basada en el asalto con armas blancas, a fin de compensar la inferioridad en número y en armamentos modernos. La doctrina militar de Duvergé se inspiraba en una memoria de larga duración que provenía del siglo XVII, cuando los nativos del país, agrupados en milicias, se opusieron exitosamente a los ataques de los bucaneros y piratas usando armas blancas.

En realidad, Cabral no era un militar profesional, ya que el ejército no era entonces una institución compuesta por una tropa permanente, sino por reclutas convocados a causa de los planes agresivos de los gobernantes haitianos. Cuando el peligro cesaba, cada quien marchaba a su casa a ocuparse de sus asuntos habituales. Y esto fue lo que hizo, precisamente, cuyas ideas liberales no eran del agrado del presidente conservador Pedro Santana. Ahora bien, sus dotes militares comenzaban a ser reconocidas, por lo que Santana lo ascendió a general en 1855.

HÉROE DE SANTOMÉ

Mientras en las tres primeras campañas contra los haitianos, entre 1844 y 1849, Cabral participó como un oficial de segunda categoría, se cubrió de gloria en la cuarta campaña, entre diciembre de 1855 y enero del año siguiente. Había sido designado uno de los jefes de la frontera sur cuando se supo que el emperador de Haití, Faustin Soulouque, se disponía a invadir el país por segunda vez. Tras el inicio de la ofensiva haitiana, Santana no quiso otorgarle el mando de las tropas a Cabral, a pesar del conocimiento que tenía de la zona, posiblemente por no inspirarle confianza política. Los 12 mil hombres del ejército haitiano avanzaban con rapidez y los dominicanos tuvieron que replegarse. La tropa que se reagrupó

en San Juan de la Maguana, compuesta de unos 3 mil hombres, quedó comandada por el general Juan Contreras, amigo personal de Santana. A Cabral se le asignó la jefatura del ala derecha.

Santana amenazó con aplicar castigos terribles si los caballos de los haitianos bebían agua en el río San Juan. El combate se entabló en la Sabana de Santomé, a escasa distancia de San Juan de la Maguana. El general Contreras perdió el seguimiento del conjunto de la batalla. Eso ocasionó que una parte de la tropa del ala izquierda creyera que los haitianos habían vencido, iniciando la retirada. Ante el vacío creado, Cabral asumió el mando y logró infligir una derrota fulminante al ejército haitiano, que dejó sobre el terreno cientos de muertos.

Por primera vez Cabral exhibía sus excepcionales dotes castrenses. Representaba un ejemplo de jefe militar radicalmente distinto al de Santana, quien siempre se mantenía a distancia del teatro de operaciones. En Santomé la figura de Cabral comenzó a adquirir tintes legendarios. Sus subordinados se asombraron al verlo batirse como una fiera en la primera línea de fuego. En medio del fragor del combate asomó otro de los rasgos de su personalidad: la humanidad.

Cuando el general en jefe de la tropa haitiana, Antoine Pierre, duque de Tiburón, vio que la derrota era inminente, prefirió perder la vida y se abalanzó casi solo contra las líneas dominicanas. Cabral calibró la intención de su enemigo y se dispuso a salvarle la vida, puesto que revelaba un respetable sentido del honor. Pero llegó tarde donde el duque, víctima del machete de un dominicano. Con el tiempo circuló una leyenda, contraria a los hechos, según la cual el general dominicano le cercenó la cabeza al duque haitiano en duelo de cuerpo a cuerpo.

La victoria de Santomé paró en seco los planes de Soulouque y ratificó la capacidad de los dominicanos para mantener la independencia gracias a sus propias fuerzas. También terminó evidenciarse la incapacidad del ejército haitiano, pese a su ventaja numérica y en armamentos. Cabral quedó cubierto de gloria, como una de las personificaciones señeras de la Patria, lo que le

fue reconocido por el Congreso después que Santana renunció de la Presidencia.

CON BÁEZ

Desde que se abrió la pugna por el poder entre Santana y Buenaventura Báez, en 1848, tras concluir la primera administración del segundo, Cabral se puso de su lado, aunque inicialmente de forma discreta. Cuando Báez volvió a la Presidencia a mediados de 1857, encontró en Cabral a uno de sus pocos sostenedores con méritos militares. El nuevo mandatario le encomendó al héroe de Santomé la simbólica misión de dirigirse a El Seibo para traer preso a Santana y deportarlo.

Como ha sido suficientemente explicado por los historiadores, el baecismo en ese momento constituyó una amalgama de sectores que por diversos motivos repudiaban el despotismo de Santana. Entre ellos sobresalieron los jóvenes de la ciudad de Santo Domingo con inclinaciones liberales.

Con motivo de la guerra civil de 1857 y 1858, cuando los sectores dirigentes de Santiago cuestionaron las acciones de Báez, Cabral ocupó la principal responsabilidad militar del baecismo, siendo comandante de la provincia de Santo Domingo. Se enfrentó, así, directamente a Santana, a quien los cibaeños cedieron la jefatura del cerco sobre la centenaria ciudad amurallada. A pesar del entusiasmo de los jóvenes capitaleños, su causa estaba perdida, ya que eran enfrentados por el resto del país.

JUNTO A SÁNCHEZ CONTRA LA ANEXIÓN

Báez tuvo que abandonar el poder a mediados de 1858 y Santana rápidamente desconoció el gobierno de Santiago y la constitución liberal promulgada en Moca meses atrás. Cabral salió del país junto al mandatario caído y sus colaboradores. Pero como tantos

baecistas de ese momento, él se mantenía junto al ex mandatario en la medida en que este representaba la oposición a Santana. En ocasión de los planes de Santana de anexionar República Dominicana a España, se afianzó la postura nacional y democrática de Cabral, en contraste con la ambigüedad de Báez. Este se retiró hacia Europa, dejando a sus partidarios en libertad de oponerse a los planes de Santana, pero a la postre se gestionó el cargo de mariscal de campo del ejército español con la esperanza de sustituir a Santana como favorito de los dominadores.

Ante esta actuación, algunos amigos de Báez se unieron bajo la jefatura de Francisco del Rosario Sánchez, quien definió los motivos de la oposición a la Anexión y se propuso concertar una alianza con el gobierno haitiano de Fabré Geffrard para oponerse a ella por las armas. El segundo de Sánchez en esa gloriosa jornada, colocado al frente de las operaciones militares, no podía ser otro que José María Cabral. Ambos habían combatido hombro con hombro en 1857 y volvieron a hacerlo en junio de 1863, en la expedición que dirigieron desde territorio haitiano.

Sánchez tomó el mando de la columna central del cuerpo expedicionario, mientras que asignó a Cabral la columna izquierda, que tenía por misión tomar Las Matas de Farfán y avanzar desde el oeste sobre San Juan de la Maguana. A Fernando Tabera se le asignó la columna derecha, que debería caer sobre Neiba.

La marcha de la expedición se detuvo abruptamente a consecuencia del cese de la ayuda de Geffrard, producto de las presiones de una flotilla naval española anclada en la bahía de Port-au-Prince, que amenazaba con bombardear la ciudad en caso de no retirarse el apoyo a los patriotas dominicanos.

Al recibir la noticia, Cabral comprendió que la expedición estaba condenada al fracaso, por lo que dispuso unilateralmente la retirada. Aunque envió un mensaje a Sánchez, poniéndolo al corriente de su decisión, se evidenció en ella la ausencia de sentido político que es a menudo propia de los militares, ya que lo correcto hubiera sido, antes de ordenar retirada, esperar las disposiciones de Sánchez. Lo anterior no quiere decir que Cabral tuviera responsabilidad en el

holocausto de Sánchez y sus compañeros, pues estos fueron víctimas de la traición de Santiago de Óleo, uno de los hombres influyentes de la zona de El Cercado, quien montó una emboscada con vistas a reconciliarse con el gobierno español.

Cabral nunca abandonó la visión militar de las cosas, lo que probablemente constituyó su mayor limitación en su trayectoria de patriota. Por ello, pese a los servicios que rindió a la independencia de la Patria, careció de una propuesta política e intelectual del ordenamiento nacional, a diferencia de próceres como Juan Pablo Duarte, Francisco del Rosario Sánchez, Pedro Francisco Bonó o Gregorio Luperón. De la misma manera, esa ausencia de elaboración política lo llevó a posturas moderadas que obviaban enfrentar con dureza a los agentes del despotismo y el anexionismo.

Acorde con ese talante, cuando los gobernantes españoles dispusieron una amnistía que favorecía a quienes se habían opuesto a la Anexión, Cabral arrió la bandera del combate, juzgando que no había posibilidades de renovar la lucha insurreccional. En un documento del 6 de julio de 1861, aceptó el hecho consumado del dominio español y retornó al país, donde se mantuvo tranquilo, esperando el desenvolvimiento de los acontecimientos.

HÉROE DE LA CANELA

Tras iniciarse la Guerra de la Restauración, en agosto de 1863, Cabral fue deportado al extranjero, por sospechoso de simpatías con los alzados. Cuando puso los pies en el suelo patrio, en junio de 1864, las tropas españolas tenían cierto tiempo desplegando una ofensiva en el Sur. Para responder a esa ofensiva, el entonces jefe restaurador en la región, Pedro Florentino, había respondido con la aplicación de medidas de terror contra los españolizados, lo que no impidió que cundiera el caos en las filas nacionales. Gravitaron circunstancias adversas como la influencia que tuvo en la región el mocano Juan de Jesús Salcedo, quien actuó a la usanza de un jefe de bandoleros.

El general Manuel María Castillo, tal vez por no ser oriundo de la región, no lograba imprimir unidad a la resistencia frente al anexionista general Eusebio Puello. Así pues, tras intentos fallidos por enderezar las cosas en el Sur, el Gobierno Restaurador de Santiago confió la jefatura de ese frente a Cabral, contando con su conocimiento de la zona y su don de mando.

Desde sus primeros días en la jefatura comenzó a revertirse la inferioridad en que se encontraban los dominicanos en el Sur. Cabral logró sacar de circulación a Juan de Jesús Salcedo y a otros caudillos que protagonizaban escenas de saqueo y dio seguridades a quienes por miedo se habían acogido a la protección de los españoles. Impuso orden en las formaciones militares y preparó las condiciones para la contraofensiva.

La ocasión para consolidar la recuperación de la causa nacional se presentó en La Canela, el 4 de diciembre de 1864, cuando las tropas dirigidas por Cabral infligieron una derrota fulminante a las del traidor general Puello. Los dominicanos emboscaron al enemigo y le ocasionaron un gran número de bajas, procediendo los que se salvaron a huir. En lo adelante el ritmo de las operaciones entró en una fase ascendente, procediendo Cabral a avanzar sobre casi todo el territorio, con excepción de las ciudades cercanas a la costa y sus alrededores. Desde inicios de 1865 la ciudad de Santo Domingo quedó casi sitiada, ya que las guerrillas restauradoras dominaban el territorio que la separaba de San Cristóbal.

Cabral se hizo el adalid de la Restauración en el Sur, obteniendo la adhesión ferviente de casi todos los generales, quienes lo veían como el garante de la victoria. La guerra en la región tomó un curso autónomo del que le imprimía el gobierno de Santiago. Desde que las tropas españolas abandonaron el país, el 11 de julio de 1865, asomó un sentimiento regionalista entre los generales sureños, quienes consideraron que dejaba de tener validez que la capital de la República continuase en Santiago, como era la intención del presidente cibaeño Pedro Antonio Pimentel. Este comprendió la débil posición en que se encontraba y decidió trasladarse a Santo Domingo; pero en el camino fue sorprendido

por un pronunciamiento de generales encabezados por Eusebio Manzueta que procedió a derrocarlo. El 4 de agosto de 1865 Cabral fue proclamado protector, título con el cual fue elevado a la Presidencia de la República.

PROTECTOR

A pesar del sesgo regionalista que dio origen al primer gobierno posrestaurador, la República se encontraba ante el reto de encauzarse por un sendero de unidad nacional que abriera las puertas para la paz y el progreso. Tras dos años de conflagración, el país estaba destruido y sumido en la miseria, pero en mucha gente existía la esperanza de que, recuperada la independencia, no habría obstáculos para que su destino obrase en beneficio de todos. Esa ilusión imprimió de un tinte bello a los meses del Protectorado, como se denominó esa primera administración de Cabral. Pero con demasiada rapidez se puso en evidencia que tal esperanza no pasaba de constituir una quimera. El nivel de desarrollo económico y cultural del país colocaba trabas casi insalvables a la concreción de los ideales de redención.

Revestido de enorme prestigio, el Presidente se propuso alcanzar la reconciliación de todos los dominicanos, por lo que ofreció elevadas posiciones en el tren gubernamental a las personas preparadas que habían colaborado con las autoridades españolas, sin importar que hubieran sido seguidores de Santana o de Báez. Aspiraba a la instauración de un régimen democrático, sujeto al gobierno de los más capaces, ya que estaba convencido de que la misión de gobernar le estaba reservada con exclusividad a aquellos dotados de un adecuado nivel intelectual. Puede colegirse que, imbuido de patriotismo y desinterés genuino, ponderó su misión como Presidente desde el ángulo del hombre de armas llamado a garantizar el correcto ejercicio del poder por los capaces. La verdad es que el título de protector que le dispensaron los generales del Sur estaba hecho a la medida de sus intenciones.

Siguiendo esa lógica, y en consonancia con su modestia, adoptó un perfil bajo como Presidente, delegando gran parte de sus atribuciones en Juan Ramón Fiallo, un letrado que le merecía confianza, puesto que había tomado parte en la Restauración y, al mismo tiempo, propugnaba por una orientación moderada tendente a concitar el apoyo de los sectores conservadores. Cabral estaba identificado con la concepción de Fiallo, por cuanto estimaba que había que unificar a los sectores pensantes en el gobierno, y que sus ejecutorias debían garantizar el correcto funcionamiento de las instituciones y la actividad económica, lo que en primer lugar suponía ofrecer garantías a los comerciantes exportadores e importadores de los puertos, casi todos extranjeros, quienes dominaban la economía del país.

Mas su gobierno, a pesar de la acogida favorable de los sectores superiores, no pudo hacer nada en un país aquejado de dificultades tremendas, en primer lugar, porque únicamente disfrutó de menos de tres meses de estabilidad. En octubre de 1865 el caudillo Pedro Guillermo, uno de los jefes de la Restauración en el Este, enarboló la enseña de la insurrección y arrastró a otros caudillos en la demanda de que buenaventura Báez fuera llevado a la Presidencia. Como tantos otros jefes locales de la Restauración, Guillermo había sido partidario de Báez hasta 1861, y no encontró contradictorio con su fidelidad al líder el que este hubiera prestado juramento al pabellón español mientras él tomaba parte en la guerra nacional.

Cabral intentó resistir, buscando el apoyo de las unidades de reservas de los alrededores de Santo Domingo; pero cuando Pedro Guillermo se situó amenazante del otro lado del Ozama, optó por buscar una salida negociada a la situación. Decidió obtemperar a la demanda de los caudillos sublevados, para lo cual dio fe de su antigua simpatía por Báez y se ofreció a irlo a buscar a su exilio en Curazao con el fin de entregarle la Presidencia.

En verdad, desde mucho antes, Cabral había dejado de contarse entre los seguidores de Báez, puesto que su protagonismo durante la Restauración lo había hecho un símbolo de la causa

nacional, en diametral oposición a quien había gestionando un cargo de España. Pero los campos aún no se habían deslindado, y Cabral prefirió, al igual que casi todos los prohombres de la gesta, contemporizar con Báez. Este, deseoso de ganar nuevos partidarios entre los adalides militares de la recién concluida guerra, le ofreció a Cabral el Ministerio de Guerra y Marina.

No pasó mucho tiempo sin que se presentaran divergencias insalvables entre Cabral y el flamante Presidente. El primero captó que su antiguo jefe tenía por objetivo establecer un régimen dictatorial que garantizase su preeminencia. Cabral ya no podía dejar de ver en Báez a un confeso partidario de entregar los destinos del país a una potencia. Por otra parte, a pesar de su falta de ambiciones políticas, debió llegar a la conclusión de que su categoría estaba muy encima de ser un subordinado de Báez.

SEGUNDA VEZ PRESIDENTE

Cabral salió del país preparado para promover un movimiento insurreccional. El 26 de abril de 1866 publicó en Curazao un manifiesto que constituía un memorial de agravios contra Báez. Lo acusaba de haber ocupado ilegalmente el cargo a través de la violencia, ejercer el poder de manera arbitraria, sin sujeción a la ley, desconocer la constitución liberal y haberla suplantado con la de 1854 que consagraba el despotismo, así como de llenar las cárceles de opositores liberales, presionar a los congresistas, permitir desmanes y exacciones, comprometer el crédito del país por medio de una abultada deuda en el exterior y malgastar los recursos presupuestarios.

Con estos argumentos en mano, y obtenida la adhesión de Andrés Ogando y otros generales que habían sido sus subordinados durante la Restauración, Cabral atravesó la frontera. El alzamiento en la frontera Sur fue seguido por la manifestación en Puerto Plata que trajo a Luperón de su exilio de Islas Turcas. Báez no dispuso de la fuerza para detener el avance de los hombres de

Cabral y Luperón. Envío a Pimentel, ministro de Interior, a hacer frente al alzamiento en el Cibao, pero el expresidente se sumó a los sublevados, sus compañeros de la Restauración.

Báez abdicó y tomó el gobierno un triunvirato compuesto por Gregorio Luperón, Pedro A. Pimentel y Federico de Jesús García. Acorde con la concepción liberal de Luperón y Pimentel, ese gobierno se trazó por único objetivo llamar a elecciones para la designación de un gobierno definitivo. Cabral fue seleccionado sin gran dificultad como el candidato de los círculos liberales, que ya empezaban a reconocerse por el color azul en contraposición al rojo de los partidarios de Báez. Luperón no aspiraba a la Presidencia, Pimentel no se había recuperado del desprestigio en que quedó sumido al final de la guerra, y Cabral, finalmente, seguía siendo el jefe que gozaba de mayor reconocimiento en los círculos influyentes de la Capital. El 22 de agosto de 1866 se juramentó de nuevo como Presidente de la República.

En este segundo gobierno Cabral volvió a confiar los asuntos del gobierno a Juan Ramón Fiallo, quien colocó a los antiguos santanistas en las posiciones señeras de la administración pública, empeñado en borrar las divisiones que dejó la guerra nacional y animado en la consideración de que había que ganarlos como los aliados por excelencia para enfrentar el prestigio de Báez entre caudillos y campesinos. Quizás por ello, desde entonces algunos interpretaron que los azules eran los mismos antiguos seguidores de Santana, siempre empeñados en oponerse a Báez, conclusión falsa por cuanto obviaba el surgimiento de una corriente ideológica inspirada en los ideales de la Restauración, la cual pretendió dar lugar a una entidad formal portadora de los principios liberales, que se denominó Partido Nacional. Lo que sucedió es que, para mantener vigencia y oponerse a Báez, los santanistas decidieron aliarse a los liberales y estos los aceptaron.

Armado de demagogia, Báez se presentaba como campeón del pueblo humilde, en contraposición al sector liberal que defendía el papel protagónico de las élites cultas, aunque en verdad su concepto del progreso apenas difería del que enarbolaban sus enemigos

liberales. Dejando de lado consideraciones nacionales, para él el progreso debía lograrse a la sombra de una potencia; y, en el ínterin, él era el único dotado de los privilegios para gobernar, por lo que debía hacerlo investido de prerrogativas dictatoriales. Para los liberales azules resultaban inaceptables ambos supuestos de los rojos: el ejercicio del despotismo como garantía de la sociedad y la anexión a una potencia como panacea del progreso. Ellos creían que el pueblo reunía las condiciones para ser agente de un destino feliz, a través de un gobierno democrático.

Pero para sostenerse en el poder, enfrentando la sedición desordenada de los caudillos que idolatraban a Báez, los azules acudieron a medidas de excepción, empleando métodos represivos que no se diferenciaban mucho de los que eran característicos de los conservadores. El segundo gobierno de Cabral dictaminó el fusilamiento de quienes fueran culpables de sedición, contradiciendo la abolición de la pena de muerte por motivos políticos que había establecido el mismo Presidente en agosto de 1865. Algunos caudillos rojos fueron pasados por las armas, aunque en casi todos los casos se celebraron juicios de acuerdo a las leyes vigentes.

Pero esas medidas represivas no podían contener la avalancha a favor de Báez, aclamado por la mayoría de los dominicanos. Frente a eso, los azules se aferraban al poder, convencidos de que representaban la justicia, el orden y la civilización, y de que la revolución que promovían sus enemigos conllevaba la desaparición del respeto a los intereses sociales y el imperio del despotismo desembozado.

En octubre de 1868 los rojos iniciaron una insurrección en Montecristi gracias al apoyo que recibieron del presidente haitiano Sylvain Salnave y con el visto bueno del círculo gobernante en Estados Unidos, que operaba a través de dos siniestros aventureros, Joseph Fabens y William Cazneau. Se estaba consolidando una alianza entre los rojos y los partidarios de Salnave, para oponerse al concierto entre liberales haitianos y dominicanos que trataba de impedir que una potencia, especialmente Estados Unidos, ocupase cualquier porción de la isla de Santo Domingo.

El gobierno de Estados Unidos, en efecto, se había trazado el lineamiento de expandir su influencia por la zona del Caribe, con el fin de consolidar la superioridad naval sobre las potencias europeas e incorporar territorios que permitieran el abastecimiento de azúcar, café y otros géneros tropicales. En lo inmediato, el gabinete de Ulysses Grant, general en jefe de los estados del norte que habían vencido a los estados del sur en la recién concluida Guerra de Secesión, estaba urgido por establecer una base naval en la zona del Caribe. Dos puntos aparecieron especialmente atractivos: la Mole de Saint Nicolas, extremo de la península noroccidental de Haití, y la península de Samaná, al noreste de República Dominicana.

El Gobierno Dominicano recibió la propuesta de arrendamiento de Samaná a través del subsecretario de Estado William Seward Jr., quien visitó Santo Domingo. Agobiado por el irresistible empuje de los rojos, Cabral cometió el tremendo error de aceptar que viajara a Washington Pablo Pujol, con el fin de culminar las negociaciones. Finalmente, el enviado dominicano llegó a un acuerdo con William H. Seward, secretario de Estado, por medio del cual se arrendaba Samaná por 29 años a cambio de un millón de dólares en efectivo y otro millón pagadero en armamentos. Esta ayuda fue vista por el círculo que rodeaba a Cabral como la única tabla de salvación que evitaría el retorno de los enemigos rojos al poder.

El efecto del plan de arrendamiento de Samaná fue contraproducente. Tan pronto trascendieron los detalles de la negociación, los jefes rojos exiliados clamaron que los azules habían traicionado la Patria y que se preparaban para actos peores. Un desprestigio fulminante se abalanzó sobre el régimen de los azules, y entre ellos mismos surgieron discrepancias agudas. Luperón decidió abandonar el país en protesta, advirtiéndole a Cabral que estaba en disposición de oponerse con las armas en la mano, en caso de que las negociaciones prosiguieran.

La defección de Luperón dejó un vacío imposible de llenar en la región cibaeña, contribuyendo a precipitar la caída del gobierno azul.

JEFE DE LA TERCERA GUERRA NACIONAL

Con la entrada a Santo Domingo del general Manuel A. Cáceres, el 31 de enero de 1868, se inició el llamado Gobierno de los Seis Años, uno de los periodos más trágicos de la historia decimonónica. Cabral y sus partidarios abandonaron el país en dirección a Venezuela y luego se diseminaron entre Puerto Rico, Curazao y Saint Thomas. Algunos se aventuraron a dirigirse hacia Haití, no obstante, la presidencia de Sylvain Salnave, a quien los rojos le debían su triunfo. Pese al peligro que podía correr y aprovechando la presencia de algunos de sus partidarios, Cabral pasó varias semanas en Haití a mediados de 1868 en gestiones para preparar la guerra contra los rojos. Los liberales haitianos, encabezados por Nissage Saget, ocuparon la ciudad de Jacmel, en el Sur del país, y se renovaron los acuerdos de cooperación entre los liberales de ambos países de la isla. Los voluntarios azules jugaron un papel importante en varias derrotas de los partidarios de Salnave. Llegado el momento propicio tras firmar un pacto de unidad con los otros jefes azules en la ciudad haitiana de Saint Marc, y mientras se desarrollaba la guerra civil en el interior de Haití, consiguió que hombres de Saget le franquearan el paso hacia la frontera, acompañado por contados seguidores.

De nuevo en territorio dominicano en marzo de 1869, volvió a acogerse a la protección del general Andrés Ogando, principal caudillo en los confines del Suroeste, donde Báez no había logrado consolidar su presencia. Con rapidez, Cabral obtuvo la adhesión de otros generales de la región y formó una tropa considerable que se puso en condiciones de disputarle el terreno al gobierno. Muchos de sus partidarios, que se encontraban en Haití y en los otros países cercanos, corrieron a unírsele, dispuestos a librar la batalla decisiva contra los inveterados enemigos rojos.

Pero los azules se encontraban en una situación desventajosa. Su retaguardia en Haití era completamente insegura, ya que todavía el partido de Salnave controlaba el grueso del territorio de ese país; al mismo tiempo, los rojos habían desatado una escalada

impresionante de terror. A medida que implantaba la guerrilla de los azules, el gobierno respondía con el reino del terror, creando cuadrillas volantes de forajidos que hacían cundir el pánico en las poblaciones que se encontraban bajo el dominio de los azules insurrectos. Los jefes más célebres de dichas partidas, Carlos Justo de Vargas y Aniceto Chanlatte, conocidos por los apodos de Baúl y Solito, confesaron años después, en un proceso judicial, que habían asesinado con sus manos 143 y 94 personas, respectivamente.

Adicionalmente, Báez gozaba de un carisma extraordinario entre la población, mientras que los azules no tenían ninguna figura que los unificara, víctimas de las disputas por la hegemonía entre Cabral, Luperón y Pimentel, así como, en menor medida, entre algunas de las figuras intelectuales de prestigio que los apoyaban desde el exilio. Ninguno de los tres jefes supremos de los azules estaba dotado de la capacidad de Báez, ni rodeado de su aureola de popularidad. Con todo y ello, los azules pudieron consolidar su extenso bastión allende el Yaque del Sur, y lo lograron porque representaban el sentido ascendente de la historia, que propendía a la consolidación del ordenamiento nacional, pese a todos los obstáculos que se presentaban.

La causa de los azules ganó legitimidad cuando se hicieron públicos los aprestos del Gobierno Dominicano para anexionar el país a Estados Unidos. Se trataba de una venta vulgar, puesto que en la operación estaban involucrados personeros corruptos del círculo gobernante de Estados Unidos, quienes esperaban apoderarse de enormes extensiones del territorio dominicano a precio de bagatela. Ya comenzaba a desplegarse la sombra del monstruo del norte contra la independencia del pueblo dominicano. El Estado Dominicano recibiría la suma de dos millones de dólares, con el pretexto de sanear las acreencias públicas, pero obviamente dirigiéndola a compensar a la camarilla baescista.

El 29 de noviembre de 1869 fue firmado un protocolo preliminar entre Manuel María Gautier, cerebro gris del partido rojo, y Raymond Perry, a nombre del gobierno de Washington. Con el fin de ofrecer una ayuda de emergencia al régimen de Báez, se

firmó un acuerdo de arrendamiento de la península de Samaná, que entraría en vigencia en caso de que apareciesen reparos a la anexión en el Congreso de Estados Unidos. A cambio de 150,000 dólares anuales, Estados Unidos pasaba a disponer de prerrogativas soberanas sobre la península y los cayos adyacentes.

El tratado de anexión estipulaba que debía ser ratificado por el Congreso de Estados Unidos y por el pueblo dominicano a través de un plebiscito. Este fue convocado apresuradamente en febrero de 1870, a menos de cinco años de concluida la guerra de Restauración, arrojando la falacia de que únicamente once dominicanos se oponían a la integración como territorio de Estados Unidos. Es aceptable que una amplia porción de los dominicanos favoreciera la anexión por los motivos siguientes: para muchos bastaba que así lo deseara Báez, a quien se le adjudicaba el don de ser infalible, al igual que el Papa; otros estaban cansados del estado continuo de guerras, que asociaban la pobreza, llegando a la conclusión de que la única forma de que reinase la paz era a través del dominio extranjero; un juicio parecido se derivaba de la convicción de muchas personas de nivel cultural de que el país carecía de los medios para emprender por sí solo la marcha hacia el progreso, por lo que alguna forma de protectorado o de anexión resultaría conveniente.

Los azules, sin duda, habían quedado bastante marginados, pero eso no significa que constituyeran una minoría insignificante, casi inexistente, como lo proclamaban los publicistas rojos Félix María Delmonte y Javier Angulo Guridi, quienes se solazaban en acusar a los patriotas de bandoleros agentes de Haití, adjudicándoles el calificativo de cacos. No cabe duda de que los azules contaban con el apoyo de la porción más consciente de la población, pero esto no pudo traducirse a la práctica, con excepción de la zona fronteriza del Sur, a causa del despliegue del terror por las bandas baecistas o de lo aplastante que resultaba la adhesión de gran parte de la masa del pueblo a la figura del antiguo mariscal de campo español.

Adicionalmente, los azules estaban aquejados de debilidades profundas que contribuyeron a fortalecer la vigencia de

sus enemigos, la más importante de las cuales fue la división de sus filas entre los seguidores de sus tres principales jefes. Particular gravedad revistieron las disputas entre Cabral y Luperón, llegando el último a expresarse de manera dura y a veces insultante sobre su compañero, en diversos pasajes de su libro *Notas autobiográficas y apuntes históricos*. La clave de esa rivalidad radicaba en que cada uno de ellos aspiraba a la jefatura suprema sobre las operaciones. Finalmente, a instancias de los liberales haitianos, se firmó un pacto de unidad entre los jefes liberales dominicanos. De hecho, ese instrumento consagraba la supremacía de Cabral, ya que se le asignaba la jefatura del frente sur, único en el cual los azules habían logrado implantación. Luperón y Pimentel, en cambio, no tuvieron éxito en la frontera del norte, donde los caudillos estaban firmemente unidos detrás de Báez y contaban con el respaldo de la masa campesina, que desde 1857 visualizaba a ese tirano como defensor de sus intereses.

A pesar del pacto de unidad entre los tres jefes, cada uno siguió operando por su cuenta. Luperón obtuvo apoyo de los comerciantes de Saint Thomas, preocupados por las negativas consecuencias que les provocaría la anexión a Estados Unidos; adquirió el vapor «El Telégrafo», desde el cual intentó, sin éxito, concitar respaldo de las poblaciones que iba tocando. Cabral se negó a brindar ayuda a los planes de Luperón, pese a la profunda carga simbólica que tuvo la aventura de «El Telégrafo» para confrontar los planes del gobierno de Estados Unidos, lo que valió que este declarase a Luperón como pirata.

En la medida en que Cabral era el único de los jefes que estaba librando una guerra efectiva, su liderazgo se consolidó, siendo reconocido por casi todos los exiliados como el jefe indiscutible. El héroe de Santomé y La Canela volvía a cubrirse de gloria al tornarse en el símbolo de la redención de los dominicanos en la resistencia frente a la anexión a Estados Unidos. De nuevo supo aplicar sabiamente sus dotes militares, captando que carecía de los recursos y del apoyo requerido para derrocar a Báez en el corto

plazo. Apeló a la guerra de guerrillas, táctica que había aplicado durante la Restauración y que reconocía la superioridad del enemigo, por lo cual evitaba choques frontales y se sustentaba en el control del territorio por medio de pequeños destacamentos que sometían al enemigo a hostigamiento. Si bien es cierto que las tropas azules dominaban el territorio al occidente del Yaque, lo hacían de forma inestable, sujetas a retiradas cada vez que los rojos realizaban expediciones desde Azua.

Entre 1869 y 1872 la guerra entre rojos y azules se caracterizó por expediciones dirigidas por connotados cabecillas gubernamentales, como Francisco Antonio Gómez, Manuel Altagracia Cáceres, Juan de Jesús Salcedo y Valentín Ramírez Báez, este último hermano de padre del Presidente y su delegado en Azua. Tras cada una de esas expediciones, quedaba de manifiesto que los rojos no podían sostener el hostigamiento de las partidas guerrilleras de los azules, por lo cual procedían a operar la retirada hacia Azua. Como lo observó Sócrates Nolasco, las guarniciones que dejaban en algunos puntos de la desolada región eran indefectiblemente exterminadas.

ENTREGA DE SALNAVE

En febrero de 1870, después de estar Cabral al frente de la resistencia guerrillera durante cerca de un año, fue derrocado el presidente haitiano Sylvain Salnave, quien, al frente de 1,500 hombres, abandonó Puerto Príncipe con el designio de escapar a los sitiadores de la ciudad. Al sufrir varias derrotas en el camino, Salnave se vio obligado a internarse en territorio dominicano con vistas a acogerse a la protección de Báez. Pero tuvo que entrar a una zona dominada por los azules. Desde que se enteró de la llegada de Salnave a territorio dominicano, Cabral puso a todas sus tropas en estado de alerta, temiendo que los baecistas intentaran un ataque simultáneo desde Azua. Además, para él era cuestión de principio impedir que los fugitivos haitianos atravesaran su territorio armados.

Cabral aceptó entablar negociaciones con una delegación que Salnave ofreció enviar. Cuando vio que este hizo una contramarcha y no envió a sus delegados, se dispuso a atacarlo. Envío una pequeña tropa, al mando del coronel Bartolo Batista, que entabló combate y tuvo que retirarse ante la superioridad de la tropa de Salnave, compuesta de más de 500 hombres. Cabral despachó entonces al general Vidal Guitó con 150 hombres. El ex presidente haitiano intentó despistar a los azules y envió avisos a Valentín Ramírez Báez para que atacara desde Azua, lo que se llevó a efecto, aunque sin resultados. El 10 de enero de 1870 se trabó un sangriento combate entre azules y salnavistas en el paraje La Cua-ba, en plena sierra de Bahoruco, cerca de Polo. Después de varias horas de combate, con cuantiosas bajas de ambos lados, incluyendo al general Guitó y mujeres y niños familiares de la comitiva de Salnave, este se rindió.

El gobierno recién instalado en la capital haitiana, presidido por Saget, aliado de Cabral, le requirió a este que Salnave le fuera remitido junto a sus acompañantes, por cuanto estaban acusados de cometer crímenes políticos. En desesperado intento para salvarse, Alfred Delva, antiguo ministro de Salvane, ofreció a Cabral una fuerte suma de dinero a cambio de que no los entregara. Le razonó que, con esa suma, le sería fácil avituallar su tropa para derrocar a su enemigo. El ex ministro no tomó en cuenta el talante moral de Cabral, quien se indignó ante semejante osadía.

El jefe de los patriotas dominicanos decidió delegar el delicado asunto que representaba el destino de Salnave a un consejo de generales, en el cual él se limitó a fungir de presidente. Se resolvió al parecer por unanimidad, que Salnave y sus ayudantes fuesen entregados al Gobierno Haitiano. Esta decisión adquirió de inmediato tintes altamente polémicos, por cuanto Salnave y algunos de sus camaradas fueron inmediatamente fusilados por las autoridades haitianas. Dirigentes políticos de la época y posteriormente historiadores han estimado que con esa decisión, Cabral empañó su historia personal, debido a que no observó la norma de la neutralidad en su territorio. Hasta Luperón censura

acrememente la decisión en su libro de memorias, reclamando que en aquel momento hizo pública su protesta. Se ha aducido que los azules recibieron del gobierno haitiano una fuerte suma de dinero en recompensa, y hay quien se ha atrevido a insinuar que Cabral se benefició de la operación.

En realidad, la suma entregada por el presidente Saget tuvo carácter simbólico, ya que fue de 5,000 pesos fuertes o dólares, monto que, si bien para los azules no dejaba de tener cierto peso, no tenía ningún efecto sobre la marcha de la guerra. Es definitivo, además, que Cabral no le puso las manos a ese dinero. De ello puede concluirse que la entrega de Salnave no envolvió una operación pecuniaria. Con seguridad a Cabral y a algunos de sus generales tuvo que resultarles duro acceder a la demanda del régimen haitiano, pero por razones de realismo político se inclinaron por acceder. Dejar pasar a Salnave equivalía poner en peligro toda la causa nacional, fortaleciendo a Báez, quien podría usarlo para hostilizar al aliado haitiano. Estaba suficientemente comprobado que Salnave era un enemigo declarado de los patriotas dominicanos y que había entrado a su territorio en son de guerra. Uno de sus generales era el dominicano Tomás Cristo, quien se había distinguido en el sitio de Jacmel. Adicionalmente, puede aceptarse el argumento de que, de no haber accedido a la petición haitiana, Cabral y sus compañeros ponían en riesgo la alianza con los liberales haitianos, que resultaba vital para sostener la resistencia guerrillera.

CAÍDA DE LA TIRANÍA BAECISTA

La guerra siguió con sus altibajos característicos, aunque en fase ascendente para los azules hasta 1871, gracias a la legitimidad del objetivo de impedir la anexión a Estados Unidos. Cuando los generales azules estimaron que habían consolidado su dominio sobre el extremo suroeste, decidieron constituirse en Gobierno Dominicano, con el título de Gobierno Provisorio de la Revolución, a cuyo frente Cabral quedó como presidente de la República.

Los actos y argumentos de este singular gobierno guerrillero de los azules se recogerían en un periódico editado en Haití, que terminó con el nombre de *Pabellón Dominicano*. Este gobierno de Cabral reclamó tener control sobre el territorio e intentó armar dispositivos administrativos. En aquellas difícilísimas circunstancias, Cabral se preocupó por garantizar la seguridad individual y la propiedad; para prevenir la degeneración al bandolerismo, se sancionaba cualquier acto de pillaje con la pena de muerte.

A pesar de todos los triunfos, las condiciones no eran propicias para el funcionamiento del Gobierno Provisorio, y en diciembre de 1871 los ministros Alejandro Román y Mariano Cestero decidieron abandonar sus cargos sin siquiera presentar renuncia a ellos. Se produjo una reorganización del gobierno en comisiones de Interior, Justicia y Relaciones Exteriores, Hacienda y Comercio y Guerra y Marina, quedando como responsables de ellas los principales jefes militares y los intelectuales que acompañaban a Cabral, casi todos generales, como Andrés Ogando, Francisco Moreno, Manuel Rodríguez Objío, Manuel María Castillo, Tomás Castillo, Francisco Gregorio Billini y Timoteo Ogando.

Tras el fracaso de las sucesivas campañas, el tirano en persona decidió encabezar una marcha con el fin de aplastar de manera definitiva a los azules. Hizo una leva de cerca de 10,000 hombres, dirigiendo él mismo el cuerpo principal que cayó sobre San Juan y Las Matas. Otros cuerpos estaban a cargo de sus principales lugartenientes, como el vicepresidente Cáceres. A pesar de que los azules no fueron aniquilados, la insurrección entró en una fase de debilitamiento, hasta quedar como algo que dejó de preocupar a los jerarcas rojos. Esta evolución es atribuida por Nolasco al asesinato de Andrés Ogando, mientras dormía en Cambonal, a manos de una partida de macheteros rojos dirigida por Baúl que había logrado infiltrarse detrás de las líneas de los azules.

En 1873 el foco de atención de Báez se trasladó a resolver los conflictos crecientes que confrontaba con sus propios seguidores. Tal vez los azules perdieron cierta legitimidad, tras haber sido rechazado el proyecto de anexión por el Senado de Estados

Unidos en 1871. Ahora bien, el cese de la perspectiva de una anexión hacía de la caída de Báez una cuestión de tiempo. Hubo un último respiro por efecto del arriendo de Samaná por 150,000 dólares a una compañía animada por Fabens y Cazneau, la Samana Bay Company of Santo Domingo, de acuerdo a las mismas cláusulas del instrumento que para tal fin se había firmado antes con el gobierno de Estados Unidos.

Ese dinero tenía una importancia cardinal, ya que en esos años ningún gobierno podía sostenerse si no contaba con recursos financieros extraordinarios. En 1870 el banquero judío Edward Hartmont suscribió títulos de deuda a nombre del Gobierno Dominicano por unas 450 mil libras esterlinas, de las cuales únicamente entregó 38,000. Este sonado fraude impidió que en lo sucesivo el Gobierno Dominicano pudiera contratar otros empréstitos en el exterior.

Desde mediados de 1873 comenzaron a manifestarse signos de descontento en la Línea Noroeste, al grado que algunos de los principales sostenedores del gobierno en esa región se propusieron derrocarlo. El 25 de noviembre de ese año los dos máximos jefes rojos del Cibao, Manuel Altagracia Cáceres e Ignacio María González, iniciaron un movimiento que dio al traste con el régimen de los Seis Años.

El 25 de noviembre tuvo una importancia trascendental en la historia dominicana, ya que significó la consolidación del Estado nacional. En lo adelante ningún gobernante ha osado abogar abiertamente por la anexión a Estados Unidos. Pedro Henríquez Ureña caracterizó el cambio acaecido como producto de la intelección de la nación por parte del pueblo dominicano.

La tiranía de los Seis Años, así, no cayó a consecuencia de la resistencia de los azules. Pero eso no disminuyó la trascendencia de la guerra que durante cuatro años libraron los patriotas dirigidos por Cabral en los confines del suroeste. En su oposición al plan del presidente Grant para anexar el territorio dominicano, el senador de Massachussets, Charles Sumner, argumentó que la resistencia dirigida por el general Cabral constituía evidencia

contraria a los resultados del plebiscito instrumentado por Báez. Sumner estaba animado por ideas liberales auténticas, por lo cual reprochaba el autoritarismo de los rojos y se identificaba con la causa de los azules. Para ganar crédito ante la opinión pública internacional, los azules organizaron un plebiscito en el territorio que dominaban, arrojando más de seis mil votos contrarios a la anexión. Sumner refutó de forma contundente los alegatos de su colega Oliver Morton, en el sentido de que José María Cabral era «meramente un jefe de bandidos que no perjudica y tampoco ha perjudicado al gobierno de Báez».

Pero el fracaso del proyecto de anexión también estuvo motivado por consideraciones racistas, al considerar varios de los congresistas estadounidenses que el pueblo dominicano no era apto para la vida civilizada. En los debates, el senador de New York, F. Wood, por ejemplo, se pronunció abiertamente en forma despectiva acerca del pueblo dominicano.

La población es de un tipo degenerado en grado sumo, estando principalmente compuesta de una raza cuya sangre tiene dos tercios de africano nativo y un tercio de criollo español, a diferencia de cualquier raza de color conocida en este país o en cualquiera parte del mundo. Esta es una mezcla completamente incapaz de asimilar la civilización, y descalificada, bajo cualesquiera circunstancias posibles, de hacerse ciudadanos de los Estados Unidos y ejercer, como lo hacen todos bajo nuestro actual sistema modificado, los privilegios de representación y de ser representados.

LOS AÑOS FINALES

Caído el Gobierno de los Seis Años, Cabral quedó desfasado como político, como acertadamente José Gabriel García lo percibió

en una carta. Su contribución a la causa patriótica había sido estrictamente militar, y ya había desaparecido el peligro de un proyecto de anexión. En esas condiciones, Cabral se despojó de todo espíritu de partido, respondiendo al clamor de los núcleos pensantes que demandaban el fin de las contiendas civiles. Consideró que su contribución debería pasar a ser la de ente moderador, con el propósito expreso de contribuir a la paz. Hizo galas de desprendimiento y ofreció respaldo al gobierno de Ignacio González, siendo designado por este ministro de Guerra y Marina en 1875.

Pero Luperón, el otro prohombre azul, pensaba de manera muy distinta; aunque no aspiraba a ocupar la Presidencia, sí pretendía que el poder pasara a manos exclusivamente del sector liberal. Por tal razón, Luperón entró en conflicto con el presidente González y respaldó el movimiento cívico que llevó a su derrocamiento en 1876. Ese mismo año, todavía bajo la presidencia de Ulises Francisco Espaillat, identificado al Partido Azul, Cabral aceptó el cargo de inspector de Agricultura de la provincia de Azua. Pero, a diferencia de Luperón, se había apartado tajantemente de todo espíritu de partido. Eso lo llevó a apoyar a Buenaventura Báez en su quinta y última administración, iniciada en 1877, cuando el tirano de los Seis Años se declaraba demócrata. Cabral no obró solitario en el acercamiento hacia su antiguo jefe, ya que, en aras de la paz, varios de los intelectuales prominentes de Santo Domingo, como Emiliano Tejera, José Gabriel García y Mariano Cestero, ofrecieron respaldo al último gobierno de Báez.

Estas posiciones expresaban una disminución de las diferencias conceptuales que habían enfrentado mortalmente hasta poco antes a las dos corrientes de liberales azules y conservadores rojos. Ahora bien, Luperón seguía negado a aceptar esas posturas, correspondiéndole mantener la identidad de los azules. Estaba dotado de un sentido político mucho más desarrollado que Cabral. Y, aunque no contaba con popularidad, se hizo el jefe único de los liberales y fue preparando el terreno para la toma del poder en 1879. Como es sabido, en los años siguientes, los azules implantaron una suerte de dictadura, por cuanto, en los hechos, impidieron de la competencia

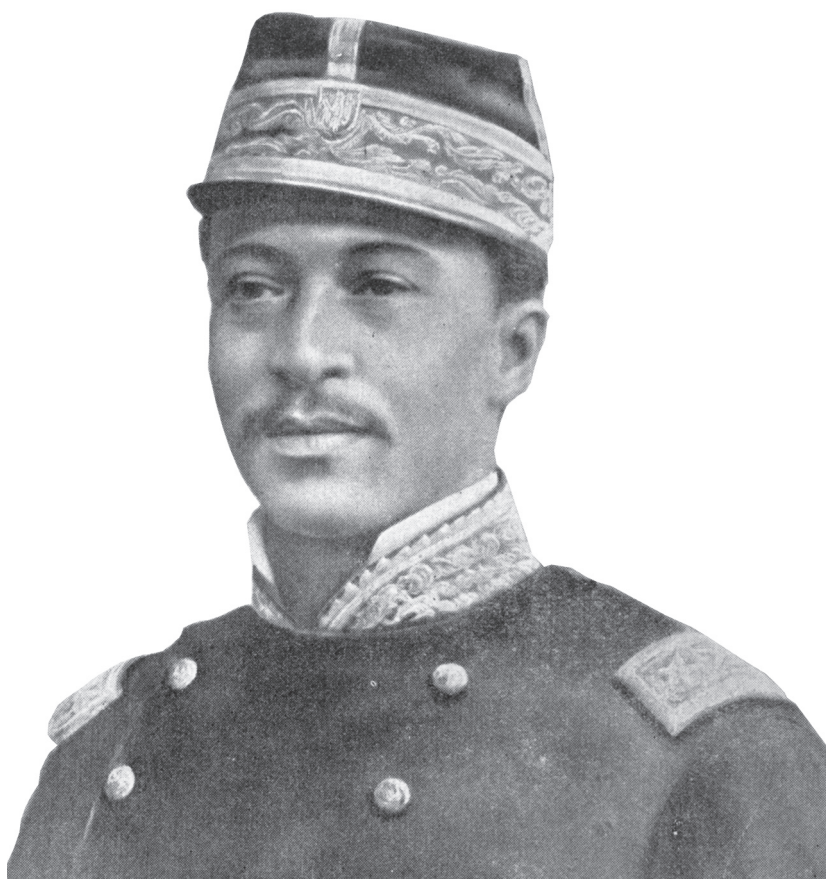
electoral a las otras banderías políticas, que entraron en un marcado declive. Fue bajo la égida de Luperón cuando se puede pensar en un conglomerado liberal integrado, aunque tampoco entonces surgió un partido político en el sentido moderno.

Así pues, la toma del poder por los azules, en 1879, implicó que Cabral, su principal fundador, quedara apartado de los asuntos públicos. En lo adelante, y hasta su fallecimiento en 1899, pasó largos periodos en San Juan de la Maguana. Todavía está en pie la casa que el prócer construyó en esa ciudad, muestra elocuente de la pobreza en que vivía. Le quedaba la satisfacción de haber contribuido al bien de la Patria en lo que le fue posible, sin perseguir riquezas, poder o gloria. Por eso, gozó de la admiración de todos los que lo rodeaban, quienes veían en él a un símbolo viviente de la libertad.

BIBLIOGRAFÍA

- García, José Gabriel. *Compendio de la historia de Santo Domingo*. 4 vols., Santo Domingo, 1968.
- Luperón, Gregorio. *Notas autobiográficas y apuntes históricos*. 3 vols., Santo Domingo, 1974.
- Martínez, Rufino. *Diccionario biográfico-histórico dominicano, (1821-1930)*. Santo Domingo, 1997.
- Monclús, Miguel Ángel. *El caudillismo en la República Dominicana*. Santo Domingo, 1962.
- Nolasco, Sócrates. «José María Cabral y Luna». (El guerrero), *Obras completas*. 3 vols., tomo II. Santo Domingo, 1994, pp. 447-468.
- Rodríguez Demorizi, Emilio. *Proyecto de incorporación de Santo Domingo a Norte América*. Santo Domingo, 1965.
- Rodríguez Objío, Manuel. *Relaciones*. Ciudad Trujillo, 1951.
- Soto Jiménez, José M. *Semblanzas de los adalides militares de la independencia*. Santo Domingo, s. f.

GREGORIO LUPERÓN
EL GUERRERO DE LA LIBERTAD



Gregorio Luperón.

PORTAESTANDARTE DE LA SOBERANÍA

Durante la segunda mitad del siglo XIX los procesos históricos protagonizados por los dominicanos tuvieron por principal aspecto progresivo la búsqueda de la autodeterminación nacional. Esto significa que los dominicanos debieron afirmar, a través de accidentados procesos, la decisión de vivir en un estado independiente como medio para hacer valer derechos. A lo largo de esas décadas en los territorios insulares del Caribe solamente existían dos estados independientes, Haití y República Dominicana, constantemente objetos de asechanzas por parte de las potencias internacionales que gravitaban en la región. Adicionalmente, hasta 1856 los dominicanos debieron defender su independencia frente a las agresiones del Estado haitiano. Esto último contribuyó a definir una postura anexionista entre sectores importantes de los políticos y los intelectuales, los cuales carecían de fe en las posibilidades de que, como entidad independiente, el país pudiese enrumbarse por los senderos del progreso. De tal manera, las luchas por la autodeterminación nacional estuvieron atravesadas por el debate entre liberales y conservadores, los cuales defendían respectivamente posturas nacionalistas y anexionistas.

En este panorama sobresalió Gregorio Luperón, tanto por los hechos en los cuales tomó parte como por la calidad de su persona, síntesis de procesos sociales profundos por estar dotada de condiciones excepcionales que le permitieron contribuir decisivamente al curso de muchos acontecimientos. Luperón fue un hombre salido del pueblo pobre, que ganó un estrellato en la historia

dominicana y antillana. Dadas las condiciones en que se debatía el país, tuvo que formar su intelecto como autodidacta, lo que logró gracias a un enorme tesón. Sobresalió ante todo como guerrero, derivándose su capacidad de incidencia en los procesos históricos de sus atributos de jefe militar. Pero no fue cualquier hombre de guerra, al estilo de los caudillos típicos de su época, puesto que estaba definidamente orientado por la búsqueda de principios sólidamente elaborados: la consolidación de la independencia y del establecimiento de un régimen democrático. Lo anterior significa que el guerrero también fue un pensador, siendo esta combinación lo que le confiere dimensión a su protagonismo de prócer. Aunque no se hizo un intelectual especializado, fue capaz de exponer de manera consistente los anhelos nacionales de los sectores cultos, incluso con más propiedad que la mayoría de los intelectuales de su época.

Hacer un recorrido por la vida de Luperón revela un estado casi constante de combate. Se puede decir que sus únicos descansos casi se limitaron a los viajes que realizó a Europa después que entendió que no había riesgos para la independencia. Este compromiso tan radical contrasta con su vocación de burgués, ya que no aspiraba al poder, sino exclusivamente a la condición de un ciudadano que contribuyera al progreso del país. En todo caso, se situó a sí mismo como un combatiente por la libertad que solo prestaba su espada en los momentos en que la Patria la requería. En verdad, estuvo atrapado en el dilema entre la mediocridad del burgués y la excelsitud del héroe. De todas maneras, sobre todas las cosas aspiró a la gloria y, aun sin reconocérselo a sí mismo, supo enmendar errores cuando tuvo ante sí las demandas de los principios, aun fuese a costa de los mayores sacrificios.

Muchos fueron los próceres que llevaron la voz cantante, con la pluma o el machete, para dirigir a los guerreros por la libertad. Dentro de esa galería Luperón tuvo la peculiaridad de que su vida pública se prolongó por alrededor de cuarenta años, y solo el cáncer lo detuvo, cuando combatía la dictadura de su discípulo más aventajado, Ulises Heureaux. Participó, así, de manera conspicua,

en procesos tan cruciales como la guerra de la Restauración, o la oposición a la tiranía de Buenaventura Báez de 1868 en adelante. Este guerrero fue, paralelamente, dirigente político, presidente de la República, integrante de los altos círculos comerciales, pensador político y cronista de su época. Basta referir, para significar la calidad de su figura, que fue el único de los próceres que escribió una relación pormenorizada de los hechos en que intervino, señal de una intensa conciencia en una época en que pocos tenían tal tipo de preocupación y menos aún la plasmaban en libros. Desde muy pronto sus merecimientos fueron objeto de tal reconocimiento que otro prócer, Manuel Rodríguez Objío, escribió su biografía, identificando la persona con el hecho de la Restauración.

Por consiguiente, Luperón resume tres décadas de la evolución histórica del pueblo dominicano, puesto que fue la figura que, en conjunto, logró mayor incidencia en los procesos de consolidación de la conciencia nacional.

BREVE ANONIMATO DEL JOVEN PRECOZ

Hasta los veintidós años Luperón fue un desconocido para la generalidad del país, pero desde su niñez comenzaron a fraguarse los rasgos psicológicos que le permitieron de golpe tornarse en uno de los protagonistas señeros del proceso histórico dominicano. Durante esos años su vida transcurrió apartada de los sectores sociales superiores, en un constante esfuerzo por la superación personal.

Su origen familiar revela al hombre que se supera por su propio esfuerzo y trasciende condiciones desventajosas. Nacido en Puerto Plata el 8 de septiembre de 1839, no fue reconocido por su padre, Pedro Castellanos, de clase media urbana, por lo que recibió el apellido de su madre, Nicolasa Duperrón, de condición humilde, seguramente descendiente de esclavos manumitidos por una familia de propietarios de ese apellido que tal vez llegaron desde la vecina colonia francesa de Saint Domingue. Fue el mismo Luperón quien

tomó la decisión de cambiar el apellido, lo que tradujo una voluntad simbólica de autoafirmación. Escogió un apellido ya existente en el país, aunque muy poco extendido, el más próximo que encontró al suyo.

Luperón era un perfecto mulato, hijo de madre negra y padre blanco. La cohabitación fuera del vínculo de matrimonio entre hombres blancos y mujeres negras constituyó una de las claves del proceso de mestizaje, a su vez componente particular de la formación del conglomerado dominicano. Como era común, creció en el entorno hogareño de la madre, siendo su infancia la de un niño pobre que debió trabajar para ayudar al sostenimiento de la familia. El mismo, en las primeras páginas de *Notas autobiográficas y apuntes históricos*, rememora haber desempeñado oficios como aguatero, panadero, pescador y vendedor de dulces y frutas. Lo anterior no fue óbice para que lograra asistir a una de las escasas escuelas de Puerto Plata, dirigida por un súbdito inglés, donde aprendió a leer y escribir y recibió los rudimentos que lo motivaron a superarse culturalmente.

Por la precocidad resultante de su temprana incorporación al trabajo, teniendo nada más que catorce años, fue designado capataz de un corte de caoba del francés Pedro Dubocq en Jamao, no muy lejos de Puerto Plata. Dio la casualidad de que el propietario fuera un hombre culto, por lo que había dejado libros en el bohío del corte, siendo *Vidas paralelas*, de Plutarco el que más influencia dejó en la formación del joven Goyito, como era por todos conocido. Su personalidad terminó por definirse en la agreste vida de Jamao, en la cordillera Septentrional, donde permaneció durante seis años ganándose la vida. Siendo un adolescente le tocó enfrentar, machete en mano, a un grupo de truhanes, lo que le ganó celebridad local y puso de manifiesto ya la valentía como primer atributo de su personalidad.

Cuando contaba dieciocho años se incorporó a la revolución de 1857 contra el segundo gobierno de Buenaventura Báez, tomando parte en los combates en Samaná, el único lugar fuera de Santo Domingo donde los baecistas lograron atrincherarse.

Desde entonces se fijó en él una aversión insuperable frente a ese personaje, que formaría parte de la trama de su accionar político. En medio de la contienda recibió su primer nombramiento, de comandante auxiliar en el puesto de Rincón.

Se puede inferir que en 1857 el joven estaba suficientemente formado para identificarse con las propuestas democráticas de los dirigentes de Santiago. También se observa en ese primer involucramiento en la política su vocación militar. Por último, en actitud recurrente a lo largo de su vida, no duraría mucho en estas funciones militares y administrativas, decidiendo establecerse como pequeño comerciante en Sabaneta de Yásica, la localidad más próxima a Jamao. Antes de los 20 años Luperón iniciaba la carrera que lo llevaría a ser un acaudalado burgués de Puerto Plata.

DE PROSCRITO A REBELDE

Mientras su existencia discurría sin mayor perturbación en sus operaciones comerciales a pequeña escala en Sabaneta de Yásica, se produjo la anexión de República Dominicana a España, el 18 de marzo de 1861. Luperón, como un rayo, decidió hacer constar su absoluta oposición al cambio político. Hizo un atrevido llamado a que no se entregaran las armas, pues servirían para recuperar la libertad. Se puede, por tanto, inferir que el joven tendero rural, gracias a sus lecturas en el inhóspito corte de maderas, tenía ya bien definida una personalidad que incluía una beligerante concepción nacional. Cuando le fue presentada copia del manifiesto de respaldo a la anexión, se negó a firmarlo con expresiones altisonantes. De inmediato fue objeto de la persecución del general Juan Suero, jefe de Puerto Plata y hasta entonces su amigo personal. Suero lo había aquilatado bien, por lo que lo acosó tanto que lo obligó a abandonar el país. Años después el «Cid Negro» le refirió a Pedro Santana que él tenía que matar a Luperón, pues preveía que, de no hacerlo, sería su víctima en combate.

El proscrito deambuló por Estados Unidos, México y Jamaica. En este último país conoció a un médico homeópata, quien falleció en una travesía marítima. Luperón tomó su nombre y heredó su instrumental, y se hizo pasar por médico, lo que le dio la cobertura necesaria para retornar al país. El flamante doctor Eugenio se estableció en Sabaneta, población cercana a la frontera norte, donde cultivó la amistad del comandante de armas, Santiago Rodríguez. En esta remota localidad, registra en las *Notas autobiográficas y apuntes históricos*, no había inquietudes revolucionarias. Pacientemente, Luperón fue sumando personas a una acción de propaganda con el propósito de desencadenar la insurrección armada. Cuando las medidas de extorsión del régimen español empezaron a generar descontento entre sectores importantes de la población del Cibao, Luperón se puso de acuerdo con otros conjurados de la Línea Noroeste para iniciar la rebelión. Lucas de Peña fue designado jefe y se integró un consejo compuesto por Norberto Torres, Ignacio Reyes y Gregorio Luperón. Ellos, como cabecillas, decidieron autodesignarse generales.

Producto de la precipitación de Norberto Torres, las operaciones militares comenzaron improvisadamente el 21 de febrero. Rápidamente, los conjurados formaron contingentes que se propusieron expulsar las tropas españolas de la Línea Noroeste. La población de Sabaneta se pronunció en contra del dominio español y quedó como principal centro de la sublevación. Luperón fue enviado a extender las operaciones en dirección a San José de las Matas, pero tuvo que enfrentar la resistencia de los «serranos», término con el que se designaba a los habitantes del piedemonte de la cordillera Central. Esta actitud ponía de manifiesto que, en febrero de 1863, todavía una porción considerable de la población tenía actitudes neutrales o favorables respecto a la Anexión. Esto dio lugar a que, con rapidez, fracasara el intento insurreccional en Santiago y las tropas de reservas se mantuvieran leales en todo el Cibao. Con el pasar de los días, el gobierno tomó la iniciativa y puso a los rebeldes en necesidad de desbandarse.

Algunos se refugiaron en Haití, otros se ocultaron y la mayoría optó por presentarse, acogéndose a las garantías ofrecidas por los gobernantes. Algunos de los presentados fueron fusilados, lo que inauguró el reino de terror instaurado por el general Buceta y el coronel Campillo, los dos jefes militares españoles en la región.

Para Luperón no importaba qué actitud hubiera tenido la población ante la rebelión, pues lo único que contaba era su apego a los principios de las buenas causas, aun a riesgo de quedarse solo, como fue norma constante el resto de su vida. Joven aún, se afianzó en él la certeza de observancia rigurosa de los principios, con absoluta independencia de las circunstancias reinantes. De ahí que decidiese no rendirse ni abandonar el país. Para él, la Anexión conllevaba un estado de inferioridad jurídica y social de los dominicanos y contravenía el derecho a la soberanía. La independencia, creía, constituía el único sistema que podía garantizar la dignidad y la felicidad del pueblo dominicano. Su deber no podía ser otro que seguir laborando con todo tesón por el reinicio de la rebelión. Nada más podría motivarlo hasta que se alcanzase la libertad. Estaba convencido de que si la generalidad de la gente pensaba de otra manera, se debía a la ignorancia o a la gravitación de intereses turbios, por lo que se encontraba en la obligación moral de oponerse a tal punto de vista. Condenado a muerte en contumacia, tuvo que abandonar la zona y refugiarse en La Jagua, sección rural próxima a La Vega. De nuevo estableció contacto con patriotas, en espera de que volvieran a madurar condiciones para la rebelión.

GENERAL MAMBÍ

La zona fronteriza del norte siguió siendo el eslabón territorial más débil de la dominación española. Los exilados en Haití, comandados por Santiago Rodríguez y Benito Monción, realizaban frecuentes incursiones en los alrededores de Dajabón. José Cabrera, otro de los comandantes de la insurrección de febrero,

logró mantener una guerrilla en territorio dominicano casi todo el tiempo. Eso explica que a mediados de agosto de 1863, un contingente de exilados penetrara al país y, de inmediato, se propagaran varios focos de rebelión. Al cabo de unos días las tropas rebeldes de «mambises» se encontraban a las puertas de Santiago después de arrasar con las guarniciones españolas a lo largo de la región.

Luperón estuvo ausente de lo que acontecía en la Línea Noroeste, pero tan pronto tuvo noticias, se preparó para sumarse. Cuando los insurrectos se presentaron frente a Santiago, enviaron pequeños contingentes a las comarcas vecinas, por lo que la insurrección se extendió a Moca, La Vega y otras poblaciones. A Luperón le tocó tomar iniciativas en estos alzamientos, haciendo valer su condición de general. Tan pronto le fue posible, se incorporó a la jefatura de las operaciones contra Santiago, pasando a integrar el consejo de jefes compuesto por los generales Gaspar Polanco, Ignacio Reyes, Gregorio de Lora y él mismo y por los coroneles Pedro Pimentel, Benito Monción y José Antonio Salcedo. Este consejo designó a Polanco como comandante en jefe, atendiendo a su antigüedad en el ejército de la extinta República.

Bajo el mando de Polanco, Luperón tomó parte conspicua en los hechos que llevaron a la toma de Santiago, el cerco a los españoles y anexionistas dominicanos en la fortaleza San Luis y en la retirada de estos hacia Puerto Plata. El momento culminante de estas operaciones fue la batalla del 6 de septiembre. Desde su puesto en El Meadero, Luperón dirigió un contingente que hostilizó a los españoles en los alrededores del fuerte. Luego comandó tropas que infructuosamente intentaron tomar por asalto a San Luis, colocándose siempre en primera fila.

Hizo tantas galas de bravura que se ganó la admiración de la tropa. En cierta manera, a su decir, rivalizó con el general Polanco, a causa de haberse ellos enfrentado antes personalmente en la rebelión de febrero, cuando el ahora general en jefe todavía permanecía leal al régimen español. La batalla no fue fácil, no obstante el coraje de los mambises, pues los españoles mantenían una no menos dura disposición al combate.

Por momentos se ponía en duda el desenlace del choque entre ambas tropas. En un momento de desconcierto, Luperón hizo leer una comunicación falsa, redactada por él mismo, que indicaba que las provincias del Sur y el Este se habían sublevado. De inmediato la moral se restableció y los patriotas recuperaron la iniciativa. La audacia en situaciones difíciles también pasó a ser uno de los atributos de su porte de guerrero.

En esos días mostró una actitud intransigente frente a los planteamientos tendentes a una negociación con los españoles. Reclamó enérgicamente que solo se aceptara la capitulación incondicional de los sitiados en San Luis. Por eso, cuando José Antonio Salcedo (Pepillo) aceptó la retirada de los españoles hacia Puerto Plata, Luperón dispuso por su propia cuenta reiniciar las hostilidades, con lo que se abrió la persecución hasta Puerto Plata.

Esta intransigencia se derivaba de sus concepciones. Creía que el objetivo de restaurar la República no dejaba lugar a ninguna mediatización. De ahí que también rechazara la sugerencia que le hizo Salcedo de que se debía llamar a Buenaventura Báez. Para Luperón, Báez era tan anexionista como Santana, por lo que desde ese momento entró en conflicto con el sector baecista subrepticio dentro del campo restaurador. En lo inmediato, Pepillo Salcedo le tomó aversión y decidió deshacerse de él, posiblemente por juzgarlo un rival peligroso.

Sobrevino un siguiente motivo de confrontación con Salcedo en ocasión del nombramiento del Gobierno Provisorio. Salcedo, quien había permanecido junto a Luperón en Santiago, decidió convocar a los civiles notables con el fin de que eligieran un presidente y su gabinete. De acuerdo al relato de Luperón, Ulises F. Espaillat hizo notar que debían estar presentes todos los generales. Al llegar Luperón, se le informó de ese punto de vista, ante lo cual dijo que se alegraba pues había tenido la intención de arrestarlos a todos por usurpación de atribuciones. Ante la seguridad ofrecida por Salcedo de que Polanco había dado su aquiescencia, Luperón aceptó que la reunión prosiguiera. Cuando llegó el momento de la elección del presidente, siempre de acuerdo con su relato, él fue

propuesto a la Presidencia, lo que declinó y permitió que Salcedo quedara en esa posición. La elección de Salcedo generó inconformidad en Polanco, quien consideró que se había violado un procedimiento natural al no ser consultado como general en jefe. Luperón procuró mantenerse alejado de este terreno de pugnas, en lo que lo ayudaba su ausencia de deseos de ocupar posiciones que no fueran las de jefe de tropa. A su decir, reducía su actuación a la de un militar transitorio, mientras la causa de la libertad requiriese sus servicios.

Acorde a esa vocación de servicio, aceptó la designación de gobernador de La Vega. En los días que duró en esta posición se evidenciaron sus consideraciones conciliadoras respecto a los enemigos. En la época se le vio como el representante de la postura más radical, lo que no era exacto, por cuanto su intransigencia se limitaba a la demanda de la independencia. Afirmó el criterio de que la lucha no era contra los españoles, a quienes, aseguró retrospectivamente, veía como hermanos que tenían cabida dentro del país, sino contra el opresor régimen de la Anexión. Dentro de esa tesitura, procuró proteger a los dominicanos que se habían mostrado afines con la Anexión, protegiéndolos de las exacciones de algunos jefes rebeldes. Él ponderaba a estos notables urbanos como dominicanos descarriados a los cuales había que sacar del error. Con todo y estar en posturas antagónicas, Luperón los apreciaba por ver en ellos personas cultas y aptas para ser portadoras del progreso. En sentido contrario, en La Vega usó procedimientos fuertes para obligarlos a comprometerse con la causa restauradora. Dentro de ese espíritu, decidió dar un ejemplo intimidatorio haciendo fusilar, por el cargo de espionaje, a un coronel español que había salido de Santo Domingo con fines de sonsacar a la gente y obtener información.

Cuando se supo de los aprestos de Pedro Santana para invadir el Cibao, Luperón recibió la orden del gobierno de Santiago de ponerse al frente de las operaciones en las provincias del Sur y el Este, en primer término con el fin de detener la columna de Santana. Aceptó esa encomienda, que lo ponía en la jefatura

del escenario más álgido, con la condición de que se dictara un decreto que pusiese a Santana fuera de la ley por traición a la Patria y ordenara su fusilamiento. Previo a su partida, despachó avanzadas en todas las direcciones. Llegado del otro lado de El Sillón de la Viuda, montaña que separaba los departamentos de Santo Domingo y La Vega, Luperón entabló combate con las tropas anexionistas comandadas por Santana. Enfrentado a la bandera dominicana, el marqués de Las Carreras dejó esfumarse la aureola de invencible. Tras ser derrotado por los mambises comandados por Luperón en Arroyo Bermejo, el viejo tirano, al igual que en ocasiones anteriores, optó por el repliegue. Esta vez no le valió de mucho, pues dejó el terreno libre para que las guerrillas encabezadas por el general Eusebio Manzueta comenzaran a infiltrarse hacia el Este.

Luperón no fue, como muchos han considerado, la primera espada de la Restauración, pero compartió con unos pocos de sus compañeros la gloria de contribuir decisivamente al desenlace favorable a los dominicanos. Estuvo en varios de los frentes justo en los momentos precisos en que se debatía el curso de los hechos. Tras la batalla de Santiago, su principal labor militar se produjo en la jefatura de las operaciones en el Sur y en el Este, donde su destreza en el mando le permitió que su contribución estuviera entre las de más valía en todo el curso de la guerra. Su arrojo en la jefatura y su beligerancia nacionalista le valieron la encendida estima de los soldados bajo su mando, quienes llegaron a desconocer órdenes del gobierno, como la dictada por el presidente Salcedo que lo relevaba de la jefatura del frente del Este.

La acción militar de Luperón fue perturbada por el presidente Salcedo, quien en dos ocasiones decretó su relevo movido por los celos. En la primera ocasión el Presidente tomó el mando del frente sobre Monte Plata, donde cometió costosos errores militares. Casi de inmediato, Luperón fue destinado a reforzar las operaciones sobre Baní y San Cristóbal, donde contribuyó a la expulsión de los anexionistas. De nuevo mostró ahí una postura conciliadora respecto a quienes se habían solidarizado

con la Anexión, oponiéndose a las acciones depredadoras del general Juan de Jesús Salcedo, quien, a su decir, operó como un bandolero.

Estando en operaciones en las cercanías de Santo Domingo, fue convocado por el general Pedro Florentino, nombrado jefe en San Juan, quien le anunció que había recibido orden del gobierno de fusilarlo. Florentino, a pesar de su dureza, no quiso cargar con esa responsabilidad, por lo que despachó a Luperón hacia el Cibao. Al llegar a Santiago y entrevistarse con integrantes del gobierno, quedó de manifiesto que la orden en su contra provenía de Salcedo. Mientras se resolvía el problema, se le confinó en Sabaneta, donde fue convocado para que se reincorporara a las acciones en el Este. En esta segunda ocasión de intervenir en las operaciones en el Este, Luperón contribuyó a la expansión de la rebelión hacia todos los rincones de una región donde Santana todavía gozaba de popularidad.

Retornó a Santiago a causa de su situación delicada de salud, minada por meses de estadía en cantones donde apenas se comía, no obstante estar habituado a la dura existencia en los montes. En lo adelante tomó parte en los acontecimientos que se produjeron en las altas esferas del gobierno. Aseguraba que no renunciaba a su posición de combatiente no aspirante de cargos, pero las urgencias de un proceso impetuoso lo obligaron a involucrarse en resoluciones políticas y aceptar cargos desde fines de 1864. Se negó a participar en el movimiento que derrocó a Salcedo, pero consumado el hecho, apoyó sin reservas el gobierno de Polanco, puesto que ponderaba que la guerra recuperaría el vigor perdido en los meses previos. Ponderó, *a posteriori*, al gobierno de Polanco como la culminación del proyecto nacional-democrático de la gesta restauradora. Más que nadie, Luperón condenaba los intentos del depuesto presidente Salcedo a favor de Báez o de un armisticio con los españoles; no obstante, en estricta observancia de los principios, fue el único general que protestó públicamente por su fusilamiento, procurando protegerlo hasta donde le fue posible.

Cuando cayó Polanco, Luperón fue propuesto a la Presidencia por un consejo de generales reunido en Santiago, lo que de nuevo declinó. Empero se vio obligado, con el fin de que no se rompiera la cohesión del campo restaurador, a participar en el gobierno provisional presidido por Benigno Filomeno de Rojas, en el cual ocupó la vicepresidencia y la presidencia en funciones por enfermedad del titular y su temor de enfrentar las exigencias de los generales. Da la impresión de que, en aquellas complejas circunstancias, que comenzaban a manifestar rivalidades y ambiciones, procuraba sobrevivir dentro de un equilibrio delicado, consciente de su debilidad y su responsabilidad para contribuir a garantizar que no se desnaturalizaran los objetivos envueltos. Al mismo tiempo, trataba de mantener su independencia, por lo que se negó a aceptar más cargos gubernamentales cuando Pimentel ocupó la Presidencia.

AZUL INTRANSIGENTE

Terminada la guerra, en julio de 1865, lo único que se propuso Luperón fue establecer una casa comercial sobre las ruinas de Puerto Plata. Pensando que el porvenir del país estaba despejado, parece que durante un breve tiempo llegó a la conclusión de que había concluido su compromiso político. Refiere que se afianzaba su convicción acerca del carácter espantoso de la actividad política, por lo que la contribución al desarrollo del país la haría desde la posición de burgués. Esa inclinación no pudo mantenerse largo tiempo, pues en octubre de 1865, apenas tres meses tras la evacuación de las tropas españolas, el general restaurador Pedro Guillermo encabezó un motín en el Este a favor de Báez. Es lo que más temía Luperón, quien no deponía su ponderación de la peligrosidad de Báez. Casi nadie compartió ese punto de vista, pues todavía los campos entre los partidos no estaban trazados y no se veía obstáculo alguno para que quien había ostentado la posición de mariscal de campo

del ejército español durante la guerra, volviera a la Presidencia. Prácticamente, todos los jerarcas militares de la Restauración se plegaron a la estrella ascendente del veterano anexionista. El presidente José María Cabral, seguidor de Báez en 1857, se inclinó tranquilamente ante los hechos y fue a buscar a su antiguo jefe a Curazao para ofrecerle la Presidencia.

En su intento de oposición armada a Báez, a fines de 1865, Luperón únicamente contó, entre los adalides de la Restauración, con el apoyo de Benito Monción y de Gaspar Polanco, pero con prontitud ambos decidieron abandonar la rebelión, lo que precipitó su fracaso. Desde el exilio, Luperón siguió promoviendo movimientos en contra del gobierno y, finalmente, se puso de acuerdo con Manuel Rodríguez Objío, quien había aceptado el puesto de delegado del gobierno en Puerto Plata. Este promovió el alzamiento de la ciudad, lo que le permitió recibir a Luperón como héroe. Inmediatamente ambos iniciaron el movimiento que llevó al derrocamiento del gobierno. En los mismos días y en el Sur, el ex presidente Cabral iniciaba operaciones contra Báez, tras renunciar a su cargo de secretario de la Guerra. El antiguo mariscal de campo tuvo que abandonar el poder, aunque por corto tiempo.

Luperón se dio cuenta de que tenía que intervenir en la normalización de la situación política, a fin de que se dirimieran las aspiraciones encontradas de Cabral y Pimentel, entonces los dos prohombres más poderosos salidos de la Restauración. A tal efecto, formó parte una segunda vez de un gobierno provisional, el Triunvirato, junto a Federico de Jesús García y Pedro Pimentel, que tuvo la misión de organizar elecciones. A pesar del desprecio que le merecía Cabral, a Luperón no le quedó más remedio que reconocer su popularidad cuando ganó las elecciones.

Concluida esa intervención en la reorganización del gobierno, volvió a ocuparse de actividades comerciales en Puerto Plata, aunque reaccionó ante la recuperación de la popularidad de Báez aceptando colaborar con el gobierno en el Cibao. Volvió a involucrarse en la actividad política motivado por la consideración

de que la independencia nacional se hallaría en peligro en caso de Báez retornar a la Presidencia. Sin embargo, no pudo lograr una cohesión de propósitos con otros importantes jefes salidos de la Restauración. A diferencia del baecismo, compactado alrededor de la fidelidad al caudillo supremo, los liberales estaban divididos entre varios jefes militares, cada uno de los cuales tenía una cohorte de seguidores. De los tres jefes, en ese momento Luperón era el que tenía menos influencia, pero compensaba esta debilidad con su voluntad y la superior coherencia de sus planteamientos.

Como era de temer, las incongruencias del gobierno de Cabral dieron lugar a que, desde muy pronto, los partidarios de Báez volvieran a rebelarse, especialmente en el Cibao, donde contaban con el respaldo mayoritario de los campesinos. El burgués guerrero puertoplateño encabezó la posición de los sectores urbanos de clase media partidarios del gobierno de Cabral y se enfrentó a lo que él mismo denominó una insurrección del campo. Quedó de manifiesto que su influencia se limitaba fundamentalmente a medios influyentes de la ciudad natal, en gran medida gracias a relaciones primarias.

Combatiendo el baecismo en armas, le llegó la información de que el gobierno de Cabral estaba en negociaciones con Estados Unidos para el arrendamiento de la península de Samaná a cambio de recursos, en armas y efectivo, que garantizarían la supervivencia. Decidió abandonar el país y protestar, enviando una carta al Presidente en la que le anunciaba su disposición a combatirlo.

Caído el segundo gobierno de Cabral, y de nuevo Báez en la Presidencia, a inicios de 1868, todos los prohombres del Partido Azul debieron abandonar el país. Las relaciones entre los jefes se caracterizaban por la desconfianza. Luperón estimaba que Cabral carecía de condiciones para encabezar la oposición, por haber dado muestras de traicionar los principios, de manera que se autodesignó jefe supremo de los ejércitos nacionales, lo que también hicieron Cabral y Pimentel. Cada uno de estos líderes operaba por su cuenta, aunque algunos intelectuales, como José Gabriel

García, procuraban armonizar los intereses en pugna. Tuvo que ser el presidente haitiano Nissage Saget quien lograra poner de acuerdo a los tres jefes a través de un manifiesto echado en Saint Marc el 17 de abril de 1869, también suscrito por los principales jefes militares y políticos liberales que se aprestaban a invadir el país. Este acuerdo fue factible en respuesta a los aprestos del gobierno para enajenar Samaná y luego para anexionar el país a Estados Unidos. Además de la intermediación del presidente haitiano, entre los expulsos azules fue incrementándose el deseo de unidad, conscientes de que las rivalidades en su parcela retroalimentaban la vigencia del enemigo.

Mientras Cabral penetraba por la frontera sur, donde fue recibido por el general Timoteo Ogando —quien ya libraba una formidable oposición guerrillera a Báez—, Luperón marchó a Saint Thomas para recabar recursos entre los comerciantes que tenían negocios con República Dominicana y temían perder el mercado en caso de que se materializara la anexión a Estados Unidos. A tal efecto, con el dinero prestado por estos comerciantes, Luperón adquirió el vapor «El Telégrafo», que artilló y bautizó con el nombre de «Restauración». Iba acompañado de algunos de sus seguidores más fieles y otros prominentes políticos azules, los generales Marcos Adón, Severo Gómez (antiguo albañil de su casa), Segundo Imbert, Belisario Curiel, Pedro Casimiro y Pablo Pujol. Los ocupantes del navío intentaron sin éxito tomar Puerto Plata, tras lo cual se dirigieron a Samaná con el fin de establecer un gobierno en armas, teniendo que batallar durante un mes contra sus habitantes, unánimemente favorables al gobierno.

La suerte de la aventura de «El Telégrafo» ratificó que Báez seguía gozando de un apoyo ampliamente mayoritario en el Cibao y que los azules contaban con tan pocos seguidores que no intentaron movilizarse. Antes de abandonar el buque en una posesión británica, había considerado conveniente dirigirse al sur, donde Cabral ya había consolidado los destacamentos guerrilleros. Ambos prohombres azules celebraron una conferencia en Barahona, que no tuvo éxito en adelantar la coordinación de actividades, sino

en ahondar sus diferencias. Cabral se negó a considerar el plan de Luperón de avanzar directamente sobre Santo Domingo argumentando que carecía de los efectivos para lograrlo.

«El Telégrafo» fue declarado buque pirata por el gobierno de Báez, que calificaba a Luperón de bandolero. El gobierno de Estados Unidos, desde fines de 1869 empeñado en apoderarse del territorio dominicano, aprovechó esa circunstancia, por lo que los patriotas dominicanos tuvieron que librar combate con un navío de Estados Unidos. Concluida la expedición, Luperón envió una vibrante carta al presidente Ulysses S. Grant que lo situaba, más allá de su condición de prócer, como un precursor de la oposición al expansionismo de Estados Unidos.

Ruindad eterna, señor Presidente Grant: Si apeláramos ambos a un juicio imparcial de las naciones cultas, y preguntáramos cuál es el verdadero pirata, entre el General Luperón que montaba el vapor Telégrafo, procuraba salvar la integridad territorial del suelo que le vio nacer, o el Presidente Grant, que envía sus vapores a ampararse de Samaná, sin previa autorización del Congreso Americano, la solución no sería a mi ver muy difícil. Señor Presidente: S. E. ha abusado de la fuerza para proteger la más baja corrupción. Y si es cierto que es humillante para el pueblo dominicano tener mandatarios tan traidores, no es menos indecoroso para el gran pueblo americano el que su Gobierno consienta en tan ruines achicamientos. Para ambas naciones el hecho es afrentoso.

En esta tarea degradante, los traidores pierden el tiempo, el trabajo y el honor; más tarde o más temprano los hechos se restablecen. Las estafas de este género no tienen porvenir, no se borra una Nación por pequeña que sea, como

una huella estampada sobre arenas. El Gobierno americano notificó a los franceses el año 66, que su permanencia en Méjico era una amenaza para la América; el pueblo dominicano pensaba lo mismo, y nuestro Congreso discernió al invicto Juárez el título de Benemérito de América. Ahora bien, ¿no serán una amenaza para la América las usurpaciones de vuestro Gobierno? La ignorancia y la traición son las causas originarias de todos nuestros males; hay pueblos que reculan sin cesar, empleando la experiencia en aumentar sus desgracias, en empeorar de continuo. A Santana y Báez somos los dominicanos deudores de esta condición. ¿Por qué quiere S. E. sacar partido de ella? Eso es indigno del pueblo que debiera ser el protector de nuestro progreso.

La repetida doctrina de Monroe tiene sus vicios y sus delirios, nosotros creemos que la América debe pertenecer a sí misma, y alejada de toda influencia europea, vivir como el mundo viejo, de su vino propio, local e independiente; pero no pensamos que la América deba ser yankee. De un hecho a otro hay una gran distancia que no se puede salvar.

El fracaso de «El Telégrafo» no arredró a Luperón, quien tiempo después penetró al país por la frontera, al frente de apenas 45 hombres. Contaba con el apoyo de algunos generales de la zona, que al no materializarse determinó el fracaso de la empresa.

EN BÚSQUEDA DE LA HEGEMONÍA

Como es sabido, el gobierno de los Seis Años cayó por efecto del descontento de sus propios seguidores, y no por la acción armada de

los azules. El 25 de noviembre de 1873 se sublevaron los generales Ignacio María González y Manuel Altagracia Cáceres, principales jefes baecistas del Cibao. González quedó en la Presidencia, desde la cual conformó una tercera tendencia política, que pasó a ser conocida por el color verde, con lo cual expresaba la voluntad de superar el diferendo terrible entre rojos y azules. Ahora bien, aunque al inicio gozaron de la simpatía de una parte de los azules, los verdes no pasaban de ser un desprendimiento de los rojos, por lo que renovaron los comportamientos caudillistas.

Con bastante rapidez se abrió un conflicto insalvable entre Luperón y el presidente González. La influencia de Luperón dentro del país seguía siendo reducida, limitada sobre todo a Puerto Plata, con excepción de un corto número de intelectuales y políticos liberales que lo apreciaban como el exponente de los principios en el terreno de la guerra.

Durante varios meses tras la caída de Báez, González tuvo éxito en mantenerlo fuera del país, al igual que a Cabral y Pimentel. González ganó popularidad a causa del desgaste de Báez y por inaugurar un periodo que superó la polarización mortal entre las banderías. Pero, al pretender desplazar por completo a los azules, entró en conflicto irremediable con Luperón. A pesar de que inicialmente este reiteró su voluntad de apartarse de la política, en los hechos quedó como el único jefe de los azules, condición que se definía con exclusividad en el terreno bélico, pues Cabral sí hizo efectiva su retirada y Pimentel falleció en Haití por complicaciones de una herida recibida en una de las incursiones por la frontera.

El conflicto estalló con motivo de la exigencia de Luperón de que se reconociera como deuda nacional la suma de 170,000 pesos fuertes que él había tomado prestada principalmente con comerciantes de Saint Thomas para financiar la adquisición del «El Telégrafo» y los armamentos correspondientes. Al inicio González declaró estar de acuerdo en reconocer ese compromiso, pero a fin de cuentas puso en claro que no lo haría, de seguro bajo la premisa de que fortalecería a Luperón. A decir de este, González

inauguró un nuevo estilo de soborno a los generales, por lo que probablemente calculó que requeriría los recursos en cuestión para consolidarse en el poder.

En Puerto Plata se produjeron incidentes que enfrentaron a las autoridades locales con Luperón. Este llegó al extremo de tener que repeler una agresión atrincherado en su casa junto a escasos amigos. Logró mantenerse gracias al apoyo que obtuvo de los sectores que lo veían como adalid de la Patria y ciudadano respetable dedicado a sus actividades comerciales.

La disputa entre Luperón y González condujo a este último a extremar procedimientos autoritarios, lo que dio lugar a que un grupo de ciudadanos prestigiosos de Santiago abrieran una acusación formal contra el mandatario. La voz cantante de este movimiento, que pasó a tomar el nombre de La Evolución, la asumió Manuel de Jesús Peña y Reynoso. Luperón tomó la jefatura de las operaciones de desconocimiento del gobierno e hizo designar a su íntimo amigo Alfredo Deetjen como presidente provisional con sede en Santiago. González tuvo que desistir de iniciar una guerra civil, se llamó a elecciones y resultó electo Ulises Francisco Espaillat, quien representaba el sentir de los azules, aunque estaba empeñado en que se superara la competencia entre los partidos.

En ese momento, la correlación de fuerzas se puede resumir de la siguiente manera: los sectores urbanos más influyentes del Cibao se encontraban ya claramente alineados detrás de Luperón y los azules. Pero, en contrario, la masa rural del pueblo seguía obediente a los dictados de los caudillos, en su gran mayoría hostiles a los azules y a Luperón en particular; adicionalmente, todavía el grueso de los sectores dirigentes de la banda sur veía a los azules como exponentes de un interés regionalista cibaño, por lo que mantenían respaldo a los viejos jefes de caudillos.

El nuevo mandatario obtuvo un consenso favorable, pero se vio obligado a contar en primer lugar con liberales reconocidos, al tiempo que su disposición de eliminar las compensaciones que otorgaba González a los caudillos generó que estos le tomaran

animadversión. Luperón accedió a formar parte del gabinete de Espaillat, como secretario de Guerra, lo que también contribuyó a detonar la hostilidad de los caudillos. Cuando estos se rebelaron en el Cibao, Luperón consideró que su puesto en defensa del gobierno se encontraba en Puerto Plata. Entró en conflicto con otros integrantes del gabinete, considerando que había una conducción errada de la política gubernamental y de las propias operaciones militares. Uno de los motivos de la desavenencia radicó en la defensa que hizo de los intereses de los comerciantes compueblanos que habían otorgado préstamos al gobierno y, desde antes, al bando azul, argumentando que su respaldo resultaba indispensable y que la reforma financiera de Mariano Cestero los condenaba a la ruina.

El gobierno de Espaillat cayó a fines de 1876, y poco después retornó Báez por última vez. En esa ocasión Luperón no quiso tomar la palabra en contra de su archienemigo, tal vez por temor a ser calificado de revolucionario díscolo, pues, ansiosos de que reinara la paz, no pocos intelectuales azules brindaron apoyo al caudillo rojo, quien simuló de palabra ceñirse a los principios democráticos.

Caído Báez por la coalición de varias fuerzas, brilló temporalmente Cesáreo Guillermo, quien encabezó la insurrección en el Este del país. En esta situación, Luperón era consciente de que carecía del apoyo necesario para hacerse del poder y sostenerlo, por lo que mantuvo una postura discreta, cálculo que justificaba con el perenne argumento de su ausencia de interés en ocupar la Presidencia. En realidad, en esas circunstancias operaba como un caudillo más, consciente de la animadversión que le profesaban casi todos los otros caudillos, atendido a intereses particulares, aunque con la ventaja de representar una opción racional que prometía garantizar el orden y los principios que ya nadie osaba rebatir de manera expresa. Solo le quedaba esperar a que los rivales se desgastaran, por lo que negociaba posiciones ventajosas en su reducto de Puerto Plata y dejó a sus subordinados en libertad de colaborar con el gobierno de Guillermo. Mas al retornar de su

segundo viaje a Europa, encontró que el Presidente violaba sus promesas y se encaminaba a establecer una tiranía, consideración en la que entraba la pretensión de lograr el control sobre la aduana de Puerto Plata, la más importante del país, medida que hubiera dejado a Luperón carente de recursos de poder.

Encabezando a sus seguidores más fieles de Puerto Plata, Luperón lanzó un manifiesto, el 6 de octubre de 1879, en que desconocía el gobierno de Guillermo por su pretensión tiránica. Consciente de la debilidad de su rival, ni siquiera se tomó la molestia de encabezar las fuerzas despachadas hacia Santo Domingo, que quedaron al mando de Ulises Heureaux, quien desde los años anteriores se perfilaba como su lugarteniente más capaz, sobre todo en las acciones militares. Este triunfo se ratificó con naturalidad, expresión del desgaste de las opciones de poder contrarias, mediante el respaldo de figuras influyentes de todas las ciudades, algunas no precisamente caracterizadas por la relación con el Partido Azul, como Eugenio de Marchena en Azua y Benito Monción en Montecristi.

PRESIDENTE PROVISIONAL

Al anunciar el derrocamiento de Guillermo, por primera vez Luperón accedió a ocupar la Presidencia provisionalmente, consciente de que se requería de su intervención personal para reencauzar los asuntos del país y contribuir decididamente a abrir la senda del progreso. Seguramente también calculó que el desgaste de los adversarios le abría el camino a una era de paz en que le sería dado encaminar el proyecto nacional-liberal. Su paso por la Presidencia, sin embargo, revela que no estaba dispuesto a asumir plenamente las consecuencias del poder. Por una parte, no accedió a abandonar a Puerto Plata, tanto por apego al terruño como por no sacrificar las operaciones mercantiles en que estaba involucrado. Hasta donde se puede colegir, vio el poder como un hecho circunstancial, al cual le concedió el menor significado

posible. Tal consideración abría un terreno de debilidad al futuro del proyecto que sustentaba. Adicionalmente, su presidencia representaba la culminación de la preeminencia económica del Cibao, desde décadas atrás en pugna contra el centralismo de Santo Domingo. Ahora bien, esto se producía justo cuando el tabaco, sustento de la economía cibaëña, entraba en crisis pronunciada. En esas condiciones críticas, el aferramiento a Puerto Plata delataba indiferencia hacia el poder personal. De hecho, Luperón delegó los asuntos cotidianos del poder en su lugarteniente Ulises Heureaux, delegado en Santo Domingo y secretario de la Guerra. Se creó, así, un precedente de doble poder, aunque durante el gobierno provisional de Puerto Plata, no generó fricciones de ningún género. Luperón estaba convencido de que el país entraba en una era irreversible de progreso y que su única responsabilidad para que no hubiera contratiempos radicaba en escoger el candidato idóneo para la Presidencia, tanto en condiciones morales como intelectuales.

Algunos historiadores han argumentado que el aferramiento de Luperón a su residencia en Puerto Plata estaba motivado por el uso discrecional que hacía de los recursos aduaneros colectados en la ciudad, entonces los más importantes del país. Aunque, ciertamente, el prócer realizó manejos personales con los recursos aduaneros, el criterio parte de una simplificación excesiva. En ningún momento, en verdad, la afición por los negocios pudo más que el ansia de gloria. Por otra parte, desde aquella misma época se exageró en las dimensiones de las operaciones y en la cuantía de la fortuna de Luperón. El origen de esta, definitivamente, no provino de usos ilegales del poder o cualquier otra forma de corrupción, sino de su capacidad individual para los negocios, si bien favorecida por la autoridad que emanaba de su nombre. Él nunca admitió incompatibilidad entre funciones políticas, que no quería ejercer, y las operaciones comerciales o productivas, que creía el fundamento de la existencia del ciudadano.

A tono con lo anterior, si bien mantuvo su negativa al desempeño personal del poder, se propuso ejercer una rectoría en los

lineamientos estatales esenciales y de largo plazo. No pretendía manejar a los presidentes, sino establecerles el marco de referencia acerca de lo que debían hacer. La prueba de ello es que, tan pronto concluyó su interinato como presidente y entregó la posición al sacerdote Fernando Arturo de Meriño, volvió a Francia y otros países europeos, aceptando servir de enviado plenipotenciario del país.

Durante la presidencia, aunque dejó las tareas ejecutivas del Estado en manos de Heureaux, Luperón le imprimió al gobierno lineamientos acordes con sus convicciones. Entre ellos destaca la promoción de la educación, con la creación de la Escuela Normal de Santo Domingo y la designación de Eugenio María de Hostos como su director. El privilegio a la cultura, dentro de las difíciles condiciones financieras que atravesaba el Estado, se expresó en la disposición de que cada publicación periódica recibiese un subsidio de 40 pesos al mes y cada libro de un 25% del costo de su edición.

Pero más que medidas activas, como presidente, entendió que procedía poner el énfasis en garantizar un clima de libertades y de seguridad a la propiedad en oposición al desorden de los caudillos. De acuerdo con los preceptos elaborados por los liberales de entonces, bastaba que el régimen político funcionase adecuadamente para que el país se encaminara por la senda del progreso. Puso énfasis, al respecto, en el respeto a la judicatura como base del estado de derecho.

De todas maneras, el Gobierno Provisional adoptó medidas tendentes a la regularización económica. En tal sentido, se procedió a pagar salarios atrasados y a tratar de que todos los servidores públicos cobraran puntualmente sus sueldos. Entendido en el funcionamiento de las Juntas de Crédito, el Presidente dispuso la cancelación de las cuentas pendientes con estas entidades y con otros prestamistas, al tiempo que consolidaba las acreencias internacionales reconociéndoles un interés de 2% mensual. Con el fin de lograr un alza de los ingresos tributarios, se promovió una ley de estampillas, que en lo inmediato no pudo aplicarse por la oposición del Congreso. En cambio, fue aprobado de inmediato

una variación de arancel: los impuestos de importación quedaron reducidos de un promedio de 55% a 35%, mientras que a nombre de un supuesto de equidad, se duplicó el pago de impuesto a las exportaciones de azúcar y a las de café y tabaco se las recargó con un 50% adicional; es notorio que el único producto no gravado fuera el tabaco, aunque el gobierno no lo argumentó.

Paralelamente, en su condición de Presidente, el prócer tuvo que enfrentar problemas delicados que pusieron a prueba su fe en el porvenir. Uno de ellos radicó en el requerimiento de recursos financieros para aplicar políticas públicas en un país extenuado por las pasadas guerras de caudillos. El prócer vivió en carne propia el conflicto entre la mentalidad de la generalidad de la población de depositar todas sus expectativas en la acción del Estado y su reticencia a pagar impuestos. Otro punto que lo mortificó fue el de la organización militar. Guiado por la certeza de que el país contaba con los recursos para mantener una independencia plena respecto a las potencias internacionales, entendía que resultaba urgente fortalecer el aparato estatal, en primer lugar a través de una fuerza militar capaz de enfrentar las innovaciones recientes en los armamentos. El país requería, en consecuencia, de una fuerza armada permanente, tanto para mantener a raya a los caudillos como para la defensa de la soberanía. Pero constató que la generalidad de los integrantes del cuerpo operaban como forajidos dedicados a la extorsión de la población pobre. De tal manera, en las labores gubernamentales enfrentó perennes dilemas, pues era consciente de que un ejército fuerte conllevaba un serio peligro para la democracia y, en general, un estado fuerte contradecía su fe en la soberanía individual del ciudadano. Lo anterior explica que, como presidente provisional, Luperón dedicara esfuerzos a la modernización del ejército y a la reorganización de la Guardia Nacional, procediendo a construir cuarteles y a importar armamentos y uniformes.

DILEMAS IDEOLÓGICOS Y GUBERNAMENTALES

Cuando culminaba su carrera política, en la condición de hombre más poderoso del país, Luperón estrenaba un conjunto de cavilaciones que mostraban una agudización del desencanto que lo asaltaba desde años atrás. Al presentar la candidatura de Meriño, se despidió del poder con un dejo de amargura, al asegurar que «los desencantos que he sufrido en mi larga carrera política han enfermado mi espíritu, y me siento incapaz de soportar el peso agobiante de la Suprema Magistratura del Estado». Aunque no depuso su fe en los principios, le invadieron dudas sobre la calidad moral de los dominicanos para ser agentes de la libertad y el progreso. Constataba incluso que muchos de sus compañeros cercanos carecían de cualquier prenda estimable y únicamente buscaban medrar sin importar las consecuencias. Se encontraba atrapado, ya que figuras de esa catadura formaban parte del aparato por medio del cual ejercía su hegemonía. Con todo, veía estos problemas como de menor monta, convencido de que el progreso despejaría esas miserias y que su autoridad moral pondría freno a cualesquiera apetencias desordenadas. Más allá de las dudas, estaba convencido que el único camino era el de la democracia y el de la salvaguarda de la soberanía, para lo cual resultaba forzoso promover la modernización económica.

Para él resultaba incontrovertible que el capitalismo se identificaba con la modernidad deseable. Sus convicciones de burgués se consolidaron, lo que se hizo evidente al anunciar el abandono de las actividades comerciales para destinar su capital al fomento de un ingenio azucarero junto a socios puertoplateños. Por igual, durante su gobierno y en los siguientes del Partido Azul se concedieron franquicias que implicaban ventajas a los inversionistas de capital. Luperón estaba convencido de la virtud de esa estrategia para la consecución del progreso. Pero en ella se encontraba el germen de un ordenamiento oligárquico que generó críticas tempranas entre jóvenes intelectuales, a los que reprendió con dureza, calificándolos de «visionarios» y

«socialistas», puesto que se presentaban como factores de discordia en un momento en que, aseguraba, no había principios que discutir. Empapado de la experiencia francesa, donde pocos años antes los trabajadores establecieron la Comuna de París, Luperón llegó al extremo de calificar el socialismo como la peor de las tiranías.

Esto último no significa que adoptara una postura reaccionaria. Más bien, trataba de armonizar los requerimientos del desarrollo capitalista con la conservación de preceptos de equidad social. Todavía creía factible un proyecto de desarrollo capitalista que garantizase la independencia, la democracia y el bienestar de todos. De ahí que no fuera sorprendente esta apreciación acerca del beneficioso ordenamiento nacional por contraste con el del Estado: «Y aunque la República, tal como la hicieron sus fundadores, es despótica y opresora, la nación, tal como la ha hecho la Providencia, es socialista, a tal extremo que cincuenta años de suplicios no han bastado para destruir la igualdad social».

En esos años se consolidó su postura liberal. Aspiraba al predominio del ciudadano privado, epítome del burgués y, por ende, agente del progreso. Por ello, situó su función rectora en contribuir a anticipar ese arquetipo deseable de ciudadano del futuro, símil del que encontraba en los países desarrollados. Sus viajes le ratificaron la certeza de que la civilización moderna constituía el destino ineluctable, ya que los demás esquemas de sociedad arrojaban un balance de despotismo y superstición.

Luperón no ocultaba su desdén por la cultura popular de los dominicanos, precisamente porque a su juicio constituía el lastre que se debía desarraigar para alcanzar el progreso. Esta consideración lo hizo participar de la panacea, compartida por liberales y conservadores, de la inmigración europea como clave para el impulso del progreso. Estando de delegado del gobierno de Meriño en Europa, encaminó gestiones tendentes a atraer un flujo de judíos rusos. Su propia evolución muestra un tenaz propósito de superación personal, con el fin de alcanzar la dignidad del hombre blanco, lo que con sinceridad aspiraba a que imitara el común de

dominicanos. Este empeño explica el tesón con que fue corrigiendo dicción, formas gestuales, hábitos en la mesa y estilo de redacción. Si bien es cierto que nunca llegó a alcanzar la sistematicidad de un intelectual y que no logró un dominio adecuado del idioma escrito, sí alcanzó el nivel de reflexión propio de los intelectuales, al menos en las áreas que tocaban las políticas públicas. En el entorno de los dirigentes políticos decimonónicos, él sobresale por la voluntad de presentar sus ideas de manera formal. Báez era más culto que él y Heureaux era más inteligente, pero ninguno dejó una obra literaria. Las *Notas autobiográficas y apuntes históricos* pueden ser catalogadas, sin riesgo, como uno de los monumentos literarios dominicanos, de una calidad esencial que ningún otro político ha emulado hasta el presente.

Resulta elocuente al respecto la comparación reiterada que trazó entre los déspotas dominicanos y África, vista como el reino por antonomasia del despotismo y el atraso. De la misma manera, cabe situar sus diatribas a la comunidad haitiana, aquejada, según él, de males consustanciales; aunque, en otras ocasiones relativizó esos juicios, reconociendo la virtud del nacionalismo de los haitianos, sobre todo de algunas figuras que merecieron su aprecio, considerando que a los dos países les convendría aliarse para enfrentar el expansionismo estadounidense. En el extremo contrario, Francia siempre brilló a sus ojos como la encarnación del progreso, el lugar donde decía sentirse a plenitud, lejos de las mezquindades de la política. Solo tardíamente descubrió que también los republicanos burgueses franceses adolecían de defectos comparables a los de los primitivos políticos dominicanos.

LA INFRUCTUOSA BÚSQUEDA DEL EQUILIBRIO

Cuando concluía el Gobierno Provisional de Puerto Plata, Luperón escribió a Pedro Francisco Bonó proponiéndole que aceptara la nominación para la Presidencia. Tenía conciencia de que Bonó era el intelectual de mayores luces en la época, y el hecho

de desear llevarlo a la Presidencia indica que estaba penetrado de buena fe y que no albergaba dobleces en su desinterés por los asuntos del poder. Bonó declinó, no por temor a que le sucediera lo mismo que a su amigo Ulises Espaillat, como se ha dicho erróneamente, sino por divergencias con la concepción de desarrollo que compartían las elites sociales y los jerarcas azules. En dos ocasiones ulteriores Luperón volvió a solicitarle al aislado intelectual que reconsiderara su postura, y en una de ellas Bonó le explicó francamente su repudio del concepto del «progreso» en boga, pues conllevaba la proletarización del pequeño campesinado, a su juicio la base social de la Patria. Lo que estaba en juego era una crítica al esquema liberal oligárquico que comenzaba a operar bajo la égida de los azules, aun por encima de las buenas intenciones de Luperón y de una parte de los intelectuales que respaldaban su preeminencia, consustanciados con un espíritu democrático genuino. Bonó se adelantaba a la época, por lo que da la impresión que sus críticas desbordaron la capacidad intelectual de Luperón, quien en su respuesta se contentó con ratificar su visión acerca de las tareas que aguardaban al país para completar un proceso de institucionalización que despejara los obstáculos al progreso.

En una posterior misiva, Bonó externó consideraciones críticas acerca de Heureaux, a lo que Luperón respondió ratificando la confianza que le generaba su delfín. Al igual que muchos, Bonó percibía en Heureaux el portador del estilo oligárquico, la violencia despótica y la corrupción administrativa. Luperón, en cambio, opinaba de él lo siguiente: «Militar hábil, activo, valeroso, arrojado, prevenido, táctico, de disciplina, atento, capaz de ejecutar cualquier maniobra, listo y astuto...», aunque a renglón seguido acotó: «Hombre, sin embargo, sin ningún principio político, muy diestro para la maldad y la bancarrota, y sin ninguna inteligencia para el bien». Aunque Luperón ostentaba una preeminencia incontestable desde 1879, las intrínquilis del ejercicio del poder se resolvían a través de su relación con Heureaux, en quien depositó una confianza irrestricta, como se comprueba en la cita precedente. En ese punto Luperón mostró escasa capacidad de penetración

para conocer a la gente o, al menos, a cierta gente, y no por falta de inteligencia, sino producto de la confianza ilimitada en sí mismo y en la marcha irreversible de la racionalidad. Su confianza en Heureaux se derivó de la capacidad de simulación de este, quien permanentemente reiteraba una sumisión absoluta, al grado de sostener una relación filial con el prócer. Al mismo tiempo, Luperón estimaba imprescindible la colaboración de Heureaux, por considerar que reunía condiciones excepcionales de mando, necesarias para el mantenimiento de la paz. En un momento dado, justificó la preponderancia que concedía a Heureaux alegando que era el único entre sus seguidores con capacidad para manejar los problemas de poder y aplicar las medidas de represión para aplastar a los caudillos.

Ahí, precisamente, radicaba el detalle: en medio de las proclamas de establecimiento de la democracia, esta se mantenía gracias al brazo implacable del delfín. Esto no delataba únicamente al hombre violento y audaz, dispuesto a cualquier cosa para mantener la estabilidad del poder; en adición, la brillante inteligencia de Heureaux lo colocaba como el asociado clave de la situación, portador deliberado del estilo oligárquico, con sus implicaciones antidemocráticas e inequitativas. Mientras desde Puerto Plata Luperón confiaba en la evolución armónica de las cosas, Heureaux entablaba vínculos estrechos con los emergentes sectores comerciales y azucareros del Sur, con los cuales fue construyendo su propia plataforma.

En 1880 todavía Luperón buscó para la Presidencia a un intelectual, el sacerdote Fernando Arturo de Meriño, pero quedó patente que la garantía de la situación se hallaba en Heureaux. Este, en efecto, desde su posición de secretario de Interior, aplastó la sublevación de Braulio Álvarez cerca de Santo Domingo y, meses después, la expedición de Cesáreo Guillermo por Higüey. El país quedó conmocionado por los fusilamientos ordenados por Heureaux, en una acción tan despiadada como las que habían valido repudio a los rojos, que se consideraban ya superadas. Quien se mostró más insensible a la oleada de críticas al gobierno

fue Luperón, al grado de que, al año siguiente de la masacre en Higüey, propuso a Heureaux para la Presidencia. Gran parte de la opinión pública, especialmente los jóvenes cultos, tomaron aversión hacia Heureaux y la extendieron hacia Luperón por estimarlo partícipe y cómplice de las ejecutorias del primero. Retrospectivamente Luperón, después de haber denunciado a Heureaux como un criminal, evaluó favorablemente el primer gobierno de este. Contrariamente, otros vieron el germen de un nuevo autoritarismo, encabezado por un sujeto de alta peligrosidad por el uso despiadado de la violencia. A partir, de 1883 no cabía duda para casi nadie de que, ausente Luperón en Europa durante largas temporadas, el factor real del poder estaba en las manos del Presidente. Por lo demás, también era evidente que se había entronizado una práctica de corrupción.

Para las elecciones de 1884 el delfín comenzó un cuestionamiento sordo a la hegemonía de Luperón. Este terminó apoyando la candidatura de su amigo Segundo Imbert, pese a que era manifiesta su ausencia de condiciones para el cargo. Heureaux se aprovechó de la postura de Meriño, quien en su condición de ex presidente y por razones regionalistas, se sintió con la fuerza de promover a su amigo Francisco Gregorio Billini. Este era sin dudas mucho mejor candidato que Imbert, pero pasó a ser objeto de la manipulación de Heureaux. El delfín llegó al colmo de utilizar su condición de Presidente para provocar un fraude electoral de 15 mil votos que dieron una mayoría ilegal a Billini. Desde que este tomó la Presidencia, comenzó a recibir las presiones de Heureaux, quien llegó a sugerir a Luperón que podía deponerlo en cualquier momento. Billini trató de mantener la independencia personal, por lo que fue objeto de intrigas del delfín. Cuando, en respuesta, el Presidente autorizó el retorno al país de los exiliados, entre ellos el ex presidente Guillermo, su amigo personal, tal vez con el fin de debilitar a Heureaux, este promovió una situación de confrontación y desobediencia. En esta empresa obtuvo el respaldo de Luperón, quien puso la última gota que derramó el vaso y obligó al honesto combatiente azul a presentar renuncia.

En lo adelante, los desaciertos de Luperón se precipitaron en cascada, situación que revela que no se encontraba preparado para enfrentar la degeneración oligárquica del proyecto parido por él mismo y promovida por el sujeto que había sido merecedor de su mayor confianza. Los problemas que envolvía la conversión de la generalidad de políticos azules en adictos al lineamiento de Heureaux desconcertaron al prócer. Tal vez producto de esta situación, Luperón se propuso posteriormente enderezar su base social, no obstante el alto costo que tuvo para su prestigio.

Lo más dramático de este conflicto se produjo cuando tomó conciencia de las intenciones de su delfín, al constatar el fraude contra Imbert y los manejos del cerco contra Billini. En ocasión de las elecciones de 1886 se produjo una disyuntiva inevitable, dadas las aspiraciones de Heureaux de suceder a Woss y Gil, quien ocupaba interinamente la Presidencia tras la renuncia de Billini. En esta ocasión, Casimiro Nemesio de Moya, un joven político vegano, recibió respaldo de casi todo el conglomerado azul en la zona del Cibao. Tal vez todavía Luperón hubiera podido detener el ascenso definitivo de su antiguo lugarteniente, pero lejos de hacerlo le dio apoyo en las elecciones. A sabiendas de que se produjo un nuevo fraude electoral, puesto que reconocía que Moya gozaba del apoyo de la mayoría del país, Luperón aseguró que Heureaux ganó en buena lid y aceptó el puesto de delegado del gobierno en el Cibao, en el cual le tocó dirigir parte de las operaciones militares contra los partidarios de Moya, levantados en armas en protesta por el fraude. Le fue particularmente triste constatar que los jóvenes de convicciones democráticas más auténticas se colocaron del lado contrario de la barricada, entre ellos su cuñado Félix Tavárez, caído en los combates, por quien él sentía un encendido afecto.

EL GUERRERO VENCIDO

Tan pronto concluyó la guerra civil, a fines de 1886, Luperón retiró el apoyo que le había dispensado a Heureaux, señal de que

daba pasos erráticos. Más tarde optó por marcharse a Europa, aquejado por el inicio de graves problemas de salud y tal vez con la ilusión de escapar a un conflicto inevitable. Sin embargo, al retornar, en 1887, encontró una situación a su juicio intolerable, pues se había iniciado la persecución abierta contra todos aquellos que se oponían a la preeminencia indefinida del nuevo tirano. Heureaux se manejó con tanta destreza que, para ganar tiempo, alentó a Luperón a presentar su candidatura, dándole seguridades de que la apoyaría. Fue el cálculo del felino para entretener a su víctima, pues tan pronto Eugenio Generoso de Marchena retornó de Europa con un adelanto del primer empréstito Westendorp, Heureaux entendió que le sería factible sobornar a muchos seguidores de Luperón, reiterando lo que dos años antes había hecho con los de Moya.

Hasta poco antes, Luperón había considerado factible desalojar a Heureaux del poder por medios pacíficos, aunque debía ya ser escéptico en cuanto a las seguridades que este le daba. Todavía, en teoría, representaba la autoridad moral incuestionable del conglomerado liberal, pero Heureaux la había socavado y se hallaba en pleno control de la fuerza armada. Por tal razón, Meriño y otros prohombres azules, que en su conciencia simpatizaban con la candidatura del prócer, le aconsejaron que se retirara, ante la evidencia de la disposición del «elemento oficial» a mantenerse en el poder a toda costa. En efecto, tan pronto el Presidente aceptó su nominación, como era de prever, sobrevino una campaña terrible de intimidación.

Luperón enfrentó las circunstancias más tristes de su carrera. Se encontró con una sociedad sometida a un nuevo tirano que hacía caso omiso de valores y tradiciones patrióticas. Luperón significaba demasiado poco respecto a la maquinaria construida por el dictador en los años recientes. Por momentos, como él mismo lo señala, perdió el ánimo ante el amargo resultado de treinta años de luchas incesantes. Todavía al iniciarse este enfrentamiento del maestro contra su discípulo, el primero contaba con un séquito visible de seguidores que le reiteraron la confianza. Pero muchos

de ellos únicamente aceptaron involucrarse en las faenas de la campaña electoral con la condición de que les otorgaran sueldos por esas actividades. Luperón tuvo que emplearse a fondo, gastando en esos meses más de 70 mil pesos, lo que lo dejó arruinado. Algunos de sus hombres de más confianza ya eran confidentes de Heureaux y, a *posteriori*, Luperón consideró que se mantenían junto a él para espiarlo, como asegura que hizo Federico Lithgow, a quien luego describió como modelo del canalla. Imbert, otro de sus íntimos, ya era vicepresidente de Heureaux y decidió discretamente transferir a este su lealtad.

Por lo visto, los ideales de democracia habían quedado hechos añicos entre la casta militar de los azules, que en la casi totalidad de integrantes se sumó a los propósitos del hombre fuerte. Los intelectuales, por su parte, salvo contadas excepciones, decidieron no presentar oposición a Heureaux, ponderándolo como una especie de mal necesario, que eventualmente traería paz y crecimiento económico. Por tal razón, algunos de ellos, como Manuel de Jesús Galván, prestaron apoyo a Heureaux. Otros aceptaron colaborar esporádicamente y a distancia, como fue propio de Emiliano Tejera. En el fondo compartían los contornos esenciales de la modernización oligárquica, expresión de la evolución a la que condujo el liberalismo. Estaban, además, amparados en la certeza de que el país no se podía dar el lujo de nuevos movimientos revolucionarios, por lo que resultaba forzoso plegarse ante el despotismo. Quienes no obtemperaron de ninguna manera fueron los menos y casi todos permanecieron en una situación pasiva. No rompían los lazos personales con Luperón, a quien seguían respetando como patriota, pero cesaron los tratos políticos con él. Los que mantuvieron una mínima postura de resistencia fueron obligados a expatriarse o sufrieron los rigores de la prisión. Al cabo de unos años de instaurada la dictadura moderna, parte considerable de los opositores exilados retornaron vencidos al país y algunos renovaron la amistad personal con Heureaux, como Casimiro de Moya, o se hicieron sus admiradores, como el nóvel sociólogo José Ramón López. Fueron contados los que

se sostuvieron fieles a los ideales primigenios y al prócer que los encarnaba.

El prócer intuyó que algo profundo había cambiado en el ámbito ético, por lo que se extremó su desencanto. Sintetizó ese cambio en la estima por el dinero y el subsiguiente relegamiento de los ideales patrios. Oteaba un porvenir oscuro, aunque no lo pudo conectar con el saldo de la modernización oligárquica, sino que lo limitó a la acción corruptora del tirano.

Hoy la nación ha perdido principios y sentimientos, sin los que la libertad desaparece. Hoy el amor a la patria es carga en el fondo del bolsillo; anteriormente se llevaba grabado en el corazón. Muy pocos piensan actualmente en el porvenir, y parece que creen que la tiranía que los humilla y avasalla no tendrá fin, sostenida por la perversión de los grandes sentimientos populares; y como si la patria y el patriotismo fueran una quimera, corren detrás del opresor a venderles sus derechos y sus libertades, con lo cual tienen los estúpidos la lógica satisfacción de sus bajezas. La concupiscencia se sobrepone a cualquiera otra consideración. El fraude en todos los negocios es regla, en vez de ser la excepción. En política se engañan los unos a los otros, sin que ninguno tenga el valor de protestar contra la infamia.

Ahora bien, a pesar de su fidelidad a los ideales, sintió que no tenía sentido intentar oponerse por las armas a la naciente tiranía. De seguro percibió que el enfrentamiento arrojaría un balance favorable a su enemigo, quien explotaría el hecho para presentarlo como expresión anacrónica del espíritu revolucionario que tanto daño le había hecho al país y que amenazaba con impedir las realizaciones materiales de la era de paz vigente. Según se puede inferir de la lectura de sus cartas, él se hallaba

embargado de la exigencia de mantenimiento de la paz a toda costa. Por eso, resistió la presión de los «jovencitos» de Puerto Plata y otras ciudades cibañas, que lo exhortaban a declararse en rebelión. El prócer se dio cuenta que únicamente podía contar con seguridad con los «jovencitos», pero no compartía sus concepciones radicales y desconfiaba de ellos por su falta de experiencia política.

Su grandeza se puso en juego, pero decidió perseverar en la lucha por los principios que siempre había venido sosteniendo. Como era de rigor, le correspondería afrontar el exilio y las miserias que acarrea. Finalmente, a inicios de 1893, quienes mantenían la beligerancia contra el dictador se compactaron alrededor de Luperón, quien obtuvo el apoyo del presidente haitiano Florville Hyppolite. Decenas de exilados se reunieron en Cabo Haitiano con el fin de penetrar por la frontera. Prácticamente participó todo el exilio, encontrándose en la jefatura a Ignacio María González y Casimiro de Moya. Entre los exilados que se involucraron en este proyecto sobresalieron Eugenio Deschamps, Agustín Morales, Pablo Reyes, Pablo López, Juan Vicente Flores y Horacio Vásquez. Tras algunas acciones en la zona fronteriza, las presiones de Heureaux dieron por resultado que el gobierno haitiano retirara el apoyo y los expatriados tuvieran que desperdigarse entre los países cercanos.

Aquejado por la enfermedad, Luperón permaneció en Saint Thomas, donde se concentró en la redacción de las *Notas autobiográficas y apuntes históricos*, texto a lo largo del cual rezuma el dilema no resuelto entre desencanto y seguridad en las viejas certezas. No obstante la enfermedad y los dilemas existenciales que lo atravesaban, trabajó con rapidez, como si estuviera inmerso en el campo de batalla de siempre: en 1895 salió el primer volumen y en cada uno de los dos años siguientes aparecieron el segundo y el tercero. El primer volumen fue requisado por orden del dictador, pero al ver su contenido un tanto inocuo decidió dejar circular los siguientes, en los cuales sí se atacaba con furia tanto a la dictadura como su persona.

Entre los rasgos de la personalidad de Heureaux sobresalía la tranquilidad con que recibía las diatribas de enemigos. Es lo que explica que, cuando tuvo noticias del agravamiento del cáncer de garganta que sufría su antiguo jefe, el tirano en persona se trasladara a la pequeña isla para traerlo de vuelta al país. Es posible que el prócer hiciera saber a algunos su anhelo de retornar a la ciudad natal para pasar en ella sus últimos días. Como era de rigor, el tirano utilizó tal disposición, haciendo exhibir una suerte de reconciliación con su enemigo más prestigioso. Al producirse el encuentro entre ambos, tras una calurosa conversación, Heureaux le hizo notar el gesto de que un presidente abandonara el país para traer de vuelta a un particular, a lo que Luperón, retomando su actitud paternalista, le señaló que era su obligación hacerlo.

Fueron pocos los meses que Luperón sobrevivió al retorno a Puerto Plata sufriendo dolores espantosos. Agonizante pero consciente de la llegada del postrer instante, el 21 de mayo de 1897, intentó ponerse de pie, la posición en que creía que le correspondía morir a un sujeto como él.

Los habitantes de Puerto Plata sabían que la desaparición del más ilustre de ellos no era un hecho cualquiera. Desde ese día comenzó el culto al héroe en todo el país. Pero en lo inmediato, el dictador lo capitalizó, trasladándose a Puerto Plata para leer el panegírico y presentarse implícitamente como depositario de las glorias patrias. Era ominosa señal de una época y, efectivamente, en términos simbólicos, el deceso del prócer puso fin a la época de las ilusiones liberales de las que él fue el guerrero más eximio.

BIBLIOGRAFÍA

- Cassá, Roberto. «La épica trágica», *Ecos*. Año V, Núm. 6, 1998, pp. 87-158.
- Cordero Michel, Emilio. «Luperón y Haití», *Ecos*. Año IV, Núm. 5, 1996, pp. 47-81.
- Ferrer Gutiérrez, Virgilio. *Luperón. Brida y espuela*. Santo Domingo, 2000.
- Luperón, Gregorio. *Notas autobiográficas y apuntes históricos*. 3 vols., Santo Domingo, 1974.
- Martínez, Rufino. *Hombres dominicanos*. Tomo I, Ciudad Trujillo, 1936.
- Rodríguez Demorizi, Emilio (ed.). *Escritos de Luperón*. Ciudad Trujillo, 1941.
- Rodríguez Objío, Manuel. *Gregorio Luperón e historia de la Restauración*. 2 vols., Santiago, 1939.
- Tolentino, Hugo. *Gregorio Luperón. Biografía política*. Santo Domingo, 1977.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

A

Adón, Marcos 29, 100
Álvarez, Braulio 114
Angulo Guridi, Javier 72
Archambault, Pedro María 24

B

Báez, Buenaventura 10, 18, 29, 37, 39,
46, 49, 55-56, 60-61, 64-68, 70-74,
76-80, 87-88, 93, 96-103, 105, 112
Batista, Bartolo 75
Billini, Francisco Gregorio 77, 115-116
Bonó, Pedro Francisco 33, 45, 62, 112-
113
Buceta, Manuel 26-27, 32, 91

C

Cabral, José María 9-10, 29, 43, 46, 49,
53, 55-81, 98-100, 103
Cabrera, José 29, 91
Cáceres, Manuel Altagracia 70, 74,
77-78, 102
Campillo (coronel) 26, 91
Cappa (coronel) 32
Casimiro, Pedro 100
Cassá, Roberto 9-10
Castellanos, Pedro 87

Castillo, Manuel María 62-63, 77
Castillo, Tomás 77
Cazneau, William 68, 78
Cestero, Mariano A. 27, 77, 80, 105
Contreras, Juan 59
Cristo, Tomás 76
Curiel, Julián Belisario 33, 41, 100
Chanlatte, Aniceto (Solito) 71
Charboneau, Francisco 32

D

Deetjen, Alfredo 33, 104
Delmonte, Félix María 72
Delmonte, Silverio 33
Delva, Alfred 75
Deschamps, Eugenio 120
Doucet, Roumain 46
Duarte, Juan Pablo 38, 62
Dubocq, Pedro 88
Duperrón, Nicolasa 87
Duvergé, Antonio 57-58

E

Eugenio (doctor) (ver Luperón, Gre-
gorio)
Espaillat, Ulises Francisco 33, 36-37,
41, 45, 80, 93, 104-105, 112

F

Fabens, Joseph 68, 78
 Fiallo, Juan Ramón 65, 67
 Florentino, Pedro 29, 43, 62, 96
 Flores, Juan Vicente 120

G

Galván, Manuel de Jesús 118
 Gándara y Navarro, José de la 35-36, 45-46
 García, Federico de Jesús 29, 38, 47, 67, 98
 García, José Gabriel 79-80, 99
 García Lluberres, Alcides 27-28, 36, 48, 55
 Gautier, Manuel María 71
 Geffrard, Fabré 17, 61
 Gómez, Francisco Antonio 74
 Gómez, Manuel Ubaldo 48
 Gómez, Severo 100
 González, Ignacio María 78, 80, 102-104, 120
 González Tablas, Ramón 35
 Grant, Ulysses S. 10, 69, 78, 101
 Grullón, Máximo 33
 Guillermo, Cesáreo 105-106, 114-115
 Guillermo, Pedro 65, 97
 Guitó, Vidal 75

H

Hartmont, Edward 78
 Heneken, Theodore Stanley 45
 Henríquez Ureña, Pedro 78
 Heureaux, Ulises 86, 106-108, 112-118, 120-121
 Hostos, Eugenio María de 108
 Hyppolite, Florville 120

I

Imbert, Segundo 100, 115-116, 118

L

Lafitte, Juan 33
 Leyba, Rafael María 33, 41
 Lithgow, Federico 118
 López, Pablo 120
 López, José Ramón 118
 Lora, Gregorio de 30, 92
 Luperón, Gregoio (Goyito) 9-10, 27-33, 35-37, 39, 41, 47-48, 62, 66-67, 69, 71, 73, 75, 80-81, 85-118, 120-121

M

Manzueta, Eusebio 29, 44, 46, 64, 95
 Marchena, Eugenio Generoso de 106, 117
 Martínez, Benito 29
 Martínez, Florentino 27
 Martínez, Rufino 24
 Masagó, Agustín 38
 Meriño, Fernando Arturo de 108, 110-111, 114-115, 117
 Monción, Benito 26-27, 29-30, 32, 38-40, 47, 91-92, 98, 106
 Monroe, James 102
 Morales, Agustín 120
 Moreno, Francisco 77
 Morton, Oliver 79
 Moya, Casimiro de 117
 Moya, Casimiro Nemesio de 116, 117, 118, 120

N

Nolasco, Sócrates 53, 57, 74, 77
Nuezit, Juan 33

O

Ogando, Andrés 66, 70, 77
Ogando, Timoteo 77, 100
Óleo, Santiago de 62
Oquendo, Candelario 38, 47

P

Peña, Lucas de 90
Peña y Reynoso,
 Manuel de Jesús de 104
Perry, Raymond 71
Philantrope (general) 38
Pierre, Antoine (duque de Tiburón)
 59
Pimentel, Pedro Antonio 26, 29-30,
 32, 38-40, 46-49, 63, 67, 71, 73, 92,
 97-99, 103
Pío XII (Papa) 72
Plutarco 88
Polanco, Gaspar 9, 15, 22-36, 38-41,
 43-49, 92-94, 96, 98
Polanco, Juan Antonio 25, 47
Polanco, Valentín 23
Puello, Eusebio 35, 43, 63
Pujol Pablo 33, 41, 69, 100

R

Ramírez, Domingo 17
Ramírez Báez, Valentín 73, 75
Reyes, Ignacio 30, 90, 92
Reyes, Pablo 120
Robespierre, Maximiliano de 9, 24
Rodríguez, Manuel (El Chivo) 29
Rodríguez, Santiago 29, 90, 91
Rodríguez Objío, Manuel 9, 15, 24, 28,

35, 38-39, 41, 44, 48, 77, 87, 98
Rojas, Benigno Filomeno de 33, 45, 97
Román, Alejandro 77
Rosario Fernández, Reina C. 11

S

Saget, Nissage 70, 75-76, 99
Salcedo, José Antonio (Pepillo) 29-30,
 33, 35-41, 43, 45-48, 92-96
Salcedo, Juan de Jesús 29, 62, 63, 74,
 96
Salcedo, Pedro Pablo (Perico) 29
Salnave, Sylvain 68, 70, 74-76
Sánchez, Francisco del Rosario 19, 55,
 61-62
Santana, Pedro 17-20, 22, 23, 28, 35,
 37, 45, 46, 56, 58-61, 64, 67, 89, 93-
 96, 102
Seward Jr., William H. 69
Soulouque, Faustin 17, 53, 58, 59
Suero, Juan (Cid Negro) 32, 89
Sumner, Charles 78-79

T

Tabera, Fernando 61
Tablas, González 35
Tavárez, Félix 116
Tejera, Emiliano 80, 118
Torres, Norberto 90

V

Vargas, Carlos Justo de (Baúl) 71, 77
Vásquez, Horacio 120

W

Wood, F. 79
Woss y Gil, Alejandro 116

Publicaciones del Archivo General de la Nación

- Vol. I *Correspondencia del Cónsul de Francia en Santo Domingo, 1844-1846.* Edición y notas de E. Rodríguez Demorizi. C. T., 1944.
- Vol. II *Documentos para la historia de la República Dominicana.* Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. I. C. T., 1944.
- Vol. III *Samaná, pasado y porvenir.* E. Rodríguez Demorizi. C. T., 1945
- Vol. IV *Relaciones históricas de Santo Domingo.* Colección y notas de E. Rodríguez Demorizi, Vol. II. C. T., 1945.
- Vol. V *Documentos para la historia de la República Dominicana.* Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. II. Santiago, 1947.
- Vol. VI *San Cristóbal de antaño.* E. Rodríguez Demorizi, Vol. II. Santiago, 1946.
- Vol. VII *Manuel Rodríguez Objío (poeta, restaurador, historiador, mártir).* R. Lugo Lovatón. C. T., 1951.
- Vol. VIII *Relaciones.* Manuel Rodríguez Objío. Introducción, títulos y notas por R. Lugo Lovatón. C. T., 1951.
- Vol. IX *Correspondencia del Cónsul de Francia en Santo Domingo, 1846-1850,* Vol. II. Edición y notas de E. Rodríguez Demorizi. C. T., 1947.
- Vol. X *Índice general del «Boletín» del 1938 al 1944.* C. T., 1949.
- Vol. XI *Historia de los aventureros, filibusteros y bucaneros de América.* Alexander O. Exquemelin. Traducción de C. A. Rodríguez. Introducción de R. Lugo Lovatón. C. T., 1953.
- Vol. XII *Obras de Trujillo.* Introducción de R. Lugo Lovatón. C. T., 1956.
- Vol. XIII *Relaciones históricas de Santo Domingo.* Colección y notas de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III. C. T., 1957.
- Vol. XIV *Cesión de Santo Domingo a Francia. Correspondencia de Godoy, García Roume, Hedouville, Louverture Rigaud y otros. 1795-1802.* Edición de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III. C. T., 1959.

- Vol. XV *Documentos para la historia de la República Dominicana*. Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III. C. T., 1959.
- Vol. XVI *Escritos dispersos (Tomo I: 1896-1908)*. José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XVII *Escritos dispersos (Tomo II: 1909-1916)*. José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XVIII *Escritos dispersos (Tomo III: 1917-1922)*. José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XIX *Máximo Gómez a cien años de su fallecimiento, 1905-2005*. Edición de Emilio Cordero Michel. Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XX *Lilí, el sanguinario machetero dominicano*. Juan Vicente Flores. Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXI *Escritos selectos*. Manuel de Jesús de Peña y Reynoso. Edición de Andrés Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXII *Obras escogidas 1. Artículos*. Alejandro Angulo Guridi. Edición de Andrés Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXIII *Obras escogidas 2. Ensayos*. Alejandro Angulo Guridi. Edición de Andrés Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXIV *Obras escogidas 3. Epistolario*. Alejandro Angulo Guridi. Edición de Andrés Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXV *La colonización de la frontera dominicana 1680-1796*. Manuel Vicente Hernández González. Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXVI *Fabio Fiallo en La Bandera Libre*. Compilación de Rafael Darío Herrera. Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXVII *Expansión fundacional y crecimiento en el norte dominicano (1680-1795). El Cibao y la bahía de Samaná*. Manuel Hernández González. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXVIII *Documentos inéditos de Fernando A. de Meriño*. Compilación de José Luis Sáez, S. J. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXIX *Textos selectos*. Pedro Francisco Bonó. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXX *Iglesia, espacio y poder: Santo Domingo (1498-1521), experiencia fundacional del Nuevo Mundo*. Miguel D. Mena. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXI *Cedulario de la isla de Santo Domingo, Vol. I: 1492-1501*. Fray Vicente Rubio, O. P. (Coedición: Centro de Altos Estudios Humanísticos y del Idioma Español). Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXII *La Vega, 25 años de historia 1861-1886. (Tomo I: Hechos sobresalientes en la provincia)*. Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXIII *La Vega, 25 años de historia 1861-1886. (Tomo II: Reorganización de la provincia post Restauración)*. Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXIV *Cartas del Cabildo de Santo Domingo en el siglo XVII*. Compilación de Genaro Rodríguez Morel. (Coedición: Academia Dominicana de la Historia). Santo Domingo, D. N., 2007.

- Vol. XXXV *Memorias del Primer Encuentro Nacional de Archivos*. Edición de Dantes Ortiz. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXVI *Actas de los primeros congresos obreros dominicanos, 1920 y 1922*. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXVII *Documentos para la historia de la educación moderna en la República Dominicana (1879-1894)*, tomo I. Raymundo González. (Coedición: Academia Dominicana de la Historia). Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXVIII *Documentos para la historia de la educación moderna en la República Dominicana (1879-1894)*, tomo II. Raymundo González. (Coedición: Academia Dominicana de la Historia). Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXIX *Una carta a Maritain*. Traducción e introducción del P. Jesús Hernández. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XL *Manual de indización para archivos*. Marisol Mesa, Elvira Corbelle Sanjurjo, Alba Gilda Dreke de Alfonso, Miriam Ruiz Meriño, Jorge Macle Cruz. (Coedición: Archivo Nacional de la República de Cuba). Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLI *Apuntes históricos sobre Santo Domingo*. Dr. Alejandro Llenas. Edición de Andrés Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLII *Ensayos y apuntes diversos*. Dr. Alejandro Llenas. Edición de Andrés Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLIII *La educación científica de la mujer*. Eugenio María de Hostos. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLIV *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo (1530-1546)*. Compilación de Genaro Rodríguez Morel. (Coedición: Academia Dominicana de la Historia). Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLV *Américo Lugo en Patria. Selección*. Compilación de Rafael Darío Herrera. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLVI *Años imborrables*. Rafael Alburquerque Zayas-Bazán. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLVII *Censos municipales del siglo XIX y otras estadísticas de población*. Alejandro Paulino Ramos. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLVIII *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel* (tomo I). Compilación de José Luis Saez, S. J. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLIX *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel* (tomo II). Compilación de José Luis Saez, S. J. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. L *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel* (tomo III). Compilación de José Luis Saez, S. J. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LI *Prosas polémicas I. Primeros escritos, textos marginales, Yanquilinarias*. Félix Evaristo Mejía. Edición de Andrés Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2008.

- Vol. LII *Prosas polémicas 2. Textos educativos y Discursos.* Félix Evaristo Mejía. Edición de Andrés Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LIII *Prosas polémicas 3. Ensayos.* Félix Evaristo Mejía. Edición de Andrés Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LIV *Autoridad para educar. La historia de la escuela católica dominicana.* José Luis Sáez, S. J. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LV *Relatos de Rodrigo de Bastidas.* Antonio Sánchez Hernández. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LVI *Textos reunidos 1. Escritos políticos iniciales.* Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LVII *Textos reunidos 2. Ensayos.* Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LVIII *Textos reunidos 3. Artículos y Controversia histórica.* Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LIX *Textos reunidos 4. Cartas, Ministerios y misiones diplomáticas.* Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LX *La sumisión bien pagada. La iglesia dominicana bajo la Era de Trujillo (1930-1961), tomo I.* José Luis Sáez, S. J. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXI *La sumisión bien pagada. La iglesia dominicana bajo la Era de Trujillo (1930-1961), tomo II.* José Luis Sáez, S. J. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXII *Legislación archivística dominicana, 1847-2007.* Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXIII *Libro de bautismos de esclavos (1636-1670).* Transcripción de José Luis Sáez, S. J. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXIV *Los gavilleros (1904-1916).* María Filomena González Canalda. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXV *El sur dominicano (1680-1795). Cambios sociales y transformaciones económicas.* Manuel Vicente Hernández González. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXVI *Cuadros históricos dominicanos.* César A. Herrera. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXVII *Escritos 1. Cosas, cartas y... otras cosas.* Hipólito Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXVIII *Escritos 2. Ensayos.* Hipólito Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXIX *Memorias, informes y noticias dominicanas.* H. Thomasset. Edición de Andrés Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXX *Manual de procedimientos para el tratamiento documental.* Martha Marina Ferriol Marchena, Olga María Pedierro Valdés, Marisol Mesa León, Mercedes Maza Llovet. (Coedición: Archivo Nacional de la República de Cuba). Santo Domingo, D. N., 2008.

- Vol. LXXI *Escritos desde aquí y desde allá*. Juan Vicente Flores. Edición de Andrés Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXXII *De la calle a los estrados por justicia y libertad*. Ramón Antonio Veras –Negro–. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXXIII *Escritos y apuntes históricos*. Vetilio Alfau Durán. Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXIV *Almoína, un exiliado gallego contra la dictadura trujillista*. Salvador E. Morales Pérez. Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXV *Escritos 1. Cartas insurgentes y otras misivas*. Mariano A. Cestero. Edición de Andrés Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXVI *Escritos 2. Artículos y ensayos*, por Mariano A. Cestero. Edición de Andrés Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXVII *Más que un eco de la opinión. 1. Ensayos, y memorias ministeriales*. Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXVIII *Más que un eco de la opinión. 2. Escritos, 1879-1885*. Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXIX *Más que un eco de la opinión. 3. Escritos, 1886-1889*. Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXX *Más que un eco de la opinión. 4. Escritos, 1890-1897*. Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXI *Capitalismo y descampesinización en el Suroeste dominicano*. Angel Moreta. Santo Domingo, D. N., 2009.

Colección Juvenil

- Vol. I *Textos selectos*. Pedro Francisco Bonó. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. II *Heroínas nacionales*. Roberto Cassá. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. III *Vida y obra de Ercilia Pepín*. Alejandro Paulino Ramos. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. IV *Dictadores dominicanos del siglo XIX*. Roberto Cassá. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. V *Padres de la Patria*. Roberto Cassá. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. VI *Pensadores criollos*. Roberto Cassá. Santo Domingo, D. N., 2008.

Colección Cuadernos Populares

- Vol. 1 *Ideología Revolucionaria de Juan Pablo Duarte*. Juan Isidro Jimenes Grullón. Santo Domingo, D. N., 2009.

Héroes restauradores,
de Roberto Cassá se terminó de imprimir en los
talleres gráficos de Editora Alfa & Omega, en
el mes de julio del año 2009 y consta de 2000
ejemplares.

